

DEPARTAMENTO DE LETRAS
TRABAJOS, COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS. — VIII
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA E IBEROAMERICANA

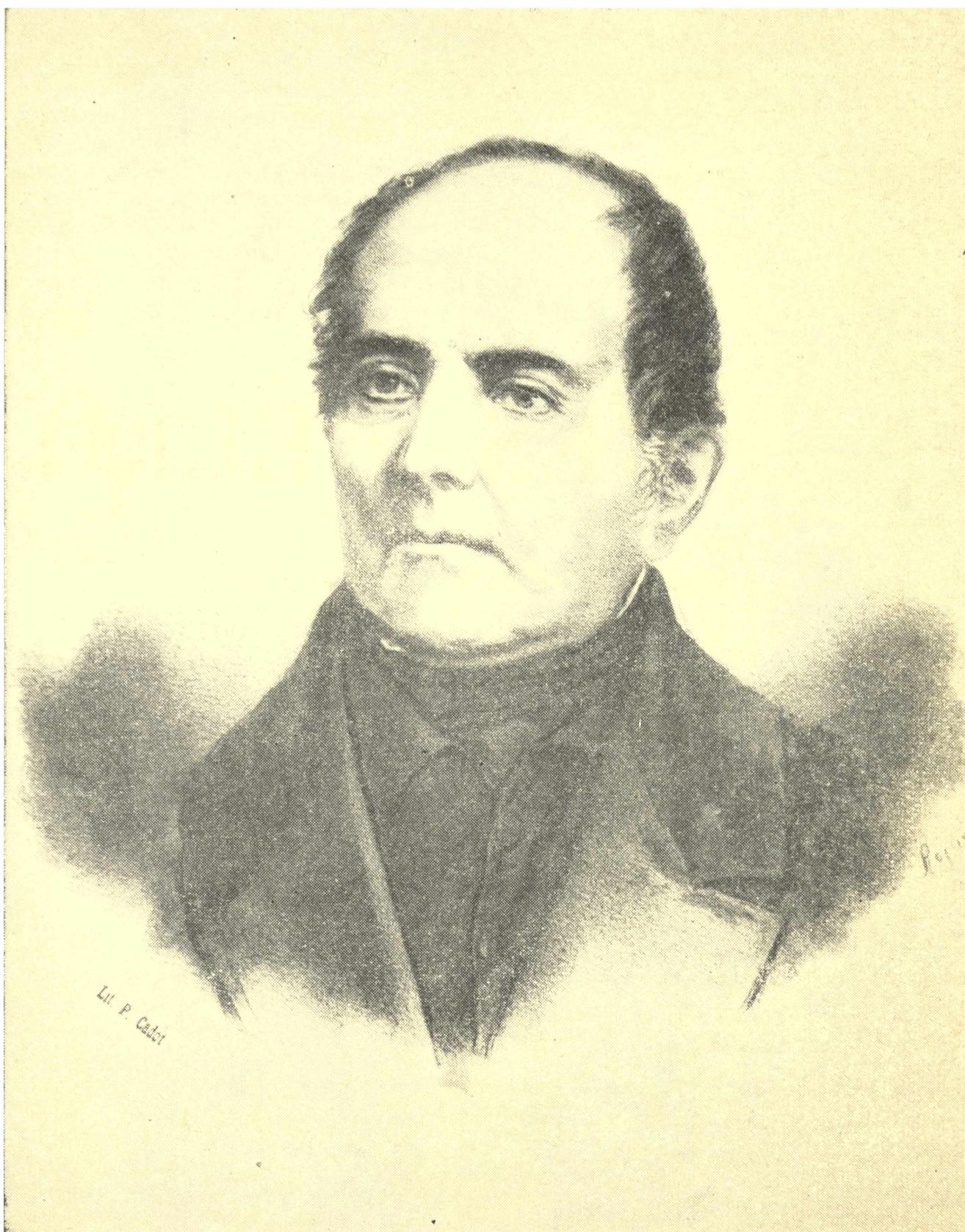
ANDRÉS BELLO

*Estudios reunidos en conmemoración
del centenario de su muerte
(1865 - 1965)*



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
LA PLATA
1966

ANDRÉS BELLO



Litografía de Andrés Bello de Pedro Cadot dibujada por Luis Fernando Rojas en 1881 con motivo del centenario del nacimiento de Bello y publicada en el diario *La Época*. Se conserva en la colección de estampas y retratos de la Biblioteca Americana José Toribio Medina de la Nacional de Santiago de Chile.

DEPARTAMENTO DE LETRAS
TRABAJOS, COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS. — VIII
INSTITUTO DE LITERATURA ARGENTINA E IBEROAMERICANA

ANDRÉS BELLO

*Estudios reunidos en conmemoración
del centenario de su muerte
(1865 - 1965)*



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA
FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN
LA PLATA
1966

TRABAJOS, COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS. — VIII

IMPRESO EN LA ARGENTINA

*Queda hecho el depósito que previene la ley N° 11.723
© by Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
(Departamento de Letras). Universidad Nacional de La Plata.
La Plata, 1966.*

SUMARIO

	Pág.
<i>Advertencia</i>	9
<i>Cronología de Andrés Bello</i>	11
JUAN CARLOS GHIANO: <i>La preocupación americana de Bello</i> ..	13
JUAN CARLOS GHIANO: <i>El clasicismo de Bello</i>	50
ENRIQUE M. BARBA: <i>La concepción histórica de Bello</i>	69
EMMA GREGORES: <i>Las raíces del pensamiento gramatical de Bello</i>	82
RAÚL H. CASTAGNINO: <i>Contactos entre Bello y la Argentina, en los primeros años de la Revolución</i>	97
RAÚL H. CASTAGNINO: <i>Andrés Bello, humorista reprimido</i>	103
MARÍA CLOTILDE REZZANO DE MARTINI: <i>Andrés Bello, traductor de Byron</i>	112
RODOLFO E. MODERN: <i>Alexander von Humboldt y su legado en la América de Andrés Bello</i>	131
JUAN A. SIDOTI: <i>Andrés Bello y la geografía</i>	138

ADVERTENCIA

El 15 de octubre de 1965 se cumplió el primer centenario de la muerte de Andrés Bello. Con tal motivo Venezuela, su país de nacimiento, y Chile, su patria de adopción, encabezaron los homenajes con que la América española celebró al más alto de sus humanistas, poeta excelente, científico de sabiduría esclarecedora, legislador, y maestro en la acción pública y en la privada. España tampoco estuvo ausente del coro de justos homenajes suscitados por quien tanto hizo para conservar la unidad espiritual del idioma común.

El Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata quiso cubrir parte de la deuda que los argentinos tenemos con el sabio humanista; para ello solicitó trabajos, a distintos especialistas universitarios, sobre otros tantos aspectos de la obra de Bello. Los estudios que aparecen en este volumen fueron los únicos entregados. Se explica así la ausencia de algunos aspectos esenciales de la producción bellista, no estudiados por los colaboradores reunidos. Faltan investigaciones sobre el poeta, el traductor del francés y el italiano, el latinista, el erudito de la épica medieval, el legislador, el estudioso de la filosofía, el divulgador de varias ciencias.

El volumen se abre con dos ensayos de introducción al pensamiento de Bello: uno dedicado a dilucidar los elementos esenciales y la evolución de sus afanes americanistas; otro, que apunta algunos de los textos en que el hombre de letras matizó sus juicios sobre el clasicismo y el romanticismo. A continuación, el trabajo del Profesor Dr. Enrique M. Barba sitúa los aspectos básicos de la concepción histórica de Bello, ilustrando desde ángulos apenas estudiados la posición del investigador en la historiografía moderna. La Profesora Sra. Emma Gregores considera las raíces del pensamiento gramatical del estudioso, aportando nuevas iluminaciones al tema. Los dos estudios del Profesor Dr. Raúl H. Castagnino aclaran facetas poco comentadas de la biografía y la obra poética: las relaciones de Bello con las autoridades argentinas a pocos años de la Revolución de Mayo, y las salidas humorísticas que presentan un matiz sorpresivo en la gravedad del maestro. La Profesora Sra. María Clotilde Rezzano de Martini desentraña el estilo de Bello traductor a través del análisis de una versión de Lord Byron; de esta manera

allega pruebas muy claras a la posición del poeta en el pleito entre clásicos y románticos. El Profesor Dr. Rodolfo E. Modern ha trazado la semblanza de uno de los maestros de Bello, Alexander von Humboldt. Relacionado con la influencia de Humboldt, aparece en el venezolano el interés por los temas geográficos, situado en el ensayo del Profesor Sr. Juan A. Sidoti.

Con estas colaboraciones se recuerda dignamente a uno de los civilizadores claves del Nuevo Mundo, a un prócer que definió numerosas líneas del pensamiento de esta América. Sus conclusiones, adecuadas a las realidades de la época, toman fuerza y perduración de las perspectivas históricas que iluminaron con rigor y lucidez. La lección de Bello, válida después de un siglo, exige una atención constante a sus principios y métodos. Tal es el mensaje recordado con estos intentos de análisis.

JUAN CARLOS GHIANO
Director del Instituto
de Literatura Argentina
e Iberoamericana

La Plata, 15 de marzo de 1966

CRONOLOGÍA DE ANDRÉS BELLO

- 1781: (29 de noviembre). Nace en Caracas Andrés Bello y López, hijo primogénito de Bartolomé Bello y Antonia López. La familia se aumentó con tres hijos —Carlos, Florencio y Eusebio— y cuatro hijas —María de los Santos, Josefa, Dolores y Rosario.
- 1790: Andrés recibe lecciones de latín del célebre mercedario Fray Cristóbal de Quesada, bibliotecario del convento de la Orden.
- 1796: Comienza estudios en el Colegio o Seminario de Santa Rosa, donde era profesor el Presbítero José Antonio Montenegro.
- 1797: Ingresa en la Real y Pontificia Universidad de Caracas y sigue los cursos de Filosofía con el Presbítero Rafael Escalona.
- 1799: Llega a Caracas el Barón Alejandro de Humboldt, autorizado por la Corte de España a realizar exploraciones científicas en las colonias. Bello acompaña a Humboldt en varias excursiones.
- 1802: Previo concurso, recibe el nombramiento de Oficial Segundo de la Capitanía General de Venezuela.
- 1808: Es designado Secretario de la Junta Central de Vacuna.
- 1810: *Resumen de la historia de Venezuela*.
Instalación de la Junta Suprema de Caracas.
Envío de una misión diplomática a Inglaterra, constituida por Simón Bolívar y Luis López Méndez; Bello los acompaña en condición de Auxiliar. La representación llega a Inglaterra el 10 de julio; el 21 de setiembre Bolívar se embarca de regreso a América.
- 1812: Restablecimiento del régimen colonial en Venezuela.
- 1814: Matrimonio con la inglesa Ana María Boyland.
- 1824: Aparece *La Biblioteca Americana*, periódico a cargo de Juan Juan García del Río y Andrés Bello, miembros de la “Sociedad de Americanistas” constituida en Londres.
Viudo desde hacía un año, Bello contrae segundas nupcias con la inglesa Isabel Antonia Dunn.
Es designado Secretario de la Legación de Colombia en Londres.
- 1826: Aparece *El Repertorio Americano*, periódico a cargo de Andrés Bello.
- 1829: Desembarca el Valparaíso, acompañado por su mujer, dos hijos del primer matrimonio y cuatro del segundo. Se instalan en Santiago.
- 1830: Comienza a publicarse el semanario *El Araucano*, en el cual

- Bello se ocupa de las noticias extranjeras y de las secciones de letras y ciencias.
- 1832: *Principios de Derecho de Gentes*. Santiago.
- 1834: Es designado Oficial Mayor del Departamento de Relaciones Exteriores, cargo que desempeñaba desde poco tiempo después de su arribo.
- 1835: *Principios de la Ortología y Métrica de la lengua castellana*. Santiago.
- 1837: Es elegido Senador.
- 1841: *Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana*. Valparaíso.
- 1843: Instalación de la Universidad de Chile, para la cual es designado Rector.
Instituciones de Derecho Romano. Santiago.
- 1844: *Principios de Derecho Internacional* (2ª edición de *Principios de Derecho de Gentes*). Valparaíso.
- 1846: *Gramática de la lengua latina*. Edición aumentada y corregida por Andrés Bello del texto publicado en 1838 por su hijo Francisco (1817-1845). Santiago.
- 1847: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Santiago.
- 1848: *Cosmografía o Descripción del Universo conforme a los últimos descubrimientos*. Santiago.
- 1849: *Instituciones de Derecho Romano* (2ª edición). Santiago.
- 1850: *Principios de la Ortología y Métrica de la lengua castellana* (2ª edición). Santiago.
Compendio de la historia de la literatura. Santiago.
- 1851: Es designado Académico honorario de la Real Academia Española.
- 1856: *Código Civil de la República de Chile*. Santiago.
- 1859: *Principios de la Ortología y Métrica de la lengua castellana* (3ª edición). Santiago.
- 1861: Miembro correspondiente de la Real Academia Española.
- 1862: *Compendio de gramática castellana escrito para el uso de las escuelas primarias*. Santiago.
- 1865: (15 de octubre): Muere en Santiago.
- 1870: *Colección de poesías originales*, por don Andrés Bello. Con apuntes biográficos por J. M. Torres Caicedo. Caracas.
- 1874: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. Con notas e índice alfabético de Rufino José Cuervo. Bogotá.
- 1881: *Filosofía del Entendimiento*. Edición preparada por el Presbítero Juan Escobar Palma. Santiago.
- 1881: *Colección de poesías originales de Andrés Bello*. Acompañada de la infancia y juventud de Bello y de notas bibliográficas por Arístides Rojas. Caracas.
- 1882: *Poesías* de Andrés Bello. Precedidas de un estudio biográfico y crítico por D. Miguel Antonio Caro. Madrid.

LA PREOCUPACIÓN AMERICANA DE BELLO

Sobre la redondez de la tierra, han figurado ya las tres partes que componían el antiguo mundo. El Asia, África y Europa hicieron su papel y figura correspondiente. Las artes y ciencias, el poder y la grandeza las recomendaron sucesivamente a la posteridad; y la diuturna posesión de estos bienes de fortuna prestó a los historiadores suficiente materia para eternizar la memoria de lo que todavía es la Europa (Carta de Juan Germán Roscio a Andrés Bello. Caracas, 9 de junio, 1811).

Las *Lecciones sobre la filosofía de la historia* de Hegel se publicaron en 1837, a seis años de la muerte del filósofo. Su pensamiento, clave de las interpretaciones del siglo, considera a América como país del porvenir, que por ese motivo queda fuera de su interpretación, ya que el filósofo no profetiza. En tiempos “futuros”, que escapan a la filosofía, tal vez América mostrará su importancia, acaso como lucha entre el Norte y el Sur. Para llegar a esa función histórica será necesario que este continente se separe del desarrollo universal y encuentre su camino propio. Esta caracterización afirma un reconocimiento que explica la escasa originalidad americana: lo acontecido hasta principios del siglo en América no es sino el “eco” del Viejo Mundo, un “reflejo” de vida ajena.

Tales reflexiones se asentaron hacia los años en que se había cumplido el movimiento de independencia de la América española, protagonizado por hijos legítimos del Siglo de las Luces, héroes nacionales que habían creído de buena fe que la historia se estaba haciendo con ellos, que su misión rompía con el pasado y se abría confiada a las proyecciones del presente. El general Simón Bolívar muestra el más alto estilo de esa conciencia americanista que cargaba el pasado sombrío del continente a la cuenta negativa de España.

El desentendimiento del pasado, útil como arranque de las naciones flamantes, pronto tropezó con fracasos y reacciones que desconcertaron a los más optimistas. Como revancha incontrolable el pasado se irguió, agresivo, a través de reacciones y desmanes, vigorosos en todos los países.¹

A treinta años de la independencia, el pensamiento sobre América se renovó sobre el juego de elementos dispuestos en extrema

¹ Véase ZEA, LEOPOLDO: *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*. México, El Colegio de México, 1949.

confrontación romántica: lo negativo del pasado y el presente, opuesto a los anhelos posibles para el futuro. Una de las fórmulas de mayor difusión correspondió a Domingo Faustino Sarmiento: barbarie contra civilización. La síntesis de su pensamiento apunta:

En la República Argentina se ven a un tiempo dos civilizaciones distintas en un mismo suelo: una naciente, que sin conocimiento de lo que tiene sobre su cabeza, está remedando los esfuerzos ingenuos y populares de la Edad Media; otra que, sin cuidarse de lo que tiene a sus pies, intenta realizar los últimos resultados de la civilización europea. El siglo XIX y el siglo XII viven juntos: el uno dentro de las ciudades, el otro en las campañas.

Para explicar los orígenes de la dualidad, irreductible en la primera manifestación de la tesis, Sarmiento recordó la situación anterior a 1810, justificando un reconocimiento pronto desdeñado de la civilización española:

Había antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles; dos civilizaciones diversas: la una española, *européa*, civilizada, y la otra bárbara, *americana*, casi indígena; la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil, para que estas dos maneras de ser de un pueblo se opusiesen en presencia una de otra, se acometiesen, y después de largos años de lucha, la una absorbiese a la otra.

La condena de la América primitiva está en la raíz de la caracterización; absorbida por la España medieval, también bárbara, el resultado se ofrecía a una nueva barbarie, la que Sarmiento veía triunfante en la Argentina de Juan Manuel de Rosas.²

El dualismo de la fórmula de Sarmiento tiene sus equivalentes en el pensamiento de sus contemporáneos de América; las variantes se relacionan con el sentido en que se había desenvuelto la historia de cada país: Francisco Bilbao opuso, en Chile, republicanismo a catolicismo; José María Luis Mora, en México, progreso a retroceso. Escasos fueron los diagnósticos que encontraron una solución armónica a las fuerzas que pugnaban en América; muchos menos los que reconocieron de buena fe la impronta civilizadora de España y la aplicaron a señalar una relación perdurable con la suma de valores espirituales justificada bajo el nombre de cultura occidental.

El romanticismo social aplicó sus métodos a la formulación de aspectos negativos del pasado hispánico; el sistema de las oposiciones irreductibles exageró en América su valor demostrante, encauzando los textos de más fácil aceptación.

Andrés Bello, pensador formado en las dimensiones americanas del siglo XVIII, dio una primera solución real a la interpretación de las fuerzas opuestas, completando con lucidez el pensamiento político de la independencia. Ciertos rasgos de su vida explican la base de su comprensión americana, y apoyan la continuidad de su pensamiento y sus fundaciones en una intensificación de motivos docentes. Pedro Lira Urquieta ha insistido en la importancia que tuvo en

² Véase MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL: *Los invariantes históricos en el "Facundo"*. Buenos Aires, Viau, 1947.

Bello la formación caraqueña de la juventud, vivida hasta 1810; de ahí que su biografía del prócer se detenga en la evocación elogiosa de la ciudad natal, Caracas: "Tiene harta importancia conocer ese estado social, porque nuestro personaje, por un curioso destino providencial, va a ser un logrado hombre de letras del siglo XVIII que actuará con acierto en pleno siglo XIX".³

El Barón de Humboldt, nuevo descubridor de esta América, es el mejor testigo que pudo tener la Venezuela donde se formó Bello; sintetizando las notas decisivas de sus experiencias venezolanas, el viajero concluía por reconocer que en ninguna otra parte de la América española la civilización había tomado un aspecto más europeo.⁴ De tales circunstancias derivan las primeras coordenadas del pensamiento americanista de Bello. Sin descuidar la integridad de su fe católica, Bello adhirió a las posibilidades intelectuales brindadas por su siglo; la nueva ciencia y su metodología realista fueron auxiliares básicos en sus estudios sobre América.

Caracas (1781-1810)

No puedes figurarte la melancolía que ahora más que nunca me atormenta por la distancia que me separa de vosotros. ¡Caracas en mis pensamientos de todas horas! Caracas en mis ensueños. Anoche cabalmente soñaba hallarme en compañía de algunas personas queridas de aquella época dichosa de nuestra juventud. Si supieras con qué viveza me represento en mis ratos desocupados el Guaire, Catuche, los Teques, el patio y corral, y todos los pormenores de la casa en que tú y yo nacimos y jugamos, y nos dimos de puñetes algunas veces, aquellos granados, aquellos naranjos; y ahora, ¿qué es de todo eso? (Carta de Andrés Bello a su hermano Carlos, Santiago de Chile, 30 de diciembre, 1856).

Nacido en 1781, Bello encontró en su familia el ambiente educador que creaba la madre, buena lectora de los clásicos castellanos y

³ LIRA URQUIETA, PEDRO: *Andrés Bello*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1948, pág. 29.

Con respecto a los años finales del siglo XVIII, afirma Lira Urquieta: "Para los criollos ricos y para los criollos cultos, la vida fue entonces hermosa. Tal vez nunca como en las postrimerías del siglo XVIII fue más intensa y más auténtica la alegría de vivir. Los sueños de reforma o de libertad daban extraño sabor a los viajes y a los proyectos; las ideas que flotaban en el aire prometían a todos los humanos una felicidad sin término. Algunos hechos auspiciosos hinchaban las velas de las esperanzas americanas. Los criollos de Buenos Aires habían demostrado el valor militar de que eran capaces; las andanzas de Olavide y de Miranda por las Cortes europeas acreditaban el interés que en ellas despertaban las cosas de América; los escritos de los jesuitas criollos desterrados en Italia alcanzaban celebridad europea; los fervores científicos de Mutis, de Zea y de Caldas habían encendido los entendimientos neogranadinos" (pág. 27).

⁴ Véase DE HUMBOLDT, ALEJANDRO: *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente. Hecho en 1799, 1800, 1801, 1802, 1803 y 1804 por A. de Humboldt y A. Bonpland*. Traducción de L. Alvarado, L. Yepes, E. Röhle y J. Nucete-Sardi. Notas de J. Ruiz Trapero, María del C. Purro y T. Pacheco Peñaranda. Estudio preliminar por Roberto Fernando. (En: *Viajes por América del Sur* (II). Madrid, Aguilar, 1962).

muy atenta a los goces de la música. Precozmente centrado, el niño unió el conocimiento de los autores españoles al de los latinos, comentados con respeto en las aulas conventuales; pronto, y gracias a su propio esfuerzo, este conocimiento se amplió al de los autores franceses e ingleses. Las tareas de traducción completaron el estudio de los grandes poetas, cumpliendo con dignidad una de las formas de cortesía intelectual enseñadas por el siglo XVIII.

El nivel de la vida caraqueña resultaba tan propicio para los criollos adinerados como para los estudiosos. La Venezuela de las postrimerías de la colonia se presentaba como un país próspero, afirmado sobre la variedad de los cultivos y la seguridad comercial de la Compañía Guipuzcoana. Se había concluido el ciclo engañoso de los países mineros: marchitadas las leyendas áureas de la conquista, un nuevo ritmo económico favorecía la tónica casi arcádica del territorio venezolano, donde podía vivirse con decorosa alegría espiritual. Las ideas progresistas que difundía en sus colonias la España borbónica alentaron deseos de reforma, aspiraciones de viaje, aperturas de un mundo que se consolidaba en prosperidad sin sorpresas. Venezuela contaba con un arquetipo ideal de aquellas ansias, el precursor Francisco de Miranda, que paseaba su prestancia por las Cortes europeas acrecentando así el crédito espiritual del Nuevo Mundo. No debe olvidarse que la celebridad europea de Miranda, como la amplitud de su cultura, atrajeron al joven Bello, que en la casa londinense del prócer encontró una residencia adecuada a su curiosidad de lector y a su permanente respeto a los hombres representativos.⁵

⁵ La primera edición de *Obras completas* de Bello fue dispuesta en Chile por Ley del 5 de setiembre de 1872. Alcanzó a quince volúmenes, que no recogieron todo el material disponible, publicados en Santiago de Chile con la siguiente distribución: Vol. I. *Filosofía del entendimiento*. Introducción de Juan Escobar Palma, 1881; vol. II. *Poema del Cid*. Introducción de Baldomero Pizarro, 1881; vol. III. *Poesías*. Introducción de Miguel Luis Amunátegui, 1883; vol. IV. *Gramática de la lengua castellana*. Introducción de Francisco Vargas Fontecilla, 1883; vol. V. *Opúsculos gramaticales*. Introducción de M. L. Amunátegui, 1884; vol. VI. *Opúsculos literarios y críticos* (I). Introducción de M. L. Amunátegui, 1883; vol. VII. *Opúsculos literarios y críticos* (II). Introducción de M. L. Amunátegui, 1844; vol. VIII. *Opúsculos literarios y críticos* (III). Introducción de M. L. Amunátegui, 1885; vol. IX. *Opúsculos jurídicos*. Introducción de M. L. Amunátegui, 1885; vol. X. *Derecho Internacional*. Introducción de M. L. Amunátegui, 1886; vol. XI. *Proyecto de Código Civil*. Introducción de M. L. Amunátegui, 1887; vol. XII. *Proyecto de Código Civil (1853)*. Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes, 1888; vol. XIII. *Proyecto inédito de Código Civil*. Introducción de M. L. Amunátegui Reyes, 1890; vol. XIV. *Opúsculos científicos*. Introducción de M. L. Amunátegui Reyes, 1892; vol. XV. *Miscelánea*. Introducción de M. L. Amunátegui Reyes, 1893.

En 1951 una Comisión Editora constituida por Rafael Caldera, Augusto Mijares, Enrique Planchart y Pedro Grases inició una nueva edición de *Obras completas*, publicadas por el Ministerio de Educación de Venezuela e impresas en Buenos Aires. Han aparecido los siguientes volúmenes: vol. I. *Poesías*. Prólogo de Fernando Paz Castillo, 1952; vol. II. *Borradores de poesía*. Prólogo de Pedro P. Barnola, S. J., 1962; vol. III. *Filosofía*. Introducción de Juan

Los elementos caraqueños de la visión americana de Bello se fijan en su primer texto en prosa, de 1810: *Resumen de la historia de Venezuela*.⁶

Oyente de Humboldt, con quien había estrechado buenas relaciones de discipulado, y atento a aspectos del pensamiento de Rousseau, Bello se presenta como un conocedor entusiasta de la naturaleza. Desde la comprensión del paisaje patrio surgen las explicaciones de la forma venezolana de la conquista:

La Guayana, a quien el Orinoco destina a enseñorear todo el país que separan del mar los Andes de Venezuela, fue de poco momento mientras que los entusiastas del Dorado pisaron su majestuoso suelo ciegos por la codicia y sordos a la ventaja de la industria y el trabajo; mas aunque estas funestas expediciones no produjeron el deseado fin que las hizo emprender no pudieron menos que llamar la atención sobre el maravilloso espectáculo con que la naturaleza convidaba a unos hombres desengañados a indemnizarse con su sudor de las pérdidas y la destrucción, a que los había reducido la avaricia.

El historiador reconoce en las empresas de la conquista un solo móvil: la codicia. Los españoles fueron hombres ajenos a las posibilidades del trabajo sistemático y de la industria; con visión anacrónica, superada en sus años chilenos, aplicaba a los conquistadores su concepción de hombre del siglo XVIII. La naturaleza era considerada, también anacrónicamente, el paliativo ideal a los fracasos; la religión, otro consuelo:

La religión fue el asilo que encontraron para empezar su carrera bajo los mejores auspicios, y sus Ministros se prestaron gustosos a recuperar lo que había perdido la violencia, con un celo que hará siempre respetables a los emisarios del Dios de la paz.

Hombre formado por la Ilustración, a la vez que católico práctico, Bello se reconcilió con la empresa española a medida que se acercaba la época más de acuerdo con sus principios políticos y sociales de ciudadano pacífico y progresista. Las explicaciones de su

David García Bacca, 1951; vol. IV. *Gramática*. Introducción de Amado Alonso, 1951; vol. V. *Estudios gramaticales*. Estudio preliminar de Angel Rosenblat, 1951; vol. VI. *Estudios filológicos* (I). Prólogo de Samuel Gili Gaya, 1954; vol. III. *Gramática latina*. Prólogo de Aurelio Espinosa Polit, S. J., 1958; vol. IX. *Temas de crítica literaria*. Prólogo de Arturo Uslar Pietri, 1956; vol. X. *Derecho Internacional* (I). Prólogo de Eduardo Plaza A., 1954; vol. XI. *Derecho Internacional* (II), 1959; vol. XII. *Código Civil de la República de Chile* (I). Introducción de Pedro Lira Urquieta, 1954; vol. XIII. *Código Civil de la República de Chile* (II). Introducción de Pedro Lira Urquieta, 1956; vol. XIV. *Derecho Romano*. Introducción de Hessel E. Yntema, 1959; vol. XVII. *Labor en el Senado de Chile*. Prólogo de Ricardo Donoso, 1958; vol. XIX. *Temas de historia y geografía*. Estudio preliminar de Mariano Picón Salas, 1957; vol. XX. *Cosmografía y otros escritos de divulgación científica*. Prólogo de F. J. Duarte, 1957.

Las citas en el texto se hacen de esta edición. En caso contrario, se indica la fuente utilizada.

⁶ *Obras completas*, vol. XIX, págs. 40, 40, 44, 49 y 46, respectivamente.

prosa, ya lenta y cernida, van manifestando el sentido de su interpretación histórica, cumplida entonces sobre el aprecio de los valores civiles:

En los fines del siglo XVII debe empezar la época de la regeneración civil de Venezuela, cuando acabada su conquista y pacificados sus habitantes, entró la religión y la política a perfeccionar la grande obra que había empezado el heroísmo de unos hombres guiados, a la verdad, por la codicia; pero que han dejado a la posteridad ejemplos de valor, intrepidez y constancia, que tal vez no se repetirán jamás. Entre las circunstancias favorables que contribuyeron a dar al sistema político de Venezuela una consistencia durable debe contarse el malogramiento de las minas que se descubrieron a los principios de su conquista. La atención de los conquistadores debió dirigirse desde luego a ocupaciones más sólidas, más útiles, y más benéficas, y la agricultura fue lo más obvio que encontraron en un país donde la naturaleza ostentaba todo el aparato de la vegetación.

En coincidencia con otros contemporáneos, Bello condenó la riqueza surgida de la explotación de minas: el malogramiento de los yacimientos descubiertos en Venezuela sería el origen de la prosperidad agrícola del país; el nuevo régimen económico sustentaría acordadamente el perfeccionamiento de la religión y la política.

El panorama del nuevo estado económico se elogia en las líneas más entusiastas del ensayo de 1810:

Apenas se conoció bien el cultivo, y la elaboración del añil, se vieron llegar los deliciosos valles de Aragua a un grado de riqueza y población de que apenas habrá ejemplo entre los pueblos más activos e industriosos. Desde la Victoria hasta Valencia no se descubría otra perspectiva que la de la felicidad y la abundancia. [...] A impulsos de tan favorables circunstancias se vieron salir de la nada todas las poblaciones que adornan hoy esta privilegiada mansión de la agricultura de Venezuela.

Tal perspectiva permite celebrar los buenos aspectos de la acción fundadora de España:

Tres siglos de existencia en que se han visto elevarse muchas ciudades de la América al rango de las más principales de Europa, justificarán siempre la política, la prudencia, y la sabiduría del gobierno, que ha sabido conservar su influjo sin perjudicar a los progresos de unos países tan distantes del centro de su autoridad.

El *Resumen de la historia de Venezuela* afirma las notas que condicionan el sentido de la primera visión que Bello tuvo de América, apoyo para la ampliación de sus comprensiones posteriores, enriquecidas de datos en su larga estancia londinense.

Hasta su traslado a Chile en 1829, Bello no había conocido otro país americano que Venezuela; los caracteres de su concepción del Nuevo Mundo se relacionan fundamentalmente con este conocimiento. Las prosas periodísticas y las silvas escritas en Londres afirmaron la visión, afinada por las dimensiones de la añoranza.⁷

⁷ La añoranza de la tierra nativa se prolongó en los años chilenos diseñando uno de los aspectos de la sensibilidad de Bello, tan recatada en su obra

La relación con la naturaleza y la sociedad venezolanas condiciona la forma peculiar de los planteos; la prosperidad agrícola de su patria determinó la idea de una sociedad integrada en el trabajo, donde los conflictos internos no llegaron a la trágica dimensión de otras zonas americanas, en especial las de riqueza minera. Por imperio de las circunstancias venezolanas, América se le confundió con los límites de una región pródiga, cultivada a conciencia, sin apremios de miseria ni tensiones entre el propietario y sus trabajadores.

Venezuela, clave de la América meridional, fue relacionada por el poeta con símbolos que surgen de sus lecturas latinas y de ciertos temas del pensamiento europeo sobre las Indias Occidentales. Las *Geórgicas* de Virgilio le enseñaron la lírica defensa de la cultura agrícola que sostuvo la educación de los mejores romanos; el secular tema de la Edad de Oro, a través de los intérpretes castellanos, amplió esa configuración idealizada que tuvo para Bello sabor castizo en las páginas del *Quijote*. La idea de América como tierra pródiga y las condiciones del buen salvaje —a través de los ensayistas del siglo XVIII— le suministraron armónicos del tema virgiliano.⁸

El universalismo del Siglo de las Luces encontró estímulos literarios que ayudaban a expresar la adhesión del americano a su tierra y los cultivadores; la docencia implícita en las caracterizaciones del Nuevo Mundo reactualizaba el sentido de los ejemplos romanos. Tales elementos, entre literarios y reales, se decantaron en la etapa londinense de Bello, confirmando la doble modalidad con que el escritor se acercó a su continente: la idealización favorecida por modelos poéticos y las circunstancias de la mejor etapa colonial de Venezuela. El realismo de estos últimos datos se amplió con los aspectos científicos que pudo comprender en sus años europeos.

El inglés de Bello le valdría para ser incluido en la embajada que la Junta Suprema de Caracas envió a Londres; acompañó como auxiliar a Luis López Méndez y Simón Bolívar, representantes de la aristocracia criolla del dinero y la cultura que dio el tono a los años finales de la colonia; la Junta, señoreada entonces por los mantuanos, recurrió a una juventud culta y despejada, cuyo trato elogiaría Humboldt.

A la buena sombra del sabio berlinés se había acogido Bello cuando el viajero vivió su temporada caraqueña; la influencia de

poética. Véase el material epistolar de aquellos años incluido en: *Epistolario de la Primera República*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1960, tomo I, págs. 75-89.

Para comprender la situación de Venezuela al final de la guerra de independencia y los conflictos civiles, resulta ampliamente ilustrativo el informe elevado por José Rafael Revenga al Libertador Presidente de la República Gral. Simón Bolívar, el 22 de agosto de 1829 (*Epistolario de la Primera República*. Caracas, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 1960, tomo II, págs. 130-146).

⁸ Véase GHIANO, JUAN CARLOS: *Andrés Bello y su poema "América"*. (En: *Cuadernos del Idioma*, año I, número 3, Buenos Aires, 1965, págs. 27-65).

Humboldt fue decisiva en la formación vocacional de su interlocutor, a quien es posible imaginar urgido de preguntas frente al estudio de tantas ciencias. En los artículos londinenses, los temas geográficos y las notas sobre distintos aspectos de las ciencias naturales revelan el disciplinado.⁹

Las páginas que se han rescatado de la producción venezolana de Bello muestran a un joven de pensamiento claro, con estilo seguro en la posibilidad de sus limitaciones. Los temas de las estrofas le vienen de Virgilio, de Horacio y de clasicistas españoles; la expresión aparece impregnada por la influencia de autores leídos desde la infancia: Garcilaso, Lope de Vega, Cervantes y Calderón.

El *Resumen de la historia de Venezuela*, su intento más cabal de ese período, señala a un prosista de amplio párrafo clásico, levemente animado en las frases que expresan su devoción a la naturaleza. El discípulo de Humboldt conciliaba así el respeto a las disciplinas clásicas con la adhesión científica a los tiempos nuevos.

Esas muestras literarias revelan la amplitud de su espíritu, tan americana, que le permitió madurar cabalmente en sus años londinenses. Los estudios filosóficos y jurídicos comenzados en las aulas de Caracas, aunque juzgados irónicamente por Bello, le dieron una disciplina que le permitió adelantar con paso seguro en la formación de autodidacto. A los idiomas que ya dominaba, sumó pronto el estudio del griego, incitado por la biblioteca de Miranda.

Londres (1810-1829)

Vd. no ignora mis antiguos hábitos de estudio y laboriosidad, y los que me han conocido en Europa, saben que los conservo y que se han vuelto en mí naturaleza. (Carta de Andrés Bello a Pedro Gual. Londres, 6 de enero, 1824).

En Inglaterra Bello prolongó un destierro voluntario que prueba las inclinaciones de su temperamento. Concluida la función oficial, reveladora de la distancia que iba de las esperanzas de los americanos al posible diálogo con las potencias europeas, y cortados los ingresos que le llegaban de Venezuela, eligió la apretura del destierro para alejarse de los disturbios erizados en su patria.

Al exilarse, Bello rechazó con cautela los excesos jacobinos y las ambiciones personalizadas que daban por tierra con las aspiraciones de los libertadores. El destino amargo de Miranda y la ingratitud recibida por Bolívar le ofrecieron muestras dramáticas de las revueltas americanas, cuyas contaminaciones trató de alejar de su vida. El epistolario de esos años muestra hasta dónde llegaba su repudio del desorden, y la desazón que le producían los intereses mezquinos que jugaban las parcialidades en guerra. En Londres acrecentó sus jornadas con extensos horarios de estudio; firme en su vocación, hizo segundo hogar del *British Museum* y de cuanta biblioteca particular se le ofreció; lo ayudaron los contactos perso-

⁹ Véanse *Obras completas*, vol. XIX y vol. XX.

nales con personajes de la más distinta procedencia. Precisamente tales relaciones educaron su trato, llevándolo a un posición ecuánime y parsimoniosa.

Tuvo buena amistad con los difíciles desterrados españoles: el inquieto Blanco-White, que supo ser su guía espiritual en una crisis religiosa; el andariego José Joaquín de Mora; el erudito Bartolomé Gallardo. No le faltaron amigos americanos: el ecuatoriano José Joaquín de Olmedo a quien hizo su compadre; el precursor mejicano Fray Servando Teresa de Mier; los diplomáticos chilenos, primero Antonio José de Irisarri, y después Mariano Egaña, quien facilitó su retorno a América. Entre las amistades londinenses se señalan James Mill, Joseph Lancaster y Lord Holland. Estas relaciones, tan diversas, probaron su juicio discriminativo, diplomático en el sentido noble del término, adiestrándolo para el tacto crítico que requieren los estudios filológicos y la codificación jurídica.

La madurez de Bello parece cumplirse en vista a futuras realizaciones, cubriendo con este fin los huecos dejados por sus estudios caraqueños. Las empresas periodísticas en que entonces colaboró renuevan algunos tópicos de su americanismo, a la vez que adelantan aspectos nuevos. Ya en Caracas había intervenido en el periodismo, considerado por Bello como una de las formas modernas de la educación; redactor de la *Gazeta de Caracas*, prestó su apoyo al *Calendario Manual y Guía Universal de Forasteros en Caracas para 1810*, con el *Resumen de la historia de Venezuela*.

En 1820 en Londres colaboró con Irisarri en los cuatro números de *El Censor Americano*, aparecidos entre julio y octubre de ese año. Poco después formó parte de una "Sociedad de Americanistas", integrada por Juan García del Río, Luis López Méndez, P. Cortés y Agustín Gutiérrez Moreno; como órgano de esa agrupación se editó *La Biblioteca Americana*, a cargo de García del Río y Bello. Aparecida en 1823, alcanzó a publicar un volumen y la primera sección de lo que debió ser el segundo. El prospecto anunciador, firmado con las iniciales *G. R.*, debió contar con la colaboración de Bello ya que algunas de sus ideas se repiten tres años después en el anuncio de *El Repertorio Americano*¹⁰.

Los adelantos sobre la publicación de 1823 señalan la continuidad histórica de América, que ya Bello había presentido en su ensayo caraqueño:

Daremos en todo un lugar distinguido a cuanto tenga relación con la América, y especialmente a su historia, que dividiremos en *antigua, media y moderna*. Llamaremos historia antigua a las conjeturas que se han formado sobre el modo en que el nuevo continente se pobló; y a la que tiene por asunto la fundación y épocas varias de sus imperios y naciones independientes, como también a cuanto se sabe acerca de sus costumbres, ciencias, artes y estado de civilización hasta la fecha de sus descubrimiento, terminando con la sangrienta conquista de aquella parte del

¹⁰ GRASES, PEDRO: *Tres empresas periodísticas de Andrés Bello. Bibliografía de "La Biblioteca Americana" y "El Repertorio Americano"*. Caracas, s. e., 1955. Las citas en el texto corresponden a las págs. 27 y 28.

globo. Designaremos con el nombre de edad media la época colonial, en que la descendencia de los conquistadores, la de los indígenas, la de las razas africanas, formaron una sociedad, compuesta de elementos discordes, que la política de la metrópoli tuvo estudiosamente desunidos, mientras su poder, cimentado sobre la ignorancia y la división, pesaba igualmente sobre todos. Por último, distinguiremos con la denominación de historia moderna a la nueva era de América, en que sacudiendo ella el yugo que la oprimía, vio nacer en su seno estados independientes.

El epígrafe de *La Biblioteca Americana* indica el espíritu rector de la revista; son tres versos de la "Canción" 5, de la parte I, de las *Rimas* de Petrarca; su traducción advierte: "Pues ya es tiempo de sustraer el cuello / Del yugo antiguo, y de romper el velo / En que han estado envueltos nuestros ojos". Anticipación de la independencia mental que revelan las páginas de la publicación, cuyo sentido se prolonga en *El Repertorio Americano*, a cargo exclusivo de Bello. Aparecieron cuatro entregas de esta revista, entre octubre de 1826 y agosto de 1827, como "obra más rigurosamente americana que *La Biblioteca Americana*", según la prevención del prospecto.¹¹

En resumen del contenido de la nueva publicación, adelanta el anuncio:

En una palabra, examinar, bajo sus diversos aspectos cuáles son los medios de hacer progresar en el Nuevo Mundo las artes y las ciencias, y de completar su civilización; darle a conocer los inventos útiles para que adopte establecimientos nuevos, se perfeccione su industria, comercio y navegación, se le abran nuevos canales de comunicación, y se le ensanchen y faciliten los que ya existen; hacer germinar la semilla fecunda de la libertad, destruyendo las preocupaciones vergonzantes con que se le alimentó desde la infancia; establecer sobre la base indestructible de la instrucción el culto de la moral; conservar los nombres y las condiciones que figuran en nuestra historia, asignándoles un lugar en la memoria del tiempo; he aquí la tarea noble, pero vasta y difícil, que nos ha impuesto el amor de la patria.

Completando la idea civilizadora de la publicación, agrega el prospecto:

Adoptaremos todo aquello que pueda ser útil, y hablaremos el lenguaje de la verdad. Amamos la libertad, escribimos en la tierra clásica de ella, y no nos sentimos dispuestos a adular al poder, ni a contemporizar con preocupaciones que consideramos perniciosas.

Como cierre del folleto, fechado el primer día de julio de 1826, se adelanta el anhelo que sintetizó la misión americanista cumplida por Bello en el exilio:

¡Felices nosotros si conseguimos, en premio de nuestras tareas, que la verdad esparza sus rayos por todo el ámbito del nuevo mundo; que la naturaleza depierte el ingenio de su dilatado sueño, y nazcan a su voz los talentos y las artes; que a la luz de la filosofía se disipen mil errores funestos; que civilizado el pueblo americano por las letras y las ciencias,

¹¹ GRASES, PEDRO: Obra citada, págs. 31 y 32.

sienta el benéfico influjo de las bellas creaciones del entendimiento, y recorra a pasos gigantescos el vasto camino abierto al través de las edades por los pueblos que le han precedido; hasta que llegue la época dichosa, en que la América, a la sombra de gobiernos moderados, y de sabias instituciones sociales, rica, floreciente, libre, vuelva con usura a la Europa el caudal de luces que hoy le pide prestado, y, llenando sus altos destinos, reciba las bendiciones de lo posteridad!

La empresa educativa de *El Repertorio Americano* responde a las características americanas de la época: a quince años de las Juntas de gobierno, el desarrollo de las nuevas naciones se había hecho difícil, y los pobres resultados del presente parecían negar el optimismo de los libertadores. El fracaso de los gobiernos ilustrados —de Simón Bolívar, de Bernardo O'Higgins, de Bernardino Rivadavia— dejó abierto el paso a fuerzas reaccionarias que no se habían sabido dominar.

Los libertadores supusieron que las condiciones geográficas y morales de América se desarrollaban en el mismo nivel que las europeas en cuanto a las posibilidades de progreso; eran valores distintos, es cierto, pero estas diferencias no implicaban una inferioridad de la civilización en América. Sobre este criterio, los planes de los gobernantes educados por la Ilustración parecieron de segura aplicación; sólo necesitaban de la sanción inmediata de las leyes. Con tal esperanza surgieron los proyectos constitucionales del despotismo ilustrado; los gobernantes, según lo ha señalado Leopoldo Zea, se empeñaron en que "por la fuerza había que enseñar a los pueblos americanos a ser libres".¹² Mientras tanto, el pueblo —realidad compleja— era un factor incomprendido, un riesgo perpetuo para los racionalistas. La primera generación de los románticos tratará a poco de superar esa ignorancia del elemento mayoritario, para insistir en caracterizaciones forjadas sobre los aspectos negativos que lo relacionaban con el aspecto más sombrío del pasado colonial.

Las preocupaciones románticas por el avance de los destinos nacionales promoverían la conciencia de la misión a cumplirse en el futuro, cuando se superaran rémoras e incapacidades; en las distintas naciones del continente se insistiría en proyectar la misión porvenirista a partir de la independencia cultural de cada una de las comunidades. Por primera vez las naciones de América habrían de erguirse frente a Europa, en exaltada manifestación de posibilidades distintas. Sería una forma de rechazo de ciertas modalidades europeas relacionadas con concepciones preteridas; los estímulos del Viejo Mundo podían tomarse como punto de partida, nunca como meta. A poco, los Estados Unidos del Norte serían convertidos en modelo ideal de nuestra América; en la Argentina, fue la trayectoria acentuada desde Sarmiento a Miguel Cané.

En el período de decidida bancarrota del despotismo ilustrado se cumplió la labor londinense de Bello. El programa de *El Repertorio Americano* fue su respuesta a una difundida sensación de fra-

12 ZEA, LEOPOLDO: Obra citada, pág. 31.

caso, o al menos de frustración hispanoamericana; las silvas poéticas publicadas en aquellos años refuerzan la amonestación que los pueblos nuevos deben meditar largamente. *Alocución a la poesía en que se introducen las alabanzas de los pueblos e individuos americanos, que más se han distinguido en la guerra de la independencia*, apareció en 1823 en las dos entregas primeras de *La Biblioteca; La agricultura de la zona tórrida*, en 1826, en la primera entrega de *El Repertorio*.¹³

El poema de 1823 se abre con una invitación a la "Divina Poesía", incitándola a que deje Europa, "que tu nativa rustiquez de ama, y se dirija a América, abierta como "grande escena cordial". Luego de la invitación se elogia la soberanía de la naturaleza americana: "También propicio allí respeta el cielo / la siempre verde rama / con que al valor coronas; / también allí la florecida vega, / el bosque enmarañado, el sesgo río, / colores mil a tus pinceles brindan; / y Céfiro revuela entre las rosas; / y fúlgidas estrellas / tachonan la carroza de la noche; / y el rey del cielo entre cortinas bellas / de nacaradas nubes se levanta; / y la avecilla en no aprendidos tonos / con dulce pico endechas de amor canta".

América es situada en una tradición literaria que abonaron los estímulos más respetados por los seudoclasticistas; sobre esos datos se diseña el escenario ideal para la Poesía, "silvestre ninfa" que rechaza naturalmente los "dorados alcázares reales". El repudio de las pompas sitúa a la musa invocada en la primitiva Edad de Oro, gustada por Bello a partir de las visiones bucólicas de Virgilio. La Poesía, directora y guía de los pueblos, reclama un ámbito de sencillez campesina, el que la favoreció en las épocas naturales de la historia universal, las primitivas: "No tal te vieron tus más bellos días, / cuando en la infancia de la gente humana, / maestra de los pueblos y los reyes, / cantaste al mundo las primeras leyes".

Antes que en los valores propiamente poéticos, Bello está pensando en las funciones legislativas de la Poesía; la referencia se sitúa e ilumina a partir de la situación europea contemporánea. En la Europa moderna el culto poético ha sido avasallado por las preocupaciones filosóficas; la "rival Filosofía" ha triunfado, junto con la degradación de las costumbres. Crece "la antigua noche de barbarie y crimen", mientras se apellida cultura a la corrupción; la quiebra poética es también moral, según la igualación de valores permanentes en Bello. Al destruirse la esencia de la vida espiritual, el caos se adueña de las acciones humanas; la salvación está reservada a América, promesa de la tierra primitiva, "al hombre sometida apenas".

Una serie de nombres señala el mapa histórico de la América contemporánea: Buenos Aires, Venezuela, Chile, México, Cuba, Quito, Bogotá, Cundinamarca, elevados por nobles empresas guerreras. Desde la síntesis de las guerras de independencia se salta a un pasado

¹³ *Obras completas*, vol. I. *La alocución a la Poesía* va de la página 43 a la 64; *La agricultura de la zona tórrida*, de la página 65 a la 74.

ideal, el anterior a la conquista; edad roussoniana en que no se erguían las disputas inútiles del pensamiento, ni se conocían las guerras: “La libertad sin leyes florecía, / todo era paz, contento y alegría”. Era una vida reglada por los sabios principios de la naturaleza: “Aún no aguzado la ambición / había el hierro atroz; / aún no degenerado / buscaba el hombre bajo oscuros techos / el albergue”.

Al elevar a símbolo al continente precolombino, Bello cumple con una de las líneas de la literatura revolucionaria: la exaltación del indigenismo, origen ideal de una América que busca así prosapia intransferible. El motivo, retórico y retorizante, se carga en Bello de adhesiones morales, acordes con su programa educativo. Sin distraerse en la evocación de los mártires indígenas, reconoce en la América anterior a la conquista una realización de las condiciones del hombre natural, a las que deberá volverse como rescate del presente destructivo. El anhelo pacifista insiste en la visión idílica de un continente donde la conquista no había plantado su mala semilla. Poéticamente, y por razones de orden moral, Bello parece desentenderse de la valoración cultural que le habían sugerido tantas veces las relaciones españolas entre América y Europa.

La concepción de una América libre de falsas leyes se refuerza en los versos que repiten la invitación a la Poesía, mostrándole los matices variados de los paisajes nativos, que están reclamando sus intérpretes poéticos: “Si tus colores los más ricos mueles / y tomas el mejor de tus pinceles, / podrás los climas retratar, que entero / el vigor guardan genital primero / con que la voz omnipotente, oída / del hondo caos, hinchió la tierra, apenas / sobre su informe faz aparecida, / y de verduras la cubrió y de vida”.

La invitación concluye con un cuadro abarcador, en que la grandeza americana se ordena sin caer en el ajardinamiento dieciochesco. Sobre la incitación retórica crece el recuerdo de la adolescencia y la juventud de este gran caminador, del atento estudioso de los paisajes nativos: “En densa muchedumbre / ceibas, acacias, mirtos se entretejen, / bejucos, vides, gramas; / las ramas a las ramas, pugnando por gozar de las felices / auras y de la luz, perpetua guerra / hacen, y a las raíces / angosto viene el seno de la tierra”. La imaginería de América celebra la fertilidad meridional; el entusiasmo poético parece presionar la expresión de Bello por fidelidad a las condiciones de la comarca que se invoca. El hombre de lecturas se deja dominar por quien aprendió a amar, lírica y científicamente, la realidad venezolana de la tierra.

Después de la medida confesión del desterrado. —“¡Oh quien contigo, amable Poesía, / del Cauca a las orillas me llevara...!”—, la profecía se abre en confianza a los tiempos futuros, culminación de la empresa fundada por Bello: “Tiempo vendrá cuando de ti inspirado / algún Marón americano, ¡oh diosa! / también las mieses, los rebaños cante, / el rico suelo al hombre avasallado”. Este anhelo acompaña la versión de la tierra cultivada sabiamente como supe-

ración del ciclo primero, en que las excelencias corrían a cargo de las leyes naturales. El agricultor se presenta como el tipo ideal que necesita América; la lección milenaria de la Roma republicana se diseña en el fondo de la profecía.

Cerrando la primera parte del poema, la configuración bucólica del Nuevo Mundo, se enumeran y califican los principales cultivos conocidos por Bello en su patria: “donde cándida miel llevan las cañas, / y animado carmín la tuna cría, / donde tremola el algodón su nieve, / y el ananás sazona su ambrosía; / de sus racimos la variada copia / rinde el palmar, da azucarados globos / el zapotillo, su manteca ofrece / la verde palta, da el añil su tinta, / bajo su dulce carga desfallece / el banano, el café el aroma acendra / de sus albos jazmines, y el cacao / cuaja en urnas de púrpura su almendra”.

Esta perfilada cornucopia se eleva como cartel publicitario ofrecido a la atención europea: son los frutos del Nuevo Mundo, los que han perfeccionado el clima y los cultivadores; se los presenta por esto como productos dignos de la importación, capaces de imponerse en los más exigentes mercados de Europa. La estrofa desarrolla una invitación a los comerciantes atentos, dignos de superar la difundida imagen de América como exclusivo territorio minero.

La segunda parte del poema invoca los hechos guerreros de la independencia y sus héroes representativos, en particular los muertos; se cantan así las glorias de Chile, Buenos Aires, La Paz, México, Colombia, Venezuela, etcétera. El tipo del elogio heroico encuentra feliz manifestación en recuerdo de su amigo y protector Francisco Javier Ustáriz (1772-1814), a quien se imagina en la morada de los justos, recinto ideal para un mártir de la patria. No es el empíreo de los guerreros, sino el de los hombres de espíritu, que allí prolongan sus sanos goces culturales: “La música, la dulce poesía / ¿son tu delicia ahora, como un día? / ¿O a más altos objetos das la mente, / y con los héroes, con las almas bellas / de la pasada edad y la presente, / conversas, y el gran libro desarrollas / de los destinos del linaje humano”.

La agricultura de la zona tórrida, poema de composición más cerrada, retoma el contenido de una parte de la *Alocución*, la correspondiente al elogio de las vegetaciones tropicales, y le suma el programa moral de los hombres del campo, síntesis de lo mejor que puede alcanzar una república. El vigor docente de la vida agrícola es el nivel de existencia que podrá salvar a los hispanoamericanos de los desastres sucedidos en un período demasiado largo, en que a la guerra de la independencia se sumaron los conflictos internos, movidos por el personalismo de los facciosos.

Los primeros versos saludan a la zona elegida como escenario celebratorio: “¡Salve, fecunda zona, / que al sol enamorado circunscribes / el vago curso, y cuanto ser se anima / en cada vario clima, / acariciada de su luz, concibes!”

De inmediato se sitúan los cultivos mayores de Venezuela, am-

pliando el elogio inscripto en la composición anterior. El estudioso de la naturaleza se revela en los detalles del crecimiento y la floración, la promesa de los frutos y la calidad de los materiales producidos. Se diversifica así la presencia de la caña, el cacao, el nopal, la vid, el tabaco, las palmas, puestas en competencia con los productos europeos: "Tú das la caña hermosa, / de do la miel se acendra, / por quien desdeña el mundo los panales; / tú en urnas de coral cuajas la almendra / que en la espumante jícara rebosa; / bulle carmín viviente en tus nopales, / que afrenta fuera al múrice de Tiro; / y de tu añil la tinta generosa / émula es de la lumbre del zafiro".

La serie se prolonga hasta el elogio del banano, cuyo desarrollo, tan libre y fecundo, se comenta en los versos finales de este núcleo poemático: "No ya de humanas artes obligado / el premio rinde opimo; / no es a la podadera, no al arado / deudor de su racimo; / escasa industria bástale, cual puede / hurtar a sus fatigas mano esclava; / crece veloz, y cuando exhausto acaba, / adulta prole en torno le sucede".

Si en el comienzo de la serie celebrante los productos de América se elevan en competencia con los más famosos de la vieja Europa, sobre el final, la presentación del banano facilita el elogio de la fertilidad en uno de sus frutos característicos. La tierra pródiga es un tema constante en las presentaciones que Bello hizo del Nuevo Mundo: generosidad de la naturaleza que está reclamando el empeño y la constancia de los agricultores. Diseñados los cultivos, aparece el "habitador" de la zona tórrida: "Mas ¡oh! ¡si cual no cede / el tuyo, fértil zona, a suelo alguno, / y como de natura esmero ha sido, / de tu indolente habitador lo fuera!". Una llamada de atención a la desidia del americano, doblemente ingrato: con las facilidades que le brinda la tierra y con el destino económico y moral de la patria.

Sobre esta doble relación se eleva el elogio del campo, opuesto a la ciudad afeminada y viciosa. La etapa histórica sufrida entonces por Venezuela apoya las proyecciones morales del tema, que encuentra natural antecedente en las *Bucólicas* virgilianas, surgidas de una situación semejante. Los triunfos romanos habían difundido la falsa prosperidad de las conquistas alejando de sus predios a los agricultores, que se convertían en soldados mercenarios; el exilio de los campesinos comportó una superpoblación urbana, favorecedora de la molicie y los placeres fáciles, debilitadores de la templanza. Los poemas de Virgilio, como algunos tratados contemporáneos, difundieron el urgente retorno a la tierra como el primer remedio reclamado por la tambaleante economía imperial. En Venezuela, la independencia y las luchas internas habían llevado a una situación de decadencia semejante; las noticias recibidas por Bello le confirmaban esa situación desesperada. De ahí el interés de la lección en que se perfilaron los versos de su poema más ambicioso.

La vida del "labrador sencillo", que aparta su existencia del

“ocio pestilente ciudadano”, concita el elogio del adoctrinador. El hombre, desgajado de su tierra, se sumerge “en el ciego tumulto” de “miseras ciudades”; la inmoralidad ciudadana multiplica trampas y debilitamientos, hasta hacer de su habitador un ser antipatriótico, enemigo de la prosperidad nacional por alejamiento de la fuente de riqueza y por doblegamiento ante los vicios.

El ejemplo de la “triunfadora Roma” sirve para relacionar con una experiencia admirable la necesidad del retorno americano al campo. En Roma, los gobernantes fueron agricultores: “Antes fio las riendas del estado / a la mano robusta / que tostó el sol y encañeció el arado; / y bajo el techo humoso campesino / los hijos educó, que el conjurado / mundo allanaron al valor latino”. Por esto, trasladándose idealmente a la Venezuela contemporánea, insta a los dueños de las tierras abandonadas para que regresen a su comarca: “¡Oh! ¡Los que afortunados poseedores / habéis nacido de la tierra hermosa, / en que reseña hacer sus favores, / como para ganaros y atraeros, / quiso Naturaleza bondadosa! / romped el duro encanto / que os tiene entre murallas prisioneros”.

La libertad y la virtud habitan la campiña, y en ella se abren los goces de la felicidad; de este convencimiento se desprende el encanto de la belleza femenina sin afeites y los justos dones del amor bucólico. Al elogio de dichas y virtudes, sigue el inmediato recuento de las obligaciones que comporta ese estilo de existencia. El cuadro eglógico aparece respaldado por la intención moral, señeramente expresada en advertencia al estado de barbarie en que está muriendo la patria americana: “Allí también deberes / hay que llenar: cerrad, cerrad las hondas / heridas de la guerra; el fértil suelo, / áspero ahora y bravo, / al desacostumbrado yugo torne / del arte humana, y le tribute esclavo”. La terapéutica es la Agricultura, “nodriza de las gentes”.

La presencia de Dios y el recuerdo de la piedad sincera de los campesinos cierra esta parte del poema; por ellos se invoca: “¡Buen Dios! no en vano sude, / mas a merced y a compasión te mueva / la gente agricultora”.

Los dramas del presente son considerados como el peso de una mala herencia dejada por la conquista, que destruyó sin piedad el sentido idílico de la primera edad de América. Las lecturas de ensayistas y filósofos del Renacimiento y de la Ilustración, desde Montaigne a Rousseau, facilitan elementos probatorios a una fácil reiteración de “la leyenda negra”: “Asaz de nuestros padres malhadados / expiamos la bárbara conquista”. La carga de muertes, proscripciones, suplicios y orfandades que pesan en la América del siglo XIX son el pago de antiguas expoliaciones, las sufridas por los indígenas; tan crecida suma de desastres hacen que “saciadas duermen ya de sangre ibera / las sombras de Atahualpa y Motezuma”. En el juego demostrativo los americanos y los españoles del presente se hermanarán racialmente: su guerra es un conflicto civil, que

debe pagar con sangre los asaltos y saqueos de los conquistadores, padres de unos y otros.

Bello no escapó del indigenismo polémico de los poetas y prosistas de la independencia; el tema se le impuso desde una visión ensombrecida por un presente desdichado, acaso como forma fatal de una herencia que los libertadores prefirieron ignorar. Sólo el amparo pacificador de Dios puede cerrar la contienda prolongada; sólo entonces se harán efectivos la paz y el progreso: “vuelve alentado el hombre a la faena, / alza el ancla la nave, a las amigas / auras encomendándose animosa, / enjámbrase el taller, hierve el cortijo, / y no basta la hoz a las espigas”.

Una misión ineludible ha sido confiada a los pueblos de América; a este fin se dirige la invocación total: “¡Oh jóvenes naciones, que ceñida / alzáis sobre el atónito occidente / de tempranos laureles la cabeza! / honrad el campo, honrad la simple vida / del labrador, y su frugal llaneza. / Así tendrán en vos perpetuamente / la libertad morada, / y freno la ambición, y la ley templo!”. Los frutos de la paz deberán sumarse a la fama guerrera de quienes “postrar supieron al león de España”.

Fragmentos de un nunca completado canto a América, las dos composiciones allegan una visión simbólica de la historia del Nuevo Mundo y referencias concretas a la actualidad hispanoamericana, proceso de guerras y disturbios cuyo fin parece haber llegado. Esta doble atención afirma las posibilidades del pensamiento de Bello, que prolonga sin sobresaltos las ideas que dejó en el continente el siglo XVIII y les suma las perspectivas del reciente siglo.¹⁴ Algún temblor prerromántico de los versos es reprimido por el tono clásico que sostiene la dirección científica y ética de las estrofas; lo personal —recuerdos y añoranzas es transferido constantemente a un plano generalizado y ejemplarizante.

El continente precolombino de las silvas es un elemento moral y un símbolo patriótico, aunque funcione con sentido demostrativo en el examen de la crisis presente. Bello elaboró poéticamente los datos que le ofrecía la historia venezolana del siglo XVIII, cuando se diseñaron los caracteres mejores de la economía venezolana; en lo contemporáneo, la composición de 1826 refuerza la condena de las facciones, a cuya intemperancia había sacrificado el retorno a la patria. No se detiene a nombrar caudillos y partidos, sino que los incluye a todos en el repudio que provocan los resultados de su mala acción. Como siempre, el poeta evitó las referencias particulares, tan ajenas a su temperamento. De ahí la perdurabilidad de su mensaje.

En última instancia las silvas se presentan como programa de reconstrucción americana, dirigido con sentido muy amplio a los patriotas que habían culminado la campaña de la independencia.

¹⁴ Véase PICÓN SALAS, MARIANO: *De la conquista a la independencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, págs. 161-183.

Para el expatriado, ya se había cumplido el período de la guerra justa y era menester dedicarse a la organización juiciosa de la paz. De esa relación cronológica surgen las diferencias de tono entre las dos composiciones. Marcelino Menéndez Pelayo señaló que a la *Alocución* le corresponde un sentido histórico-geográfico, y a *La Agricultura*, un sentido descriptivo y moral.¹⁵ La segunda composición reafirma elementos que están ya en la primera, y los apoya en un magisterio determinado por las condiciones políticas de Venezuela; los borradores de ambos poemas ayudan a comprender esta distinta organización de la materia temática. La conciencia gentilicia se ha reforzado en *La Agricultura*; el poeta, hombre venezolano, considera su misión patriótica en la formulación de un plan educador, que se incluye sin tropiezos en las direcciones civilizadoras de la España borbónica. El pensamiento de Gaspar Melchor de Jovellanos ilumina las conclusiones, que habían tenido aplicación eficaz en los últimos años coloniales.

En la misma dirección educativa se unen los temas tan diversos de los artículos periodísticos londinenses: la caracterización del avestruz en América, la descripción de las cascadas principales del río Paraná, los resúmenes de viajeros, un extracto del cuadro estadístico del comercio de Francia en 1824, la descripción de la cochinitilla mixteca y de su cría y beneficios, la noticia del descubrimiento de un nuevo remedio contra la papera, las notas etimológicas, los análisis y juicios sobre poetas de América, las indicaciones sobre ortografía castellana, las observaciones históricas y contemporáneas sobre la rima, el aprendizaje del uso del barómetro. Todos estos textos —muchos de ellos, resúmenes o traducciones— revelan una atención igualmente dirigida al presente y al pasado, a la literatura y las bellas artes, a las ciencias naturales y la medicina, a la geografía y la educación del agricultor. La síntesis posible de tantos estudios y de tan diversas informaciones debe recurrir a la palabra *instrucción*, clave del pensamiento americanista de Bello.¹⁶

El periodista intentó instruir a los americanos a la vez que in-

¹⁵ MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO: *Historia de la poesía hispano-americana*. Edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Santander, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1948, pág. 369.

¹⁶ El artículo *Indicaciones sobre la conveniencia de simplificar y uniformar la ortografía en América* publicado en *El Repertorio Americano*, tomo I, octubre de 1926, concluye: “Nos lisonjamos de que toda persona que se dedique a examinar nuestros principios con ojos despreocupados, convendrá en que deben desterrarse de nuestro alfabeto las letras superfluas; fijar las reglas para que no haya letras unísonas; adoptar por principio general el de la pronunciación, y acomodar a ella el uso común y constante sin cuidarse de los orígenes. Este método nos parece el más sencillo y racional; y si acaso estuviéremos equivocados, esperamos que la indulgencia de nuestros compatriotas disculpará un error que nace solamente de nuestro celo por la propagación de las luces en América; único remedio de radicar una libertad racional, y con ella los bienes de la cultura civil y de la prosperidad pública.” (*Obras completas*, vol. V, págs. 86-87).

formar a Europa sobre las condiciones del Nuevo Mundo, en su historia, el presente y las posibilidades del futuro inmediato.

Las funciones de Secretario de la Legación de Chile en Londres y las de Encargado de Negocios de la República de Colombia ante el Gobierno Británico le permitieron dar realización práctica a algunas de sus ideas referidas al progreso americano. Contemporáneamente, las jornadas de estudio iban reuniendo el material que sirvió de basamento a los tratados científicos y jurídicos redactados en Chile.

Santiago de Chile (1829-1865)

Se concluye en estos días la impresión de una gramática castellana que he compuesto y en que verás muchas cosas nuevas. Estos trabajos literarios que para mí son más bien recreaciones, es lo único que hace llevadera esta vida siempre ocupada y laboriosa, que me ha caído en suerte. "Hic tandem requiesco" será mi epitafio. (Carta de Andrés Bello a su hermano Carlos. Santiago de Chile, 16 de marzo, 1847).

El interés del gobierno chileno concretó el regreso de Bello al Nuevo Mundo; el 25 de junio de 1829 el venezolano y su familia desembarcaron en Chile. Desde 1829 hasta 1865 se extiende el magisterio fundador de Bello. Como Oficial Mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, en la gacetilla informativa y el periodismo de tribuna, desde la cátedra y en la organización de la enseñanza pública, con su actuación en el Senado y como codificador jurídico, como crítico literario y gramático, en las reuniones públicas y en la tertulia hogareña cernida, Bello armonizó una docencia proyectada continentalmente en los volúmenes geniales de su producción de esos años. Entre las muchas "dictaduras" de esta América, la de Bello, necesaria y responsable, dejó los frutos de su imposición en varias generaciones de chilenos, extendiéndose sin desmedro a otros países hispanoamericanos.¹⁷

Un año después de su instalación en Chile, en setiembre de 1830, apareció el periódico semanal *El Araucano*; en él colaboró Bello hasta 1853; desde los comienzos de la publicación estuvo encargado de la "Sección Extranjera" y de los temas literarios y científicos. Los artículos de *El Araucano*, los discursos y memorias universitarias y algunos pasajes de sus tratados señalan la maduración definitiva de las preocupaciones americanistas completando con lucidez el panorama ya propuesto en el exilio.

¹⁷ La acción chilena de Bello no dejó de acarrearle enemigos y críticos recelosos, que lo llevaron en distintas oportunidades a la polémica periodística, necesaria para ilustrar al público y conseguir su razonada adhesión. Véase AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS: *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile, Embajada de Venezuela en Chile, 1962, págs. 317-332.

Ángel Rosenblat ha analizado luminosamente el encontronazo con Domingo Faustino Sarmiento a propósito de la reforma ortográfica (*Obras completas*, vol. V, págs. CV-CXII). Ricardo Donoso ha historiado los desacuerdos políticos (*Obras completas*, vol. XVII, págs. XXXVIII - CXXVI).

Bello estaba de nuevo en América, en una república que había seguido una evolución política distinta a la de Venezuela; al mismo tiempo, las relaciones chilenas con los países del continente, y con Europa, le daban nuevos motivos para completar conclusiones y arbitrar remedios eficaces.

En 1829, recién desembarcado, escribe a su amigo Fernández Madrid: “¡Qué situación la de nuestros países! ¡Qué situación! ¡Y aún no acabamos de desengañarnos de que la imitación servil de las instituciones de los Estados Unidos no puede acarrear más que estrago, desorden, anarquía, falsamente denominada libertad, y despotismo militar temprano o tarde!”.¹⁸ La condena de instituciones que no responden a las condiciones de esta América fue uno de los temas constantes en su nueva prédica; la búsqueda de la autenticidad política hispanoamericana vuelve una y otra vez en sus ensayos chilenos.

En julio de 1836 un editorial sin título de *El Araucano* explica la realidad de América en vista al interés de los europeos¹⁹:

El aspecto de un dilatado continente que apareció en el mundo político, emancipado de sus antiguos dominadores, y agregando de un golpe nuevos miembros a la gran sociedad de las naciones, excitó a la vez que el entusiasmo de los amantes de los principios, el temor de los enemigos de la libertad, que veían el carácter distintivo de las instituciones que la América escogía, y la curiosidad de los hombres de estado. La Europa, recién convalecida del trastorno en que la revolución francesa puso casi todas las monarquías, encontró en la revolución de la América del Sur un espectáculo semejante al que poco antes de los tumultos de París había fijado sus ojos en la del Norte, pero más grandioso todavía, porque la emancipación de las colonias inglesas no fue, sino el principio del gran poder que iba a elevarse de este lado de los mares, y la de las colonias españolas debe considerarse como su complemento.

La independencia de las dos Américas, considerada a partir de la situación europea provocada por la revolución francesa, propuso el problema difícil de la elección de forma de gobierno. Los primeros intentos, apresurados e inaceptables, fomentaron en Europa una mala impresión sobre las posibilidades de los hispanoamericanos, incapaces de asumir su autodeterminación y vacilantes frente al prestigio de fórmulas sancionadas por la prosperidad de otros países. Bello sabía que la solución norteamericana no podía ser imitada pasivamente, y se empeñó en educar en este sentido a los chilenos. Las anarquías hispanoamericanas habían provocado una imagen negativa en los observadores europeos; de ahí el empeño en considerar esa etapa como un momento fácilmente superable, casi como un período natural de crecimiento:

¹⁸ Carta citada por Miguel Antonio Caro (en: *Bello en Colombia*. Estudio y selección de Rafael Torres Quintero. Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1952, pág. 202).

¹⁹ *Obras completas*, vol. X, págs. 421, 423 y 424, respectivamente.

En América, el estado de desasosiego y vacilación que ha podido asustar a los amigos de la humanidad, es puramente transitorio. Cualesquiera fuesen las circunstancias que acompañasen a la adquisición de nuestra independencia, debió pensarse que el tiempo y la experiencia irían rectificando los errores, la observación descubriendo las inclinaciones, las costumbres y el carácter de nuestros pueblos, y la prudencia combinado todos estos elementos, para formar con ellos la base de nuestra organización. Obstáculos que parecen invencibles desaparecerán gradualmente: los principios tutelares, sin alterarse en la sustancia, recibirán en sus formas externas las modificaciones necesarias, para acomodarse a la posición peculiar de cada pueblo; y tendremos constituciones estables, que afiancen la libertad e independencia, al mismo tiempo que el orden y la tranquilidad, y a cuya sombra podamos consolidarnos y engrandecernos.

La situación de desconcierto había sido pagado por la independencia. No fue tarea fácil aplicarse a la práctica eficaz del gobierno justo, ya que el continente hispanoamericano carecía de tradiciones políticas recuperables:

Entre tanto, nada más natural que sufrir las calamidades que afectan a los pueblos en los primeros ensayos de la carrera política; mas ellas tendrán término; y la América desempeñará en el mundo el papel distinguido a que la llaman la grande extensión de su territorio, las preciosas y variadas producciones de suelo y tantos elementos de prosperidad que encierra.

La confianza en la tierra y sus productos entra como elemento básico en la recuperación, ya que Bello no dudaba de la capacidad de la población para el trabajo. Se distanció así de las ideas repetidas por tantos románticos, para quienes la indolencia criolla era una tara de origen español, sólo redimible con la fuerte corriente inmigratoria industrial.

Preocupado por el mal concepto que los europeos se habían formado de la América española, el periodista volvió con insistencia sobre lo momentáneo de los rasgos negativos observados. Antes que cumplir el análisis de los disturbios políticos, Bello intentó explicar el problema del presente en relación con situaciones sociales que se habían producido, también temporariamente, en otras comunidades. En 1837, con motivo de un comentario aparecido en el *Foreign Quarterly Review* de Londres, respondió en *El Araucano* a quienes opinaban que los estados del Nuevo Mundo “parecen haber nacido sólo para expirar”.²⁰ Luego de una extensa cita del juicio del periodista inglés, sitúa honradamente la cuestión y pone en su lugar un aspecto de las relaciones internacionales de los países de esta América:

Toda esta filosofía moral y política presupone una de dos cosas, o que los suramericanos habían sido condenados por el cielo a un pupilaje eterno, o que hubieran sido más capaces de gobernarse a sí mismos continuando otro siglo en la peor de todas las escuelas en que un pueblo ha podido hacer el aprendizaje de la existencia política. En cuanto al

²⁰ *Obras completas*, vol. XIX, pág. 114.

reconocimiento de las Nuevas Repúblicas por los Estados Unidos y por algunas potencias de Europa, no vemos que este paso haya influido en bien ni en mal, sea con respecto a las colonias o a la metrópoli. Los estados que nos han reconocido lo han hecho por el interés de su comercio, no por miras a amistad o benevolencia, que hayan podido producir efecto alguno sensible en el éxito de la contienda.

Hacia los mismos años, y con el mismo realismo, se preocupó por apuntalar el papel de los hispanoamericanos en el concertado desarrollo de la historia universal. Con sus razones rechazaba la idea de América como un continente recién llegado a la civilización, cuyas posibilidades habrían de contarse desde un desolador día primero de la cultura. El entroque de la América hispánica en Europa garantiza una continuidad fundamental, a la vez que presupone obligaciones muy definidas. Miguel Luis Amunátegui cita un artículo de 1841, en *El Araucano*, donde se justifican los derechos y deberes sobre los cuales debe desarrollarse la vida intelectual hispanoamericana ²¹:

Casi no hay proyecto útil que, como demande alguna contracción y trabajo, no se impugne al instante con la antigua cantinela de *país naciente, teorías impracticables, no tenemos hombres*, etc.: objeción que, si en algunas materias vale algo, en las más es un bostezo de pereza, que injuria a Chile, y daña a sus intereses vitales.

algunas materias vale algo, en las más, es un bostezo de pereza, que tico; pero también es cierto que, desde el momento de su emancipación, se han puesto a su alcance todas las adquisiciones intelectuales de los pueblos que la han precedido, todo el caudal de sabiduría legislativa y política de la vieja Europa, y todo lo que la América del Norte, su hija primogénita, ha agregado a esta opulenta herencia. Al oír hablar de la infancia de nuestros pueblos, parece que se tratase de una generación que hubiese brotado espontáneamente de la tierra en una isla desierta, rodeada de mares intransitables, y forzada por su incomunicación con el resto de nuestra especie a crear de su propio fondo las instituciones, artes y ciencias que constituyen y perfeccionan el estado social. Nuestro caso es muy diferente. Nos hallamos incorporados en una grande asociación de pueblos de cuya civilización es un destello la nuestra. La independencia que hemos adquirido nos ha puesto en contacto inmediato con las naciones más adelantadas y cultas; naciones ricas de conocimientos, de que podemos participar con sólo quererlo. Todos los pueblos que han figurado antes que nosotros en la escena del mundo han trabajado para nosotros. ¿Quién nos condena, sino nuestra desidia, a movernos lentamente en la larga y tortuosa órbita que han descrito otros pueblos para llegar a su estado presente? ¿No podremos adoptar sus mejoras sociales, sino cuando hayamos completado ese largo ciclo de centenares de años que ha tardado en desenvolverse el espíritu humano en las otras regiones de la tierra? ¿Estaremos destinados a marchar eternamente tres o cuatro siglos detrás de los pueblos que nos han precedido?

Esta defensa de la continuidad cultural apoya las empresas en que se esforzó la acción de Bello. De ella surge la lección imposter-gable que deben cumplir los americanos para no perpetuarse en atraso culpable: "Pero el mundo civilizado progresa ahora con tan rápido movimiento, que, si no aceleramos el paso, nos dejará cada

21 AMUNÁTEGUI, obra citada, pág. 441.

año a mayor distancia, más ignorantes y atrasados, con respecto a él, y por consiguiente más débiles, porque *conocimiento es poder*".

Con tal creencia se afanó en la organización de la enseñanza en todos los ramos de la educación pública; la tarea culminó con la instalación de la Universidad el 17 de setiembre de 1843. A propósito de las disciplinas que formaron el plan de estudios, el discurso inaugural reitera la función formativa que compete a América. Adelantándose a reparos oscurantistas de los críticos malintencionados, la Universidad se sitúa entre las instituciones básicas por el respeto a los principios morales y religiosos que animan y unifican la distintas especialidades; se subraya así el sentido primero del término universidad, el mismo que define el *Diccionario de Autoridades*: "La colección y junta de todas las cosas criadas, tomadas en común". El ejemplo de Quevedo que aportaron los Académicos hubiera podido servir de lema a Bello: "La razón divina, que compuso la *universidad* del orbe, para que con la contrariedad de las substancias [...] quedase hermosada". El humanismo cristiano del Rector de la Universidad chilena se confirma en su discurso ²²:

La universidad, señores, no sería digna de ocupar un lugar en nuestras instituciones sociales, si (como murmuran algunos ecos oscuro de declamaciones antiguas) el cultivo de las ciencias y de las letras pudiese mirarse como peligroso bajo un punto de vista moral, o bajo un punto de vista político. La moral (que yo no separo de la religión) es la vida misma de la sociedad; la libertad es el estímulo que da un vigor sano y una actividad fecunda a las instituciones sociales. Lo que enturbie la pureza de la moral, lo que trabe el arreglado, pero libre desarrollo de las facultades individuales y colectivas de la humanidad —y digo más— lo que las ejercite infructuosamente, no debe un gobierno sabio incorporarlo en la organización del estado.

La nacionalización de ciertos estudios, atentos siempre a la universidad del programa total, preocupó al expositor, empeñado en subrayar las condiciones favorables que dispondrían el tono peculiar de ciertas disciplinas. Lo recordó a propósito de los aspectos económicos, nunca desligados de los sociales; se mostraba así razonablemente realista, con una condición que no siempre alcanzaron los posteriores intérpretes de la problemática americana. Acotó Bello:

La universidad estudiará también las especialidades de la sociedad chilena bajo el punto de vista económico, que no presenta problema menos vastos, ni de menos arriesgada resolución. La universidad examinará los resultados de la estadística chilena, contribuirá a formarla, y leerá en sus guarismos la expresión de nuestros intereses materiales. Porque en éste, como en otros ramos, el programa de la universidad es enteramente chileno; si toma prestadas a la Europa las deducciones de la ciencia, es para aplicarlas a Chile. Todas las sendas en que se propone dirigir las investigaciones de sus miembros, el estudio de sus alumnos, convergen a un centro: la patria.

²² *Obras completas*, edición chilena, vol. VIII, págs. 304, 312 y 318, respectivamente.

Junto al goetheano elogio del arte en sus diversas manifestaciones, junto a la insistencia en las formas de la cultura clásica y del derecho romano, junto a la atención profunda a las modernas manifestaciones de las ciencias naturales, Bello advierte el interés de las estadísticas y los estudios económicos, con esa amplitud viva de su espíritu abarcador. Todos esos conocimientos se enlazan con el respeto a la libertad, que centralizará las actividades de la recién fundada casa de estudios: “La libertad, como contrapuesta, por una parte, a la docilidad servil que lo recibe todo sin examen, y por otra a la desarreglada licencia que se revela contra la autoridad de la razón y contra los más nobles y puros instintos del corazón humano, será sin duda el tema de la universidad en todas sus diferentes secciones”.

Las memorias anuales redactadas por Bello y los discursos celebratorios de los aniversarios, insisten en ideas de la pieza oratoria inaugural, como remachando los principios que consolidarían la función universitaria. En el acto del 29 de octubre de 1848 Bello reitera la dimensión nacional de los estudios, sobre una observación leal de los principios científicos europeos que habrían de servir como guía ²³:

...no se debe olvidar que nuestra ley orgánica, inspirada, en mi humilde opinión, por las más sanas y liberales ideas, ha encargado a la universidad, no sólo la enseñanza, sino el cultivo de la literatura y las ciencias; ha querido que fuese a un tiempo universidad y academia; que contribuyese por su parte al aumento y desarrollo de los conocimientos científicos; que no fuese un instrumento pasivo, destinado exclusivamente a la trasmisión de los conocimientos adquiridos en naciones más adelantadas, sino que trabajase, como los institutos literarios de otros pueblos civilizados, en aumentar el caudal común. Este propósito aparece a cada paso en la ley orgánica, y hace honor al gobierno y a la legislatura que la dictaron. ¿Hay en él algo de presuntuoso, de inoportuno, de superior a nuestras fuerzas, como han supuesto algunos? ¿Estaremos condenados todavía a repetir servilmente las lecciones de la ciencia europea, sin atrevernos a discutir las, a ilustrarlas con aplicaciones locales, a darles una estampa de nacionalidad? Si así lo hiciésemos, seríamos infieles al espíritu de esa misma ciencia europea, y la tributaríamos un culto supersticioso que ella misma condena. Ella misma nos prescribe el examen, la observación atenta y prolija, la discusión libre, la convicción concienzuda. Es cierto que hay ramos en que debemos, por ahora, limitarnos a oírlos, a darle un voto de confianza, y en que nuestro entendimiento, por falta de medios, no puede hacer otra cosa que admitir los resultados de la experiencia y estudios ajenos. Pero no sucede así en todos los ramos de literatura y ciencia. Los hay que exigen investigaciones locales. La historia chilena, por ejemplo, ¿dónde podrá escribirse mejor que en Chile? ¿No nos toca a nosotros la tarea a lo menos de recoger materiales, compulsarlos y acrisolarlos?

En el año anterior, 1847, había aparecido en Santiago de Chile uno de los tratados mayores de Bello: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos*. La autoridad de Amado Alonso reconoció en 1951: “todavía no ha aparecido un libro,

²³ *Obras completas*, edición chilena, vol. VIII, págs. 371-372.

una *Gramática*, que pueda sustituir con provecho a la magistral de Andrés Bello en su doble oficio de repertorio de modos de hablar y de cuerpo de doctrina".²⁴

El texto de Bello respondía a su campaña civilizadora y ejemplificaba el nivel de estudios que debía guiar las miras más elevadas de la investigación universitaria. El idioma, el más apreciable legado civilizador de España, debe abrirse al avance progresista, probando así la persistencia de su vitalidad esencial. Ni casticista a ultranza, ni apegado a las novedades pasajeras, Bello se sitúa en el justo medio de la práctica del idioma. El "Prólogo" de la *Gramática* sintetiza ideas que se reiteran, adecuadas a los temas, en los proyectos legislativos y en los ensayos históricos del autor. En esta situación se comprende la referencia a los destinatarios ideales de la *Gramática*²⁵:

No tengo la pretensión de escribir para los castellanos. Mis lecciones se dirigen a mis hermanos, los habitantes de Hispano-América. Juzgo importante la conservación de la lengua de nuestros padres en su posible pureza, como un medio providencial de comunicación y un vínculo de fraternidad entre las varias naciones de origen español derramadas sobre los dos continentes. Pero no es un purismo supersticioso lo que me atrevo a recomendarles. El adelantamiento prodigioso de todas las ciencias y las artes, la difusión de la cultura intelectual y las revoluciones políticas, piden cada día nuevos signos para expresar ideas nuevas, y la introducción de vocablos flamantes, tomados de las lenguas antiguas y extranjeras, ha dejado ya de ofendernos, cuando no es manifiestamente innecesaria, o cuando no descubre la afectación y mal gusto de los que piensan engalanar así lo que escriben.

El sentido codificador del tratado atiende a lo tradicional como a lo nuevo necesario; el respeto a las normas castizas se apuntala con criterios de la razón, los mismos que sirven de aval a las formas hispanoamericanas. La consideración de la lengua como organismo vivo obliga a condenar las nocivas importaciones que ciertos escritores de América practican, antes por ignorancia que por necesidad: "Sea que yo exagere o no el peligro, él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra". El falso neologismo de construcción recibe la explícita condena del tratadista:

Pero el mayor mal de todos, y el que, si no se ataja, va a privarnos de las inapreciables ventajas de un lenguaje común, es la avenida de neologismos de construcción, que inunda y enturbia mucha parte de lo que se escribe en América, y alterando la estructura del idioma, tiende a convertirlo en una multitud de dialectos irregulares, licenciosos, bárbaros; embriones de idiomas futuros, que durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín.

Sin ensombrecer el porvenir de la lengua en América, Bello se adelantó a rechazar los barbarismos que se le aparecían como signos

²⁴ *Obras completas*, vol. IV, pág. IX.

²⁵ *Obras completas*, vol. IV, págs. 11, 12, 12-13 y 13 respectivamente.

de retroceso mental. Al mismo tiempo justificaba con motivos permanentes la validez de las elecciones hispanoamericanas que siguen el espíritu del idioma, especialmente en el aspecto arcaizante:

No se crea que recomendando la conservación del castellano sea mi único tachar de vicioso y espurio todo lo que es peculiar de los americanos. Hay locuciones castizas que en la Península pasan hoy por anticuadas y que subsisten tradicionalmente en Hispano América ¿por qué proscribirlas?

Una igualdad de obligaciones y derechos pone en el mismo nivel idiomático a España y las naciones hispanoamericanas. Lo regional surge justificado por la autenticidad de los motivos, no por falsos principios de nacionalismo literario. En este distingo Bello se aleja de las defensas locales del idioma esgrimidas por tantos ensayistas del romanticismo:

Chile y Venezuela tienen tanto derecho como Aragón y Andalucía para que se toleren sus accidentales divergencias, cuando las patrocina la costumbre uniforme y auténtica de la gente educada.

La posición del gramático crece en relación con su criterio histórico; en los años chilenos tuvo oportunidad de apreciar distintos trabajos sobre la historia de América, algunos surgidos en la misma Universidad, que le permitieron asentar sus ideas. Tales estudios le hicieron revisar sus juicios sobre la colonización española y sobre el movimiento de independencia. En 1844 reconsidera y ajusta la visión de la conquista, relacionándola con los riesgos universales de las guerras entre países distintos; en el mismo análisis reconoce el sentido de continuidad romana que alentó la empresa cumplida por los españoles. El motivo del análisis fue el ensayo de José Victorino Lastarria, *Investigaciones sobre la influencia de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*²⁶:

La injusticia, la atrocidad, la perfidia en la guerra, no han sido de los españoles solos, sino de todas las razas, de todos los siglos; y si aun entre naciones cristianas afines, y en tiempos de civilización y cultura ha tomado y toma todavía la guerra este carácter del salvaje y desalmada crueldad, que destruye y se ensangrienta por el solo placer de destruir y verter sangre, ¿qué tienen de extraño las carniceras batallas y las duras consecuencias de la victoria entre los pueblos en que las costumbres, la religión, el idioma, la fisonomía, el color, todo era diverso, todo repugnante y hostil?

Trató así de atemperar el antiespañolismo vigente entre los estudiosos de la historia chilena; de ahí la insistencia en argumentos que buscan volver el planteo de la conquista a sus términos reales, sobre el elogio de la misión civilizadora de España, que puso a América en relación de esencias con la cultura de Europa:

²⁶ *Obras completas*, vol. XIX, págs. 161, 165, 168 y 170-171, respectivamente.

La misión civilizadora que camina, como el sol, de oriente a occidente, y de que Roma fue el agente más poderoso en el mundo antiguo, la España la ejerció sobre un mundo occidental más distante y más vasto. Sin duda los elementos de esta civilización fueron destinados a amalgamarse con otros que la mejorasen, como la civilización romana fue modificada y mejorada en Europa por influencias extrañas. Tal vez nos engañamos; pero ciertamente nos parece que ninguna de las naciones que brotaron de las ruinas del Imperio, conservó una estampa más pronunciada del genio romano: la lengua misma de España es la que mejor conserva el carácter de la que hablaron los dominadores del orbe. Hasta en las cosas materiales presenta algo de imperial y romano la administración colonial de España. Al gobierno español debe todavía la América todo lo que tiene de grande y espléndido en sus edificios públicos. Confesémoslo con vergüenza: apenas hemos podido conservar los que se erigieron bajo los virreyes y capitanes generales; y téngase presente que para su construcción se erogaron con libertad las rentas de la corona, y no se impusieron los pechos y los trabajos forzados con que Roma agobiaba a los provinciales para sus caminos, acueductos, anfiteatros, termas y puentes.

Esta caracterización allega argumentos que ajustan ideas nuevas en los ensayos históricos del autor. La reverencia a Roma como centro difusor de la civilización occidental se originó en las lecturas poéticas de la juventud; la devoción a Virgilio y Horacio suministró elementos importantes a sus conclusiones sobre el sentido educador latino. El elogio de España como heredera de Roma se justifica con respecto al idioma y a las instituciones jurídicas peninsulares; los estudios cumplidos en Chile vuelven con insistencia a esta devoción ejemplar.

A partir de las ideas generales del ensayo, se suceden las referencias a las relaciones entre la nación conquistadora y los pueblos conquistados; evolución secular que el texto abrevia en sus etapas más características. El desarrollo de América lleva como conclusión lógica a la independencia:

En las colonias que se conservan bajo la dominación de la madre patria, en las poblaciones de la raza trasmigrante fundadora, el espíritu metropolitano debe forzosamente animar las emanaciones distantes, y hacerlas recibir con docilidad sus leyes aun cuando pugnan con los intereses locales. Llegada la época en que éstos se sienten bastante fuertes para disputar la primacía, no son propiamente dos ideas, dos tipos de civilización los que se lanzan a la arena, sino dos aspiraciones al imperio, dos atletas que pelean con unas mismas armas y por una misma palma. Tal ha sido el carácter de la revolución hispanoamericana, considerada en su desenvolvimiento espontáneo; porque es necesario distinguir en ella dos cosas, la independencia política y la libertad civil. En nuestra revolución la libertad era un aliado extranjero que combatía bajo el estandarte de la independencia, y que aun después de la victoria ha tenido que hacer no poco para consolidarse y arraigarse. La obra de los guerreros está consumada, la de los legisladores no lo estará mientras no se efectúe una penetración más íntima de la idea imitada, de la idea advenediza, en los duros y tenaces materiales ibéricos.

El movimiento de independencia se ha cumplido como una evolución natural de las colonias, un desarrollo de crecimiento que presenta a la guerra contra España como la oposición de dos aspi-

rantes al gobierno: una lucha civil que debió producirse necesariamente. Junto al desarrollo histórico espontáneo, crece el deseo de libertad civil, elemento extranjero de las revoluciones que no se ha consolidado después de tres décadas de independencia. Transcurrido ese período, se abre la etapa de los legisladores, precisamente la que sostuvo uno de los aspectos más consecuentes en la actividad chilena de Bello.

Acorde con las diferencias entre el hecho político y el problema civil en la América española —ya reconocido en la exposición de Lastarria—, Bello insiste en un rasgo clave para comprender la acción de los gobernantes primeros de la América libertada, sobre la escasa educación popular para la libertad y el peso de circunstancias adversas, que tantas veces contradijeron a las ideas rectoras:

El señor Lastarria, percibió bastante, aunque algunas veces parece olvidarlo, el doble carácter, poco ha indicado, de la revolución hispano-americana. Para la emancipación política estaban mucho mejor preparados los americanos, que para la libertad del hogar doméstico. Se efectuaban dos movimientos a un tiempo: el uno espontáneo, el otro imitativo y exótico; embarazáronse a menudo el uno al otro, en vez de auxiliarse. El principio extraño producía progresos; el elemento nativo dictaduras. Nadie amó más sinceramente la libertad que el general Bolívar; pero la naturaleza de las cosas le avasalló, como a todos; para la libertad era necesaria la independencia, y el campeón de la independencia fue y debió ser un dictador. De aquí las contradicciones aparentes y necesarias de sus actos. Bolívar triunfó, las dictaduras triunfaron de España; los gobiernos y los congresos hacen todavía la guerra a las costumbres de los hijos de España: guerra de vicisitudes en que se gana y se pierde terreno, guerra sorda, en que el enemigo cuenta con auxiliares poderosos entre nosotros mismos.

El ensayo *Modo de escribir la historia*, aparecido en *El Araucano* el 28 de enero de 1848, deslinda los campos distintos de la filosofía de la historia, aplicándolos a la situación chilena. Estos distingos completan de manera excelente el sentido de las reflexiones sugeridas por el estudio de Lastarria. El trabajo de 1848 se abre con una serie de citas, esclarecedoras de dos especies de filosofía de la historia: “La una no es otra cosa que la ciencia de la humanidad en general, la ciencia de las leyes morales y de las leyes sociales, independientemente de las influencias locales y temporales, y como manifestaciones necesarias de la íntima naturaleza del hombre. La otra es, comparativamente hablando, una ciencia concreta, que de los hechos de una raza, de un pueblo, de una época, deduce el espíritu peculiar de esa raza, de ese pueblo, de esa época; no de otro modo que de los hechos de un individuo deducimos su genio, su índole”.²⁷ El distingio ayuda a reclamar la peculiarización chilena de los estudios:

...las conquistas que cada nación, cada hombre, hace en él [el mundo científico], pertenecen al patrimonio de la humanidad. Pero es preciso entendernos. Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filo-

²⁷ *Obras completas*, vol. XIX, págs. 240 y 249, respectivamente.

sofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética. No por eso miramos como inútil el conocimiento de lo que han hecho los europeos en su historia, aun cuando sólo se trate de la nuestra. La filosofía de la historia de Europa será siempre para nosotros un modelo, una guía, un método; nos allana el camino; pero no nos dispensa de andarlo.

Como defensa de falsas interpretaciones de su pensamiento, recalca la base universal sobre la cual deben apoyarse las interpretaciones americanas. Con deslindes certeros va situando los distintos sentidos de la filosofía de la historia. Las diferencias iluminan planteos científicos que Bello atendió en los tratados escritos hacia aquellas fechas:

Suponer que se quiere que cerremos los ojos a la luz que nos viene de Europa, es pura declamación. Nadie ha pensado en eso. Lo que se quiere es que abramos bien los ojos a ella, y que no imaginemos encontrar en ella lo que no hay, ni puede haber. Leamos, estudiemos las historias europeas; contemplemos de hito en hito el espectáculo particular que cada una de ellas desenvuelve y resume; aceptemos los ejemplos, las lecciones que contiene, que es tal vez en lo que menos se piensa; sirvannos también de modelos y de guía para nuestros trabajos históricos. ¿Podemos hallar en ellas a Chile, con sus accidentes, su finosomía característica? Pues esos accidentes, esa fisonomía es lo que debe retratar el historiador de Chile, cualquiera de los dos métodos que adopte. Ábranse las obras célebres dictadas por la filosofía de la historia. ¿Nos dan ellas la filosofía de la historia de la humanidad? La nación chilena no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo ciertas formas especiales; tan especiales como los montes, valles y ríos de Chile; como sus plantas y animales; como las razas de sus habitantes; como las circunstancias morales y políticas en que nuestra sociedad ha nacido y se desarrolla. [...]. No olvidemos que el hombre chileno de la Independencia, el hombre que sirve de asunto a nuestra historia y nuestra filosofía peculiar, no es el hombre francés, ni el anglo-sajón, ni el normando, ni el godo, ni el árabe. Tiene su espíritu propio, sus facciones propias, sus instituciones peculiares.

Las citadas advertencias sirvieron de guía a sus planes educativos; de esta manera elevó el nivel de maestros y profesores, a quienes enseñó a discriminar sobre distingos metodológicos fundamentales. La incitación de sus lecciones iba siempre dirigida a ese propósito. A los pocos años de su desembarco en Chile, la influencia de su personalidad, apoyada por gobernantes que supieron aprovechar sus capacidades, determinó un cambio esencial en su país de adopción. Ricardo Donoso ha historiado uno de los aspectos de esa acción docente, el jurídico, como ejemplo mayor de magisterio nacional: “ninguna exigencia le pareció más ineludible que la de restaurar las normas morales en que descansaba la estructura jurídica y política de la nación. El sistema constitucional encontró en él un fervoroso sostenedor, y ante el cuadro de una Europa que comenzaba a sacudir las cadenas del absolutismo, ¿qué otro régimen político era dable realizar, en la más apartada de las colonias españoles de América, sobre la cual pesaba todas las herencias coloniales, que no fuera el que había prevalecido durante más de

dos siglos, con una etiqueta republicana? En esos sus esfuerzos por abrir camino a una organización fuertemente centralizada, con muchos de los atributos de las monarquías constitucionales, la influencia del ambiente político y espiritual de Inglaterra, con la tolerancia religiosa y la libertad de expresión, afianzada en el sistema del jurado, fue decisiva y profunda”.²⁸

Para comprender el sentido americano de esa solución deben recordarse las primeras impresiones que Bello expresó de Chile, relacionándolas con las de otros testigos inteligentes. El mismo Donoso ha resumido la situación chilena de 1829 sobre los datos de un distinguido viajero francés: “Bello, que había elegido el último rincón de América en busca de tranquilidad y sosiego, arribó a Chile en circunstancias que éste se debatía en la enconada lucha de las facciones. De los rasgos que ofrecía el cuadro social y político de la época nos ha dejado un sombrío bosquejo el naturalista francés don Claudio Gay, que había arribado el año anterior a las playas chilenas. Chile atravesaba en esos momentos la situación más crítica —escribía—, sin Constitución, sin programa alguno de principios, y relajada la fuerza moral de las leyes y la autoridad. En el terreno político predominaban dos corrientes, que el naturalista francés llamaba reformista y conservadora, la primera llena de ímpetu y energía; y la última todavía bastante poderosa, que aspiraba a las reformas, pero con lentitud y sin agitaciones”.²⁹

Gay distinguió las tendencias de la opinión ilustrada en tres grupos: los “liberales”, republicanos decididos, que se consideraban herederos de los ideales de la independencia; los “estanqueros”, defensores del gobierno fuerte como único medio capaz de organizar perdurablemente la República, reunidos alrededor de Manuel Portales; los “pelucones”, el sector más reaccionario, formado por representantes de la aristocracia colonial, apoyados por el clero, y con ambiguas tendencias monárquicas.

Según Donoso, las impresiones primeras de Bello fueron “deplorables”: “La ignorancia general, el apasionamiento de la lucha política, la lamentable forma en que se hablaba y se escribía el idioma, y la indiferencia por el culto del entendimiento, causaron en su espíritu una sensación penosa”.³⁰ El 30 de agosto de 1829 el recién llegado le comunica a Fernández Madrid:

El país hasta ahora me gusta, aunque lo encuentro algo inferior a su reputación. En recompensa se disfruta, por ahora, de verdadera libertad; el país prospera; el pueblo, aunque inmoral, es dócil; la juventud de las primeras familias manifiesta mucho deseo de instruirse; las mujeres son agradables, el trato es fácil. Se goza de hecho toda la tolerancia que puede apetecerse. La bella literatura tiene aquí pocos admiradores.

²⁸ *Obras completas*, vol. XVII, págs. XI-XII.

²⁹ *Obras completas*, vol. XVII, págs. XXXVIII-XXIX.

³⁰ *Obras completas*, vol. XVII, pág. XLIII. Las citas de las cartas de Bello, en las págs. XLIII y XLIV.

El 8 de octubre del mismo año completa la información con una crítica política muy precisa:

La situación de Chile en este momento no es nada lisonjera; facciones llenas de animosidad, una Constitución vacilante, un gobierno débil, desorden en todos los ramos de la administración. No sabemos cuánto durará este estado, que aquí se llama de crisis, y que puede tal vez prolongarse años. Por fortuna las instituciones democráticas han perdido aquí su pernicioso prestigio, y los que abogan por ellas lo hacen más bien porque no saben con qué reemplazarlas, que porque estén sinceramente adheridos a ellas.

Esta interpretación de la democracia se le formó en la residencia inglesa, fomentada por las noticias que llegaban de América. Una carta a Fray Servando Teresa de Mier, fechada en Londres el 15 de noviembre de 1821, desarrolla ya la idea, relacionándola con la posición expectante de los gobiernos europeos³¹:

Es verdad que la Inglaterra, como las otras grandes potencias de Europa, se alegraría de ver prevalecer en nuestros países las ideas monárquicas; yo no digo que este sentimiento es dictado por las miras filantrópicas; sé muy bien cuál es el espíritu de los gabinetes de esta parte del mar, y nunca he creído que la justicia y la humanidad pesen gran cosa en la balanza de los estadistas; pero sí diré que en este punto el interés de los gabinetes de Europa coincide con el de los pueblos de América; que la monarquía (limitada por supuesto) es el Gobierno único que nos conviene; y que miro como particularmente desgraciados aquellos países que sus circunstancias no permiten pensar en esta especie de Gobierno. ¡Qué desgracia que Colombia, después de una lucha tan gloriosa, de una lucha que en virtudes y heroísmo puede competir con cualquiera de las más célebres que recuerda la historia, y deja a gran distancia detrás de sí la de los afortunados americanos del norte, qué desgracia, digo, que por falta de un gobierno regular (porque el republicano jamás lo será entre nosotros) siga siendo el teatro de la guerra civil aun después de que no tengamos que temer de los españoles!

Como a otros protagonistas de la independencia, la idea de la monarquía se le presentó a Bello como la forma más adecuada de organización de los países nuevos, la valla capaz de detener el avance de los disturbios cuyas noticias ensombrecieron tanto sus años de desterrado voluntario; la suerte adversa sufrida por Miranda y por Bolívar debieron pesar en su elección del ideal monárquico. Esta conclusión se renueva en Chile determinando su apoyo a un gobierno fuerte, de tono conservador, al que trató de respaldar con la redacción de tratados jurídicos y de códigos de severo contenido.

El "Prólogo" de la primera edición de los *Principios de Derecho Internacional*, publicada en 1832, predicaba la dedicación a los estudios jurídicos entre los jóvenes, como una necesidad de la época americana³²:

³¹ *Obras completas*, vol. XVII, pág. XXII.

³² *Obras completas*, vol. X, pág. 6.

Quisiera que esta obra correspondiese de algún modo al liberal patrocinio que el gobierno chileno, con su acostumbrado celo por el fomento de los estudios, ha tenido a bien dispensarle. Mi ambición quedaría satisfecha, si a pesar de sus defectos, que estoy muy lejos de disimularme, fuese de alguna utilidad a la juventud de los nuevos estados americanos en el cultivo de una ciencia, que, si antes pudo desatenderse impunemente, es ahora de la más alta importancia para la defensa y vindicación de nuestros derechos nacionales.

Las intervenciones de Bello en el Senado y sus tratados respaldan consecuentemente el afán normativo de sus principios jurídicos. Los elementos fundamentales corresponden a: *Derecho Internacional*, un *Manual de Derecho Romano*, de 1843, los escritos y artículos que se agruparon después de su muerte con el nombre de *Opúsculos jurídicos*, y las notas de la Cancillería chilena en el período que va desde 1833 a 1865. Lira Urquieta señala otros materiales surgidos de la pluma de Bello: "las leyes sustantivas y privadas citadas con anterioridad al *Código Civil* y que se conocen con el título de *Derecho intermedio*. Hay más. Investigaciones recientes permiten avanzar la sospecha de que la intervención de Bello en el sentido y redacción de la Carta Fundamental en 1833 no fue pequeña". Como síntesis de esta incensante dedicación forense, concluye el mismo especialista: "Digámoslo de una vez y con sobrias palabras: la cabeza más equilibrada y llena de conocimientos que hubo en Chile en esa época fue la suya, y el gran mérito de los gobernadores del país estuvo en que supieron aprovecharla".³³

El *Código Civil de la República de Chile*, publicado por la Imprenta Nacional de Santiago en 1856, culmina un trabajo de décadas. Con el *Código*, Bello se adelantó a la jurisdicción hispanoamericana de la época; la consistencia y armonía de su trabajo corona una de las direcciones de su acción civilizadora, extendida a los países del continente que han sabido aprovechar los títulos de esta codificación.

La influencia de los distintos tratados de Bello sobre el pensamiento hispanoamericano prolonga así los principios que fue asentando en su actividad madura. El reconocimiento corresponde al sentido continental de la tarea, según las direcciones propuestas ya en los periódicos londinenses. Un editorial sin título, aparecido en *El Araucano* en abril de 1849, justifica el sentido de la *Confraternidad americana*, según el título que le puso Miguel Luis Amunátegui Reyes en la edición chilena de *Obras completas*³⁴:

No tenemos la presunción de juzgar las instituciones de las otras repúblicas hispano-americanas, ni hemos creído jamás que haya un tipo ideal a que cada pueblo dejar ajustar de todo punto las suyas, sin tomar en cuenta ni sus antecedentes, ni sus elementos, ni sus otras especialidades. Para nosotros el único criterio de las formas políticas es su influencia práctica en el desarrollo material, en la libertad individual, y en la moralidad, sin la cual no hay, ni hubo jamás verdadera

³³ *Obras completas*, vol. XII, pág. XVI.

³⁴ *Obras completas*, vol. X, págs. 637-638.

civilización. Y como no podemos lisonjearnos de penetrar en las tinieblas del porvenir de las revoluciones, que se burlan casi siempre de los cálculos, y producen resultados muy diversos de los que anunciaron sus promovedores, dejamos al tiempo que los califique, y ponga a descubierto la ley providencial, de que los hombres se hacen instrumento sin saberlo, y a cuya realización caminan con los ojos vendados.

En las relaciones de los pueblos entre sí es en lo que podemos adoptar principios seguros, y preservarnos de errores funestos. ¿Quién dudará, por ejemplo, del inmenso interés de nuestras jóvenes repúblicas en estrechar su amistad recíproca, en favorecer mutuamente su comercio, en darse las unas a las otras todos los auxilios posibles para su seguridad y bienestar? Verdad es ésta que raya en trivial, y que nos avergonzaríamos de inculcar, si no la viésemos casi completamente olvidada. Perseguimos bienes dudosos, como el salvaje corre a tocar el iris que despliega sus vistosos colores sobre el horizonte; y entretanto, apenas damos un momento de atención a ventajas seguras, que podemos fácilmente efectuar, entendiéndonos amistosamente, y arrostrando las controversias y desavenencias internacionales con un espíritu fraternal y conciliatorio. En esta omisión es en lo que hallamos motivos de queja.

Después de comentar el motivo inmediato que da origen a sus reflexiones, el editorial concluye con una afirmación solidaria ofrecida en nombre de su país de adopción:

Creemos poder afirmar que nuestro Gobierno no reconoce predilecciones. Entre *todas* las repúblicas suramericanas hay una alianza formada por la naturaleza; y cualquiera de ellas que aspire a nuevas adquisiciones de territorio en contravención al principio general que sirve de fundamento al orden político de los nuevos Estados, tendría por enemigos naturales a las otras; porque en la permanencia de ese orden están vinculadas la seguridad y la independencia de todos. Este es el principio que ha dirigido la política exterior de nuestro gabinete por muchos años, y a que será siempre fiel.

En sus últimos años Bello se afaná por consolidar la armonía de los distintos países de América; en la *Memoria de la Cancillería* de 1864 a propósito de la Unión Americana escribe lo que Lira Urquieta ha llamado “su postrer canto americano”³⁵:

El objeto primordial que a nuestro juicio debe buscar la unión americana es garantizar contra todo género de contingencias la estabilidad exterior de nuestras Repúblicas. Los peligros capaces de comprometerla seriamente pueden venir no sólo de una nación extraña a la América, sino también de la América misma. Si el medio más adecuado de rechazar los ataques contra la independencia de los estados americanos es la acción común de todos ellos, para que esta acción esté siempre pronta, para que sea eficaz y vigorosa, es indispensable que los que han de ejercitarla no se encuentren nunca divididos entre sí por desacuerdos o animosidades. Hacer imposible la guerra entre ellos, remover toda causa que pueda menoscabar su buena inteligencia y cordiales relaciones, trazar el camino para zanjar pacíficamente sus desavenencias y conservándolos así unidos, y de consiguiente fuertes, ponerlos en actitud de ocurrir con oportunidad y decisión a conjurar los comunes peligros, tal es el gran resultado que está llamada a alcanzar la Unión Americana. Pero esta unión será una obra sin permanencia ni solidez si, fundada en los actos internacionales de los gobiernos, no echa también hondas raíces en las ideas y sentimientos de los pueblos, si no está apoyada por la opinión general de América. Conviene, pues, pro-

³⁵ LIRA URQUIETA, obra citada, págs. 178-179.

pende a estrechar y facilitar las comunicaciones mercantiles, morales y literarias entre todos los países de nuestro continente, dando recíprocas franquicias a la navegación, al comercio, al ejercicio de las profesiones liberales, a la administración de justicia; conviene acercar unos pueblos a otros, infundirles una misma vida, multiplicar sus elementos de civilización y riqueza.

Para que la Unión Americana resulte efectiva son previas la estabilización y la seguridad de cada una de las naciones que la integran; los resultados alcanzados por Chile ilustraban el alcance de ese nivel favorable, anterior a cualquier concierto continental cumplido en igualdad de derechos. El 21 de setiembre de 1838, a nueve años de su llegada al país, Bello había señalado los progresos cumplidos en un período de tranquilidad política, garantizada por un gobierno fuerte. Fijaba así un panorama propuesto a la imitación continental ³⁶:

Ocho años de tranquilidad interior han permitido al Gobierno contraerse al establecimiento de reformas saludables. Nuestros puertos se han llenado de buques de todas partes, que traen a ellos las producciones de los más apartados climas del universo. Nuestros campos se cubren de ricas mieses; y la agricultura ha mirado a los chilenos dedicarse con un empeño digno de alabanza a su fomento y perfección. La industria y la civilización han hecho progresos admirables. La moral extiende cada vez más en Chile sus bienhechor imperio; y así los ciudadanos, como nuestros bravos militares, demuestran en sus actos el influjo que ella ha conseguido sobre sus corazones. El que ha visto el carácter de progresiva cultura que domina ya en las diversiones del pueblo, turbadas antes por ejemplo de la más grosera ferocidad; el que ha contemplado la disminución admirable del espantoso número de delitos que manchaban antes nuestro país; y en fin, el que observa el ardor con que la juventud de todas las clases procura beber en las fuentes de la instrucción las benéficas máximas de la moral, no puede menos de sentirse hondamente reconocido hacia la Divina Providencia, que ha querido mirarnos con tan benévolos ojos, y ponernos en esta senda de engrandecimiento y de ventura, por medio de las instituciones liberales y de la paz interior.

Desde sus años jóvenes hasta las vísperas de su muerte, las actividades de Bello se entramaron profundamente con el destino de América, para el cual trataba de difundir una conciencia acorde con el avance de la civilización en sus formas mejores. Entre 1810 y 1865, abundantes textos señalan el itinerario de esas preocupaciones, con lucidez válida para el planteo consecuente del destino del Nuevo Mundo.

En su etapa venezolana se diseña un concepto de la América meridional relacionado con las condiciones geográficas y administrativas del país. La condena de la prosperidad falsa surgida de la explotación de las minas, origen del auge percedero de ciertas zonas del continente, le sirve para elogiar la variada explotación agrícola de una comarca generosa. Ciertos temas de antigua tradi-

³⁶ *Obras completas*, vol. XVII, pág. CXXXV.

ción literaria, gustados en autores clásicos y modernos, apoyan ese elogio, respaldado por los anhelos de un hombre de paz.

Los problemas sociales son apenas aludidos en las primeras interpretaciones americanas de Bello; este rasgo debe comprenderse en relación con la mentalidad de la época y con las condiciones económicas de Venezuela; el testimonio de Humboldt sostiene con observaciones decisivas la concepción bellista sobre el Nuevo Mundo, que a muchos ha parecido proyección de un ideario poético. En el fondo de las interpretaciones de Bello se reconoce la influencia de la sabiduría enciclopédica de Humboldt y algo del europeísmo de Miranda, surgido del mismo ambiente en que se educó el autor del *Resumen de la historia de Venezuela*. En el plano intelectual Bello pudo alentar aspiraciones semejantes a las cumplidas en otros campos de la acción por Bolívar, excelente ejemplo de pensamiento ce áreo.³⁷

El peso de los sucesos adversos que se intrincaron en Venezuela a partir de 1812 debió combatir contra el optimismo de las manifestaciones que coronaron la obra caraqueña de Bello. En Londres y sin apoyos económicos, la distancia y las malas noticias que le acumulaban sus corresponsales pudieron hacer que se ensombreciera la visión del desterrado, quien escapó sin embargo de esa forma de psicosis del exilio que tanto ha pesado en intérpretes posteriores de esta América. El desaliento se filtra en algunas cartas íntimas, pero públicamente Bello trató de silenciar desasosiegos, afirmando una esperanza intelectual confiada en la superación de los disturbios civiles. La fe del expatriado no se manifestó con credulidad patrioterica, sino que trató de apoyarse en la importancia de los medios educativos capaces de cubrir de los descalabros momentáneos provocados por la anarquía.

Los textos publicados en Londres desplegaron un programa de educación total. Los aspectos más diversos de la realidad americana aparecen en los artículos y reseñas de aquellos años, como si ilustraran el sentido simbólico del incompleto poema a América. Las intenciones comunicativas de estas páginas crecen en dos direcciones: una vuelta a los lectores de América; otra, a los europeos.

³⁷ La opinión de Bello sobre Miranda se concreta en un documento oficial del 3 de octubre de 1810: "Ni aun sus enemigos se han atrevido a negarle una superioridad extraordinaria de luces, experiencia y talentos. A la verdad, sería un absurdo suponer que un individuo desnudo de estas cualidades, y sin recomendación alguna exterior hubiese podido sostener un papel distinguido en las cortes, introducirse en las sociedades más respetables, adquirir la estimación y aun la confianza de una infinidad de hombres ilustres, acercarse a los Soberanos, y dejar en todas partes una impresión favorable" (*Obras completas*, vol. XI, pág. 65).

Véase PICÓN SALA, MARIANO (en *Obras selectas*. Madrid-Caracas, Ediciones Edime, 1953, págs. 341-513). Picón Salas ha definido con certeza la existencia de Miranda: "Vida como no la vivió en peripecia y en extensión ningún otro suramericano" (pág. 513).

La reverencia de Bello a Humboldt está certificada en numerosas páginas de Londres. Véase *Obras completas*, vol. XX, págs. 271-379.

Con la primera buscó recordar a sus hermanos continentales la riqueza de la tierra a la vez que predicaba el cultivo razonado y persistente de la misma; se apoyarían así las artes de la paz en sus distintas manifestaciones. Instruir, instruir en todos los campos de la actividad humana, fue la consigna persistente de las empresas periodísticas. En cuanto a los lectores europeos, el empeño se dirigió a borrar la imagen desfavorable de los países nuevos difundida por comentaristas interesados. Bello se opuso con decisión a quienes consideraban a la América independiente como castigada por una fatalidad que justificaría, por rechazo, las ventajas del sistema colonial, desechado por intemperancia momentánea de los criollos.

En relación con el doble aspecto comunicativo de los textos surgen los anhelos de organización constitucional del Nuevo Mundo. Condena la democracia —*imperium populare*—, apoyado en el convencimiento de que los hispanoamericanos no estaban maduros para la práctica eficaz de esa forma de gobierno; la citada carta a Mier apunta ya la búsqueda del orden que lo afaná en todas sus conclusiones sobre la organización política. La defensa de la monarquía al estilo inglés era una forma de oponerse a los desacuerdos facciosos prolongados por las repúblicas recientes; la monarquía habría de garantizar la seguridad de América frente a Europa y concertaría sobre una paridad de condiciones el diálogo internacional. La idea monárquica no se repite en Chile, cuando avanzada la organización del país en un período de paz prolongada, pudo reconocer las posibilidades del progreso americano.

Bello desdeñó siempre el sentido parcial de las explicaciones que ligaban el destino funesto de nuestra América con el estancamiento mental español y las modalidades de una sociedad configurada negativamente por la conquista y el indígena. La crisis que él pudo comprobar no se había producido por limitaciones de “raza”: era el resultado de errores gubernamentales recientes, de escaso sentido de la realidad, de fallas en la educación política, del injerto violento de soluciones ajenas a la naturaleza hispanoamericana y al nivel moral de su habitante.

Tampoco creyó en los hombres predestinados capaces de redimir por sí solos la situación afligente; la recuperación se le presentaba como tarea a cumplir por cada comunidad nacional, guiada e instruida por gobiernos defensores del orden y la ley. Así se fue adelantando en su ideario el valor constitutivo de la legislación, forma docente por excelencia: en Portales encontró un gobernante que sabía apoyar sus planes y por esto lo sirvió con constancia firme. El chileno Lira Urquieta, estudioso de nuestros días, ha reconocido la importancia de la acción cumplida por Portales y sus colaboradores inmediatos; a ellos “se debe el establecimiento del culto a la ley impersonal y fría que tanto ha servido en el desenvolvimiento armonioso de este país y que vino a reemplazar, sobre todo en esos años turbulentos, el culto desaparecido del rey”.³⁸

38 LIRA URQUIETA, *Obra citada*, pág. 129.

Era una forma de reconstrucción histórica y una afirmación de las posibilidades políticas del continente; tradicionalismo y sentido de la realidad colaboran en la intención rectora de la acción bellista. Sin deslumbrarse con los resultados contemporáneos de la política europea, Bello pudo apreciar cómodamente las condiciones favorables del sistema inglés y los peligros de las soluciones probadas por otros países. La justificación de sus intervenciones legislativas y de su obra codificadora reconoce la experiencia europea que América no podía desdeñar ni traicionar, ya que un mismo pensamiento raigal une al Nuevo Mundo con el Viejo.

El período chileno asienta con lucidez el desenvolvimiento de antiguos afanes fundadores; trabajando en continua disposición de sus horas alcanzó a convertirse en la figura clave de la renovación mental de su país adoptivo; acción revolucionaria en el sentido más valedero del término fue la cumplida por Bello. Al margen de esa acción, como recreaciones que le hacían llevadera una vida siempre ocupada, la redacción de obras como la *Ortología*, la *Gramática*, la *Filosofía del entendimiento*; todavía le quedaban horas al poeta, que escribió en Chile algunas de sus composiciones más personales: dos imitaciones muy libres de Hugo —*Los duendes* y *La oración por todos*—, algunas graciosas estrofas satíricas y no pocas traducciones amplificadas, entre las que sobresale la de *Orlando enamorado*, el poema de Boyardo refundido por Berni.

Las tareas creadoras de Bello se coordinan en la visión rectora de un pensamiento educado por el siglo de la Ilustración y enriquecido por el contacto con ideas y experiencias nuevas, aceptadas o rechazadas luego de análisis metódicos y discriminatorios, nunca ignorados por desidia o suficiencia. La conciliación de lo chileno con lo americano y de lo americano con lo universal, se le ahonda en las últimas décadas de su existencia como si quisiera rubricar su legado.

La condición de humanista católico que Bello testimonió con su conducta comportaba una apertura consciente sobre el mundo y sus realidades. Así centrado, nunca se escudó en motivos personales, ni siquiera en el mínimo y justificable que hubiera solicitado su vocación de estudioso.

Los centenarios de los grandes escritores suelen ser buen pretexto para acercarse de nuevo a sus páginas. Una atenta relectura de Bello prueba hasta dónde se sostiene el sentido docente de su pensamiento, hasta dónde resultan valederas sus consideraciones sobre esta América. Sin olvidar al poeta y al hombre de ciencia, su pensamiento americanista traza válidas líneas conductoras a la justificación del Nuevo Mundo. El respeto a las mismas puede ser una de las formas mejores del homenaje.

JUAN CARLOS GHIANO

EL CLASICISMO DE BELLO

Clásico, Ca. adj. Lo que pertenece a alguna clase. En este significado apenas tiene uso en Castellano: y así esta voz se toma por cosa selecta, de notoria calidad y estimación, y por digna de todo aprecio: como Autor clásico, Hombre clásico, &c. (Diccionario de Autoridades).

Los estudiosos de Andrés Bello deben conformarse con analizar uno de los tantos aspectos de la obra, aunque no sea posible aislarlo de la totalidad del pensamiento humanista que la anima, y a la vez unifica las disciplinas distintas que tentaron al lector incansable. Tal relación es imprescindible para la comprensión del poeta: si las composiciones se justifican por sí mismas y facilitan el elogio del estilo, es indudable que el análisis en hondura sólo puede alcanzarse a partir de las coordenadas que trazó el pensamiento crítico de Bello, hombre del siglo de la Enciclopedia que debió pensar y expresarse en la primera mitad del siglo XIX.

El rótulo de "clasicista", que se une constantemente a su poesía, no puede considerarse como una clasificación de escuela literaria, ya que el clasicismo de Bello se manifestó en adhesión a una estética de valores permanentes, no a los principios codificados por los guías de un período histórico determinado. En la querrela entre "antiguos" y "modernos", Bello pesó cualidades y defectos de ambos bandos, para asentar luego de este análisis una posición ecléctica, de memorable sentido docente en la América hispánica.

Sin prisa pero también sin intervalos que alteren el sentido fundamental de su pensamiento, se fueron asentando sus definiciones sobre la poesía, dentro de una concepción inseparable de los valores morales y religiosos. Los textos básicos de ese itinerario ejemplifican con lucidez la posición "clásica" de Bello y permiten formular una poética de repercusiones válidas para el desarrollo de la expresión hispanoamericana.

Los ensayos críticos publicados en Londres parten de un balance de los siglos áureos de la poesía castellana, para llegar hasta la consideración de algunos poetas hispanoamericanos contemporáneos. Los análisis se empeñan en destacar las condiciones respetables si no siempre talentosas de cada autor, a la vez que condenan los rasgos impuestos por el prestigio de la moda, incitación que siempre repudió con desprecio.

En 1823 apareció en *La Biblioteca Americana* el *Juicio sobre las obras poéticas de don Nicasio Alvarez de Cienfuegos*, donde se adelantan ideas primordiales sobre los poetas castellanos de los siglos XVI y XVII, “los antiguos poetas castellanos” —si así pueden llamarse, previene cautamente el crítico.¹

Bello se pregunta qué opina su época de Garcilaso, Rioja, Herrera, Lope, Quevedo, Calderón y Góngora, para responder que a principios del siglo XIX tales poetas eran poco leídos y menos admirados. “quizá porque sus defectos son de una especie que debe repugnar particularmente al espíritu de filosofía y de regularidad que hoy reina, y porque el estudio de la literatura de otras naciones, y particularmente de la francesa, hacen a nuestros contemporáneos menos sensibles a bellezas de otro orden”.

En este juicio de época se traslucen las experiencias de Bello lector, y también traductor, probado ya en su período caraqueño; el filosofismo de su formación enciclopedista y el acentuado respeto al rigor de la composición poética pesan en las referencias del crítico. Por la intención tan personal de la síntesis se explica que entre los poetas castellanos de los siglos XVI y XVII sean callados Fray Luis de León y San Juan de la Cruz; en el olvido del primero, más conocido por Bello que el lírico carmelita, debe advertirse una señal de respeto: el salmantino puede presentarse como maestro en la composición y en la elocución, tal vez la forma más lúcida que había dado el castellano del equilibrio “clásico” en poesía. Las raíces virgilianas de Fray Luis eran otro motivo de respeto para el lector venezolano.

Sobre la referencia que diseña la visión limitada de una época, las primeras décadas del siglo XIX, a párrafo siguiente aparece la corrección personal del crítico, ecuánime y parsimonioso:

Juzgando por la impresión que hace en nosotros la lectura, diríamos que en los antiguos hay más naturaleza, y en los modernos más arte. En aquéllos, encontramos soltura, gracia, fuego, fecundidad, lozanía, frecuentemente irregular y aun desenfrenada, pero que en sus mismos extravíos lleva un carácter de grandeza y de atrevimiento que impone respeto. No así, por lo general, en los poetas que han florecido desde Luzán. Unos, a cuya cabeza está el mismo Luzán, son correctos, pero sin nervio; otros, entre quienes descuella Meléndez, tienen un estilo rico, florido, animado, pero con cierto aire de estudio y esfuerzo y con bastantes resabios de afectación.

Frente a los poetas incorrectos aunque respetables de antaño, la honorable medianía de los españoles del siglo XVIII. Bello considera los defectos de los seudoclásicos a través de dos líneas fundamentales: una que, a partir de Luzán, se inspira en los teóricos franceses e italianos; otra, la mal llamada escuela salmantina, que intenta un retorno a la tradición castellana. No podían contentarlo la fría corrección de Luzán, ni el jugueteo erótico y bucólico del pulido Meléndez Valdés; ambos representaban modas poéticas que poco atrajeron al crítico.

¹ *Obras completas*, vol. IX, págs. 199-200.

Entre los seguidores de Meléndez, los “graves defectos” se revelan en: la afinidad con el gongorismo, el prurito arcaizante, la abundancia de vocablos galicados, el destierro de locuciones naturales y expresivas por el afán de ennoblecer el estilo, y el empobrecimiento de la lengua poética. La carencia de carácter se atenúa en Cienfuegos, en quien la escuela se enriquece aunque dentro de la indisciplina mental, y con feos defectos de ejecución. Del análisis surge la rotunda conclusión negativa de Bello: “en el estilo sublime, un entusiasmo forzado; en el patético, una como melindrosa y femenil ternura”. La lengua de Cienfuegos no se salva de tropiezos generalizados por la época: el almibaramiento, los diminutivos afectados y empalagosos, los vocablos retóricos y los de formación impropia.

De 1826, y publicada en *El Repertorio Americano*, es la *Noticia de “La Victoria de Junín”*. *Canto a Bolívar*, comentario al más ambicioso de los poemas del ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, hecho sobre la edición londinense de 1826. Bello formula un reparo esencial a la composición de su amigo y compadre: el doble sujeto poético, que celebra dos victorias de Bolívar, la de Junín y la de Ayacucho, la última en un episodio que por su importancia destruye el equilibrio de la oda al ocupar un primer plano que no le corresponde. Olmedo no ha podido conciliar armoniosamente los dos sujetos; la desviación temática ataca la unidad “que exigen con más o menos rigor todas las producciones poéticas”²:

Lo que se introduce como incidente es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente a su objeto. Todo en ella debe parecer efecto de una inspiración instantánea: el poeta obedece a los impulsos del numen que le agita sin la menor apariencia de designio, y frecuentemente le vemos abandonar una senda y tomar otra, llamado de objetos que arrastran irresistiblemente su atención.

Bello no postula un plan inalterable, que someta la materia poética a moldes rígidos, pero subraya el equilibrio imprescindible para que el texto parezca concebido unitariamente y de un impulso: lo instantáneo puede colaborar en la elaboración pero sin injertarse con violencia. De este principio surge la obligación de distinguir entre lo fundamental del contenido y lo accesorio o simplemente ilustrativo. El constante lector de Horacio deja oír el eco de sus lecturas latinas, tan presentes en sus juicios críticos.

Los elogios a Olmedo enumeran cualidades que coinciden con las que Bello buscó afirmar en sus propias composiciones, en particular las escritas en los años de Londres:

Entusiasmo sostenido, variedad y hermosura de los cuadros, dicción castigada más que en ninguna de cuantas poesías americanas conocemos, armonía perpetua, diestras imitaciones en que se descubre una materia enriquecida con la lectura de los autores latinos, y particularmente de Horacio, sentencias esparcidas con economía y dignas de un ciudadano que ha servido con honor a la libertad antes de cantarla.

² *Obras completas*, vol, IX, págs. 228 y 232.

Con Olmedo y José María de Heredia, Bello integra el triunvirato de los mayores clasicistas hispanoamericanos. Las coincidencias con ciertas relaciones de época interesaron siempre al venezolano; así se reconoce en el *Juicio sobre las poesías de José María Heredia*, publicado en 1827 en *El Repertorio Americano*, como comentario de las *Poesías* de Heredia editadas en Nueva York en 1825.

Frente a Heredia, Bello se pone en actitud de maestro, como si las cualidades del joven cubano lo obligasen a señalarle el estudio y la maduración que solicitaba un talento afeado con descuidos de composición y tropiezos elocutivos. A pesar de los reparos, el elogio es generoso y sincero ³:

Aunque imita a menudo, hay por lo común, bastante originalidad en sus fantasías y conceptos, y le vemos trasladar a sus versos con felicidad las impresiones de aquella naturaleza del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada.

Heredia ha cumplido con una misión de los poetas americanos: la de cantar la naturaleza circundante, ese gran escenario del Nuevo Mundo que las silvas de Bello presentaron como recinto ideal de la Poesía. El buen cumplimiento de esa misión disculpa los defectos de Heredia, tan apegado a las influencias de Byron, Meléndez y algunos castellanos últimos; los modelos estuvieron siempre vivos en la poesía de Bello, pero éste insistió en la elaboración propia de esos estímulos. De esta condición surgen los reparos a Heredia: “aunque no siempre (ni era de esperarse) con aquella madurez de juicio tan necesaria en la lectura y la imitación de los modernos, tomando de ellos por desgracia la afectación de arcaísmos, la violencia de construcciones, y a veces aquella pompa hueca, pródiga de epítetos, de terminaciones peregrinas y retumbantes”.

Las caídas idiomáticas de Heredia se cargan a tres motivos: la juventud del poeta, los errores del país en que nació y se educó (Cuba), y los impuestos por contagio del mal ejemplo contemporáneo. A una condición de época se atribuyen las voces y terminaciones anticuadas, tan inaceptables como las que revelan una deficiente educación idiomática. Con estos reparos Bello se aleja del nacionalismo verbal que defendieron los románticos hispanoamericanos en desmesurada valoración del regionalismo poético, manifestación de los caracteres propios del Nuevo Mundo. Cerrando su nota, el crítico recomienda a Heredia el estudio, “demasiado desatendido”, de los “clásicos castellanos” y de los “grandes maestros de la antigüedad”:

Los unos castigarán su dicción, y le harán desdeñarse del oropel de voces desusadas; los otros acrisolarán su gusto, y le enseñarán a conservar, aun entre los arrebatos del estro, la templanza de imaginación, que no pierde jamás de vista a la naturaleza y jamás la exagera, ni la violenta.

³ *Obras completas*, vol. IX, págs. 235 y 244.

A causa de los rasgos criticados por Bello, Heredia ha sido considerado un adelantado del romanticismo en la América española, un renovador que por razones temáticas se habría abierto a las novedades de la nueva corriente poética. El programa de educación que Bello propone a Heredia corresponde a su propia experiencia de lector constante de los castellanos ya clásicos, y de los maestros de la antigüedad, que para él fueron esencialmente los latinos. La lección cobra una trascendencia que supera el motivo inmediato y se repite en páginas críticas chilenas; está así de acuerdo con la importancia que atribuyó a la traducción como ejercicio de respeto y de estilo, fundamental para la formación del gusto estético.

Las observaciones sobre singularidades idiomáticas regionales en la poesía reaparecen en la reseña sobre un poema cívico del argentino Juan de la Cruz Varela, *Campaña del Ejército Republicano al Brasil y triunfo de Ituzaingó*, composición recogida en 1827 por las columnas del porteño *Mensajero Argentino*; el juicio apareció en *El Repertorio Americano* en agosto del mismo año. Varela, correcto versificador, suele afejar sus composiciones con defectos métricos; aunque la versificación por lo general es "armoniosa", cae en sinéresis frecuentes y en descuidos del lenguaje. El crítico se detiene especialmente en los argentinismos "recién abandona" y "recién empezará", tan vivos todavía en el habla oral argentina y aun en ciertos escritores prestigiosos. La imitación de Quintana impone otro reparo crítico⁴:

Dejándose quizá arrastrar de su admiración a este elocuente cantor de los derechos de la humanidad, toma a veces un tono enfático, que no está enteramente libre de hinchazón: desliza de que, en medio de grandes bellezas y de sublimes pensamientos, tampoco supo librarse el Tirteo español.

El rechazo de la afectación fue constancia de Bello; la repudió tanto en la delicadeza quejumbrosa de los bucólicos como en el énfasis oratorio de los poetas patrióticos. Dentro de esta última rebúsqueda del ennoblecimiento lírico, Varela le brinda la oportunidad para condenar un recurso generalizado por los americanos: las hipérboles orientales utilizadas para exaltar ciudades y héroes.

Ya en Chile, Bello publicó en 1829 en *El Mercurio Chileno* una reseña sobre la edición londinense de *Poesías de D. J. Fernández Madrid*. El colombiano Fernández Madrid, otro poeta alimentado por los motivos de la independencia americana, resume "el inagotable tema de los modernos poetas liberales, es decir, el amor a la libertad, el odio al despotismo, la censura amarga de esa liga infausta de la tiranía y fanatismo que oprime y humilla a Europa". Aprovechado lector de Byron, Moore, Béranger, Monti y Lavigne —par-

⁴ *Obras completas*, vol. IX, pág. 249.

naso de cantores de la libertad—, Fernández Madrid encontró la inspiración literaria “asunto digno de sus inspiraciones”.⁵

En esta nota se cumple un balance del presente de la poesía en lengua castellana:

En los pueblos que gozan de una civilización antigua la razón pública se ha formado por la lenta acción de los siglos, y sufriendo grandes intervalos, en los cuales los extravíos y los errores han ocupado el lugar de la sensatez y de la verdadera cultura. La perfección presente supone la asidua labor de la experiencia, y ésta no se forma sino con escarmientos y retractaciones. La moda, la ignorancia, el capricho ensalzan algunos modelos, y éstos cimentan la opinión, que en semejantes casos aplaude y adopta a ciegas. Antes que llegue la época del desengaño ¡cuánto papel se ha impreso en balde! ¡Cuánto tiempo se ha perdido! Las bibliotecas están llenas de poetas de la escuela gongorina; escuela que ha producido mil veces más imitadores y adeptos que las de León y Meléndez. Los primeros esfuerzos de los que abatieron aquel coloso fueron coronados del éxito más satisfactorio. Trigueros, los Iriartes, Samaniego, Moratán padre fueron los ídolos de su época. A su vez fueron destronados por Jovellanos, Cienfuegos, Noroña, Meléndez, y Quintana. Y sin embargo, aunque tan modernos, todavía se ha dado un paso adelante. La severidad del gusto moderno censura en unos de estos poetas la afectación, en otros la superficialidad; en éste una blandura afeminada; en aquél un tomo demasiado amanerado y simétrico. Los poetas del día huyen de estos defectos, y favorecidos por una época fecunda en grandes sucesos, y que necesariamente ha debido excitar los sentimientos más intensos y generosos, aspiran a ponerse a la altura de su siglo, y consignar en sus versos los recuerdos de las vicisitudes de que hemos sido espectadores.

Al mismo tiempo los sentimientos afectuosos, considerados como asuntos poéticos, se van despojando de la hojarasca mitológica y pastoril, con que los han disfrazado los poetas anteriores. La filosofía ha descubierto que para movernos y seducirnos el amor no necesita de la flecha ni del cayado, y aunque este espíritu de seriedad ha traspasado sus límites, y ha degenerado a veces en una afición desmedida a impresiones fuertes y horrorosas, éstas son más dignas del hombre, que los coloquios almibarados, y las insípideces bucólicas.

Esta misma filosofía ha dictado sus lecciones en rimas armoniosas, y uniéndose al patriotismo ha presentado cuadros grandiosos que satisfacen la razón, y halagan la fantasía. Ella ha enseñado a los hombres el secreto de sus pasiones, el enigma de las catástrofes históricas, el arte de adornar dignamente la verdad, y al mismo tiempo ha perfeccionado el instrumento de la poesía, dando al lenguaje elevación, majestad, exactitud, armonía y haciéndolo susceptible de representar todas las imágenes, de expresar todos los afectos, de interpretar lo más sublime de la meditación, y lo más profundo del raciocinio.

Esta visión panorámica de la poesía en español hacia la segunda década del siglo XIX aparece condicionada por los adelantos del romanticismo que Bello conoció en sus años de residencia londinense. Entre ellos, libros de los dos autores nuevos de Inglaterra que leyó con mayor entusiasmo: Sir Walter Scott y Lord Byron. Entre las obras de Scott publicadas en ese período figuran: *Vision of don Roderick*, 1811; *Waverley*, 1814, y *Harold*, 1817; entre las de Byron, *Childe Harold*, 1812-8, *Manfred*, 1817, *Mazeppa*, 1819, *Don Juan*, 1818-24, y *Vision of Judgment*, 1822.

⁵ *Obras completas*, vol. IX, págs. 291-292.

Deben contarse otras publicaciones significativas de la flamante corriente literaria: de Percy Bysshe Shelley, *Queen Mab*, 1813, *Alastor*, 1816, *Prometheus Unbound*, 1820, y *Adonais*, 1821; de William Wordsworth, *Excursion*, 1814, y *Poems*, 1815; de John Keats, *Poems*, 1817; de Thomas Moore, *Lalla Rookh*, 1817. No pueden olvidarse los críticos y ensayistas de aquellos años, autores de tan asentado prestigio como William Hazlitt, Charles Lamb, James Henry Leigh Hunt y Thomas de Quincey.

A los aportes de los románticos ingleses se agregaron los aparecidos en Francia. *De l'Allemagne* de Madame de Staël es de 1810; Alphonse de Lamartine publicó *Méditations*, 1820, y *Nouvelles Méditations*, 1823; *Poèmes antiques et modernes* de Alfred de Vigny apareció en 1826, el mismo año de su novela *Cinq-Mars*; de Victor Hugo, el predilecto entre los nuevos franceses leídos por Bello, se habían difundido: *Odes*, 1822, con importante prefacio teórico; este volumen se refundió cuatro años después en *Odes et Ballades*; de 1823 es la novela *Hans d'Islande*, y de 1827, *Cromwell*, con extenso prefacio teórico.⁶

La actividad de los desterrados liberales españoles y de algunos hispanoamericanos vino a completar el cuadro de novedades. En la reseña sobre Fernández Madrid recuerda a esos renovadores de su idioma, situándolos en la general transformación europea:

Nosotros tenemos la fortuna de hallar tan adelantada la obra de la perfección intelectual, que todo está hecho y preparado para nuestros goces y para nuestros progresos. Las convulsiones políticas externas nos han sido igualmente favorables. La nación cuya lengua hablamos ha sufrido una crisis que ha dispersado en suelos extranjeros sus ingenios más esclarecidos, y allí, sin las trabas del doble despotismo político y religioso que los aquejaba, han ampliado la esfera de sus trabajos y los han puesto al nivel de los de los hombres superiores de los pueblos más cultos. Las otras repúblicas americanas han entrado también en la arena intelectual, y han dado ya a luz producciones que llevan el sello de la perfección, a que propenden en la época actual todos los esfuerzos del genio y de la razón.

La influencia de las recientes novedades literarias se fue cribando en las páginas críticas publicadas por Bello en Chile, sin que sus aportes alcanzaran a modificar las direcciones básicas de su estética; los motivos polémicos reaparecen en los ensayos a partir de 1840, como rechazo de desmanes amparados bajo el rótulo de romanticismo.

Afanado por la difusión y el apoyo de todos los medios que significaran una forma de educación popular, Bello se convirtió en valiente defensor del teatro, escuela de costumbres y lección idiomática. Para alentar su propósito publicó en *El Araucano* una serie de notas, a partir del 18 de diciembre de 1830 con motivo de una representación de la ópera de Rossini *La Italiana en Argel*;

⁶ Véase WELLEK, RENÉ: *Historia de la crítica moderna (1750-1850). El romanticismo*. Versión castellana de J. C. Cayol de Bethencourt. Madrid, Editorial Gredos, 1962.

las reseñas de estrenos se intensifican tres años después a raíz de una temporada rica en presentaciones, inclusive de autores de esta América.

Fundador de la crítica teatral chilena, sus notas trataron de deslindar con sencillez los principios decisivos del arte dramático; a pesar de su mesura, provocaron una polémica sobre el tantas veces planteado pleito entre clasicistas y románticos. El 21 de junio de 1833, comentando la repetición del melodrama *Treinta años o La vida del jugador*, del tan socorrido Victor Ducange, señala las novedades de la dramática nueva⁷:

Los partidarios de la escuela clásica reprobarán el plan de esta pieza, como irregular y monstruoso. Ella nos traslada de Francia a Baviera, y eslabona una serie de incidentes que abrazan una duración de treinta años, y tienen poca más conexión entre sí, que la de pertenecer a la vida de un hombre y originarse de una misma causa, el vicio del juego, de manera que el autor no ha respetado más la unidad de acción, que las de lugar y tiempo.

Previendo los reparos que habría de suscitar entre los partidarios de la dramática clasicista la pieza de Ducange, se adelanta a exponer su opinión, mucho más libre en el teatro que en poesía:

Nosotros nos sentimos inclinados a profesar principios más laxos. Mirando las reglas como útiles avisos para facilitar el objeto del arte, que es el placer de los espectadores, nos parece que si el autor acierta a producir este efecto sin ellas, se le deben perdonar las irregularidades. Las reglas no son el fin del arte, sino los medios que él emplee para obtenerlo. Su trasgresión es culpable, si perjudica a la excitación de aquellos efectos que forman el deleite de las representaciones dramáticas, y que bien dirigidos, los hacen un agradable vehículo de los sentimientos morales. Entonces no encadenan el ingenio, sino dirigen sus pasos y le preservan de peligrosos extravíos. Pero si es posible obtener iguales resultados por otros medios (y éste es un hecho de que todos podemos juzgar); si el poeta llevándonos por senderos nuevos, mantiene en agradable movimiento la fantasía; si nos hace creer en la realidad de los prestigios que nos pone delante, y nos trasporta con dulce violencia a donde quiere,

Modo me Thebis, modo ponit Athenis;

lejos de provocar la censura, privándose del auxilio de las reglas, ¿no tendrá más bien derecho a que se admire su feliz osadía?

El poeta dramático debe atender al deleite que la representación produce en el público; a favor de tal relación se justifican las libertades románticas, en especial las referentes a las tres unidades. Para ilustrar su defensa del drama nuevo el comentarista recuerda lo que está sucediendo en la Francia contemporánea:

La regularidad de la tragedia y comedia francesa parece ya a muchos monótona y fastidiosa. Se ha reconocido aun en París la necesidad de variar los procederes del arte dramático; las unidades han dejado de mirarse como preceptos inviolables; y en el código de las leyes fundamentales del teatro, sólo quedan aquellas cuya necesidad para divertir e interesar es indisputable, y que pueden todas reducirse a una sola: la fiel

⁷ *Obras completas*, vol. IX, págs. 701, 701-702, 702 y 703, respectivamente.

representación de las pasiones humanas y de sus consecuencias naturales, hecha de modo que simpaticemos vivamente con ellas, y enderezadas a corregir los vicios y desterrar las ridiculeces que turban y afean la sociedad.

La ley fundamental del teatro es la presentación de las pasiones y sus consecuencias, compartibles por el espectador para que de esta manera se haga efectiva la función social del drama. Aplicando el principio al argumento de la obra en comentario, se señalan los alcances de la libertad de que dispone el dramaturgo: “Su desordenada conducta [del protagonista de *Ducange*] le arrastra a la miseria; la miseria, al fraude; el fraude, a la afrenta, y acaso a un patíbulo. Hasta aquí va el poeta de acuerdo con la naturaleza; pasado este término, hallamos exagerado y repugnante el cuadro que nos pone a la vista”. La verosimilitud, palabra muy presente en las notas teatrales de Bello, es el límite impuesto a la dramática; fuera de sus términos se entra en la desproporción exagerada que siempre repugnó al gusto del crítico.

Acaso contrarrestando lo que podría considerarse exagerada adhesión a la nueva escuela dramática, viene a continuación el elogio de una pieza clásica presentada por la compañía juzgada, *Le Cid* de Corneille, en su versión española. Con precisa intención apunta Bello:

De un orden muy superior [a *Treinta años*] es *El Cid* representado el domingo último. Esta pieza hace época en los anales del teatro francés. En *El Cid*, primera tragedia regular que vio la Francia, y aun puede decirse la Europa moderna, el gran Corneille se elevó de repente al nivel de lo más bello que en este género nos ha dejado la antigüedad clásica, y aun en sentido de muchos, lo dejó atrás.

El elogio subraya “la lucha sostenida de afectos, con que nos embelesa y arrebató Corneille”, considerándola superior a “todas las otras bellezas del arte”, que no son sino “bellezas inanimadas”. Esa atención a lo humano, fin del arte dramático, sostiene los juicios de Bello, ya se trate de obras clásicas, ya de piezas románticas.

Un artículo del 5 de julio de 1833, contestación a reparos formulados contra su nota anterior, completa los distinguos sobre la polémica más viva en la Europa de la época, cuyos ecos llegaban algo enfriado a los lectores chilenos⁸:

El mundo dramático está ahora dividido en dos sectas, la clásica y la romántica; ambas a la verdad existen siglos hace, pero, en estos últimos años, es cuando se han abanderizado bajo estos dos nombres los poetas y los críticos, profesando abiertamente principios opuestos. Como ambas se proponen un mismo modelo, que es la naturaleza, y un mismo fin, que es el placer de los espectadores, es necesario que en una y otra sean también idénticas muchas de las reglas del drama. En una y otra, el lenguaje de los afectos debe ser sencillo y enérgico; los caracteres, bien sostenidos; los lances, verosímiles; en una y otra, es menester que el poeta dé a cada edad, sexo y condición, a cada país y a cada siglo, el

⁸ *Obras completas*, vol. IX, págs. 704-705, 705, 705 y 707, respectivamente.

colorido que le es propio; el alma humana es siempre la mina de que debe sacar sus materiales; y a las nativas inclinaciones y movimientos del corazón es menester que adapte siempre sus obras, para que hagan en él una impresión profunda y grata. Una gran parte de los preceptos de Aristóteles y Horacio son, pues, de tan preciosa observancia en la escuela clásica, como en la romántica; y no pueden menos de serlo, porque son versiones y corolario del principio de la fidelidad de la imitación, y medios indispensables para agradar.

En la fiel imitación de la naturaleza, perdurable interpretación de fundamentos de la *Poética* aristotélica, encuentra el reseñador el principio incommovible que liga a clásicos y románticos a pesar de las diferencias formales que se explican a continuación:

Pero hay otras reglas que los críticos de la escuela clásica miran como obligatorias, y los de la escuela romántica como inútiles o tal vez perniciosas. A este número, pertenecen las tres unidades, y principalmente las de lugar y tiempo. Sobre éstas. rueda la cuestión entre unos y otros.

Para responder a la mala interpretación que de su nota anterior ha hecho el corresponsal del *Correo*, se presenta informada de las cuestiones estéticas debatidas en Europa, de las que tiene opinión propia:

Sólo el que sea completamente extranjero a las discusiones literarias del día puede atribuirse una idea tan absurda como la de querer dar por tierra con todas las reglas, sin excepción, como si la poesía no fuese un arte, y pudiera haber arte sin ellas.

En la afirmación última se reconoce una constancia de las páginas teóricas que Bello dedicó a la poesía en sus distintos géneros; para rubricarla señala a párrafo siguiente los reparos generales al clasicismo dogmático:

Si hubiéramos dicho en aquel artículo que estas reglas son puramente convencionales, trabas que embarazan inútilmente al poeta y le privan de una infinidad de recursos, que los Corneilles y Racines no han obtenido con el auxilio de estas reglas, sino a pesar de ellas, sus grandes sucesos dramáticos; y que por no salir del limitado recinto de un salón y del círculo estrecho de las veinte y cuatro horas, aun los Corneilles y Racines han caído a veces en incongruencias monstruosas; no hubiéramos hecho más que repetir lo que han dicho casi todos los críticos ingleses y alemanes y algunos franceses.

La autoridad de Latouche y la de Sismondi le sirve para condenar ese sentido estrecho de las reglas, condicionado por los principios férreos de un código poético. Un argumento del primero aparece esgrimido contra los censores del drama romántico, que suelen olvidar las inverosimilitudes del clasicismo: “que pocas extravagancias de las que se llaman románticas exceden a la inverosimilitud de hacer conspirar a Cinna en el inmóvil gabinete de Augusto, y de mostrarnos a los templarios indiciados, presos, interrogados, sentenciados y quemados en veinticuatro horas”.

Entre tantos motivos de orden estético general aparece una directa alusión a las limitaciones de la cultura clásica chilena, preo-

cupación que en diversas oportunidades lo hizo salir en defensa del estudio del latín. Señala en la nota:

El articulista nos acusa de querer introducir en Chile aquellos *principios garrafales*, como si ningún chileno hubiese leído a los famosos maestros Aristóteles, Horacio, Boileau y Martínez de la Rosa. —*Principios garrafales* es una impropiedad garrafal; y si hay chilenos que hayan leído a todos esos autores (como sabemos que lo hay) no es por culpa de ciertos corresponsales del *Correo*, que han hecho de su parte todo lo posible para que olvidemos hasta la lengua de Virgilio y Horacio, como una antigualla despreciable, digna solamente de ser conocida en la edad media.

Un artículo del 20 de diciembre de 1833, también en *El Araucano*, agrega una nueva referencia a la caracterización del drama, la referente a la versificación. Una comedia de Bretón de los Herreros, *La Marcela o A cuál de los tres*, es el pretexto para condenar una estrechez formal regularizada por el clasicismo español⁹:

En medio de las dotes aventajadas que todos admiran en el autor de *El sí de las niñas*, nos había parecido encontrar en su estilo algo de lánguido y descolorido. Sus versos, aunque fluidos, no nos daban aquel sabor poético, que es propio aun de las composiciones escritas en estilo familiar, y que tanto luce en los fragmentos de Menandro y en los buenos pasajes de Terencio: en lo que sin duda influyó algo la excesiva severidad de las leyes dramáticas y métricas que se impuso el padre de la buena comedia castellana. Aquel perpetuo martilleo de una asonancia invariable en todo un acto, produce una monotonía que fatiga al oído y no permite al poeta dar a sus obras el delicioso sainete que nace de la variedad de metros y rimas, y que se hace sentir aun en los menos versados en el arte, como se ha visto el martes pasado en la universal satisfacción que causó un mero juguete dramático; pues en realidad no es otra cosa *La Marcela*. No sabemos en qué se funda este canon de la unidad de versificación en toda una comedia o tragedia, y de la invariabilidad de la asonancia desde el principio de un acto hasta el fin. Ellas hacen que todas las composiciones dramáticas estén reducidas al círculo estrecho de media docena de rimas, y ponen al poeta en la imposibilidad de emplear las más agradables al oído, que son cabalmente las menos familiares en el lenguaje. Los griegos y latinos pasaban frecuentemente de un verso a otro en sus comedia y tragedia; y la antigua comedia española debe a esta sabrosa variedad uno de sus principales atractivos.

En el mismo artículo arremete contra otra enfadosa tradición clasicista, las tragedias “filosófico-patrióticas”, que por años prolongaron sus discursos en los escenarios de nuestra América. Bello se dirige a los responsables de los espectáculos para solicitarles:

Terminaremos rogando a los empresarios que nos economicen un poco más las tragedias, y principalmente las filosófico-patrióticas. Basta de proclamas en verso. Ya hemos visto suficientemente parafraseado el *ven- cer o morir*. No ignoramos que hay ciertos aficionados para quienes un altercado estrepitoso de fanfarronadas, amenazas y denuestos constituye lo sublime del arte; pero su número va siendo cada día menor; y creemos expresar el voto de una gran mayoría, pidiendo que se nos den con más

⁹ *Obras completas*, vol. IX, págs. 712 y 713-714, respectivamente.

frecuencia piezas en el gusto de Moratín, Bretón de los Herreros y Scribe y de cuando en cuando algunas de los antiguos dramáticos españoles, pero sobre todo bien aprendidas y bien ensayadas.

Es harto significativo que Bello se convierta en vocero de los espectadores cansados de las tiradas patrióticas, y que en nombre de los mismos reclame representaciones del clasicista español por excelencia, el muy verosímil Leandro Fernández de Moratín, a cuya vera se juntan el costumbrista Manuel Bretón de los Herreros y el folletinista Eugène Scribe, por tantos años amo de los teatros *boulevardiers* parisienses. El prestigio de Scribe compartió con el de Alexandre Dumas la admiración teatral de los americanos en la primera mitad del siglo XIX, como representantes de la más decidida dramática moderna. Sorprende en la solicitud el escaso interés por las piezas españolas "antiguas", cuya representación se solicita "de cuando en cuando". Tal vez en esta limitación se descubran las desilusiones de un lector que en su adolescencia se había fascinado con Lope de Vega y Calderón, cuyos versos le costaría reconocer en las desfiguradas recitaciones de las temporadas chilenas.

De las posteriores reseñas críticas sobre poesía lírica, vuelven al pleito entre clásicos y románticos: el *Juicio crítico de don José Gómez Hermosilla*, aparecido en sucesivos números de *El Araucano*, entre noviembre de 1841 y abril de 1842, y *Ensayos literarios y críticos de don Alberto Lista y Aragón*, en la *Revista de Santiago*, junio de 1848.

El comentario sobre Hermosilla relaciona la disyuntiva literaria entre clásicos y románticos con la existente entre legitimistas y liberales en política. El panorama de la literatura se amplía sobre las relaciones más evidentes con los conflictos sociales contemporáneos; Bello adelanta así un método subrayado con exceso por los románticos de esta América¹⁰:

En literatura, los clásicos y románticos tienen cierta semejanza no lejana con lo que son en la política los legitimistas y los liberales. Mientras que para los primeros es inapelable la autoridad de las doctrinas y prácticas que llevan el sello de la antigüedad, y el dar un paso fuera de aquellos trillados senderos es rebelarse contra los sanos principios, los segundos, en su conato a emancipar el ingenio de trabas inútiles, y por lo mismo perniciosas confunden a veces la libertad con la más desenfrenada licencia. La escuela clásica divide y separa los géneros con el mismo cuidado que la secta legitimista las varias jerarquías sociales; la gravedad aristocrática de su tragedia y su oda no consiente el más ligero roce de lo plebeyo, familiar o doméstico. La escuela romántica, por el contrario, hace gala de acercar y confundir las condiciones; lo cómico y lo trágico se tocan, o más bien, se penetran íntimamente en sus heterogéneos dramas; el interés de los espectadores se reparte entre el bufón y el monarca, entre la prostituta y la princesa; y el esplendor de las cortes contrasta con el sórdido egoísmo de los sentimientos que encubre, y que se hace estudio de poner a la vista con recargados colores.

¹⁰ *Obras completas*, vol. IX, págs. 375-376 y 376, respectivamente.

Bello caracteriza el romanticismo sobre ejemplos tomados de la dramática, y teniendo en vista las creaciones de Hugo, que compartió con Byron su admiración a los nuevos. Completando el paralelismo indicado, recuerda la difusión de las nuevas ideas literarias y políticas a partir de Inglaterra: "La poesía romántica es de alcurnia inglesa, como el gobierno representativo y el juicio por jurados. Sus irrupciones han sido simultáneas con las de la democracia en los pueblos del mediodía de Europa". Esta difusión sirve para explicar las implicaciones políticas de la literatura de Gómez Hermosilla:

Y los mismos escritores que han lidiado contra el *progreso* en materias de legislación y gobierno, han sustentado no pocas veces la lucha contra la nueva revolución literaria, defendiendo a todo trance las antiguallas autorizadas por el respecto supersticioso de nuestros mayores: los códigos poéticos de Atenas y Roma, y de la Francia de Luis XIV. De lo cual tenemos una muestra en don José Gómez Hermosilla, ultra-monarquista en política, y ultra-clásico en literatura.

El análisis de los juicios críticos de Hermosilla amplía la relación propuesta por el núcleo de la reseña; las referencias políticas hacen que Bello considere con simpatía la renovación romántica, aunque siempre apoyado en cautelas que condenan el costado libertino y anárquico de los escritores nuevos.

El ensayo sobre Lista y Aragón retoca y asegura algunos de estos conceptos; el triunfo de los románticos ha impuesto el respeto a las autenticidades del arte nuevo, que varía las posibilidades de la literatura sin anular sus principios permanentes, no por antiguos sino por responder a la naturaleza propia de la belleza estética¹¹:

Desde el momento en que se impone el romanticismo, la obligación de producir efectos, esto es, impresiones profundas en el corazón y en la fantasía, están legitimando el género. La condición de ocultar el arte, no será entonces proscribirlo. Arte ha de haber forzosamente.

La primera condición que justifica a los creadores es el genio: Bello no se excusó de repetir esta verdad perogrullesca, tantas veces escamoteada por los voceros de novedades literarias. La condición genial de un poeta impone la originalidad de su estilo, que los seguidores de la moda repiten sobre recetarios de fácil asimilación. Atento a los altos ejemplos creadores, Bello reservó sus críticas más aceradas para los imitadores sin talento. El genio no necesita atarse al rigor extremo de los códigos literarios, ni se conforma con la reiteración de la retórica sancionada por el tiempo; ni Grecia ni Roma han agotado a la literatura; hay y habrá nuevos caminos abiertos para los creadores que sepan recorrerlos con equilibrio y sin afán de estar al día. La condición del creador "clásico", maestro y modelo, aparece con nitidez en este ensayo sobre Lista:

Es preciso, con todo, admitir que el poder creador del genio no está circunscripto a épocas o fases particulares de la humanidad; que sus

¹¹ *Obras completas*, vol. IX, págs. 451 y 452, respectivamente.

formas plásticas no fueron agotadas en la Grecia y el Lacio; que es siempre posible la existencia de modelos nuevos, cuyo examen revele procederes nuevos, que sin derogar las leyes imprescriptibles, dictadas por la naturaleza, las apliquen a desconocidas combinaciones, procederes que den al arte una fisonomía original, acomodándolo a las circunstancias de cada época, y en los que se reconocerá algún día la sanción de *grandes modelos* y de *grandes maestros*.

Las condiciones de la literatura en Chile mal podían provocar la reacción romántica en contra de los viejos modelos bucólicos. El tono medio de la expresión de unos pocos poetas prolongaba sin sobresaltos la tónica de los rimadores clasicistas; las bibliotecas y puestos de libros de las principales ciudades chilenas, escasos y rutinarios, no surtían a los lectores de las novedades europeas que hubieran podido servirles de estímulos renovadores. El magisterio del español José Joaquín de Mora primero, y el de Bello después, dirigieron a la juventud dentro de principios que no favorecían las audacias del pensamiento poético.

El ambiente cambió con la instalación de los desterrados argentinos que ya habían conocido la lección romántica del iniciador Esteban Echeverría y el grupo juvenil que en Buenos Aires había publicado las primeras manifestaciones de la nueva corriente literaria, pronto difundidas en el interior del país. En 1841 llegaba de nuevo a Chile Domingo Faustino Sarmiento, que a poco se convertiría en redactor de *El Mercurio* de Valparaíso por ofrecimiento de Manuel Rivadeneira; también en 1841 llegó, desde Montevideo, Vicente Fidel López; tres años después Juan Bautista Alberdi se establecería en Valparaíso, y al año siguiente lo haría Juan María Gutiérrez. En 1848 arribaría al mismo puerto Bartolomé Mitre, que a poco reeditaría —como folletín de periódico— su novela romántica *Soledad*, y publicaría el cuento *Memorias de un botón de rosa*.¹²

Las polémicas provocadas por el ardor generacional de estos desterrados, especialmente por Sarmiento, tocaron sólo de manera tangencial a Bello, fuera de la disputa provocada en 1842 sobre unos *Ejercicios populares de la lengua castellana*: el comentario agresivo de Sarmiento tuvo contestación en un sensato artículo de Bello firmado con el seudónimo *Un Quidam*, que a su vez provocó réplica sarmientina. En cuanto a la polémica sobre el romanticismo, Bello prefirió permanecer al margen, dejando que los contendientes de uno y otro bando llegaran a una discusión pronto ociosa.¹³

¹² Véase ARRIETA, RAFAEL ALBERTO: "Las letras en el destierro. En Chile" (En: *Historia de la literatura argentina*. Dirigida por Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, Ediciones Peuser, 1958, tomo II, págs. 182-212).

¹³ Véanse DONOSO, ARMANDO: *Sarmiento en el destierro*. Buenos Aires, Editorial Gleizer, 1927; PINILLA, NORBERTO: *La polémica del romanticismo en 1842*. Buenos Aires, Editorial Américalee, 1943; ALEGRÍA, FERNANDO: *La poesía chilena. Orígenes y desarrollo del siglo XVI al XIX*. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1954, págs. 184-222.

Fernando Alegría ha revisado con sensatez los términos de las polémicas literarias que están en el origen del romanticismo chileno. Como síntesis de la superioridad de Bello en ese período, asienta: "Desvanecida la leyenda acerca

Según referencias de algunos críticos, en el período chileno de Bello éste pareció aflojar los principios clasicistas de su poesía, para abrirse al interés de los grandes modelos románticos; las versiones de Victor Hugo y las de Lord Byron vendrían a confirmar esa adhesión. El estudio de tales textos, imitaciones muy libres antes que traducciones, revela la remodelación de los originales para adecuarlos a principios de orden y jerarquización, permanentes en la poética de Bello. Lo prueban *Las fantasmas* y *A Olimpio*, de 1842, y especialmente *Los duendes* y *La oración por todos*, de 1843, recreaciones de poemas de Hugo. Refiriéndose a esta última, ha señalado Pedro Henríquez Ureña: “Fue nada menos que Menéndez y Pelayo quien dijo que el poema de Bello es más hermoso que el poema de Hugo. A mi juicio, el poeta francés queda muy por encima en la primera parte, auténticamente inspirada, de *La prière pour tous*, pero las nueve partes siguientes abundan en repeticiones. Bello utilizó sólo las cuatro primeras, siguiendo un procedimiento que nos parece extraño y difícil de reconstruir: no parafrasea el poema verso por verso, ni siquiera estrofa por estrofa; compone su obra con pensamientos e imágenes tomadas del francés y a menudo colocados en diferente orden, añade multitud de detalles nuevos con continuas referencias a su propia vida —tales como la mención a su hija muerta, Lola— y concluye con dos estrofas muy personales en que habla de su vejez y de la proximidad de la muerte. El tono del poema es enteramente distinto. En Hugo, el poeta es un padre, pero un hombre joven; cuando pide a su hija que ruegue por todos los hombres, lo hace con toda la exuberancia de la juventud, tanto lírica como retórica. Su poema está escrito al caer la tarde, y nos deja la impresión de una brillante puesta de sol en primavera. Bello había pasado ya de los sesenta cuando tuvo la idea de rehacer el poema para su hija menor, y según vamos leyéndolo encontramos en él esa claridad mezclada de tris-

de su dogmatismo, Bello es, como poeta especialmente, uno de los factores más poderosos en el auge del romanticismo chileno. A través de sus lecciones de literatura, de su traducción de los más grandes valores de la poesía europea, de sus propias composiciones poéticas, Bello dejó a la juventud chilena un mensaje de imperecedera memoria: enseñó a respetar el arte en su significación trascendental, por encima de localismos efímeros y mediocres, enseñó a pensar con profundidad y claridad, a concebir en términos universales a aceptar en lo que valen las reformas y los cambios que cada generación trae consigo. Si sus discípulos no pudieron superar la herencia del neoclasicismo español, si en la expresión de sus propios sentimientos e ideas no alcanzaron gran altura, y si confundieron más tarde el amor a la tierra con la afición por lo pintoresco y anecdótico de las tendencias criollistas, se debió a su personal mediocridad, no a la influencia de Bello, quien siempre fue superior, sabio en las flaquezas, debilidades y grandezas humanas” (pág. 209). A la autoridad de Bello debe el romanticismo chileno algunas diferencias con respecto a las expresiones contemporáneas de otros países de América. Además los chilenos sufrieron la influencia española antes que la francesa o inglesa; entre 1834 y 1844 la imprenta de *El Mercurio* imprimió obras de Zorrilla y de Espronceda. Dos condicionantes —Bello y los libros españoles— deben contar en los rasgos particulares de la renovación literaria del país, donde la poesía romántica fue bastante tardía.

teza del crepúsculo otoñal. No existe aquí la complicada sintaxis latinizante y la tendencia en ocasiones epigramática de su obra primera. Su verso tiene ahora un ritmo lento y una limpidez de estrella".¹⁴

La posición de Bello hacia esos años se diversifica humorísticamente en algunas composiciones satíricas; las más importantes son *La moda*, escrita en 1846 según Miguel Luis Amunátegui, y *El cóndor y el poeta*, de 1849, en que critica un poema de Mitre, *Al cóndor de Chile*, publicado en *El Progreso* de Santiago el 18 de setiembre de 1849, en la edición especial dedicada a la fecha patria.¹⁵

Ambas composiciones permanecieron inéditas en vida de Bello; tal vez fueron escritas para ser leídas y comentadas en la reducida tertulia que reunía a su familia con los discípulos más allegados, a quienes advertiría sobre las ridiculeces de la nueva corriente poética. En la primera se presenta a la Moda, musa nueva que enseña "el arte de agradar"; la aparición de la protagonista se configura con términos ambiguos y contrapuestos: "una, no sé si diga ninfa, diosa, / aparición, fantasma: caprichosa / forma que cada instante / de color, de semblante, / y de tocados, y de ropas muda: / ora triste, ora alegre, ora sañuda; / ya pálida, ya rubia, ya morena". Las mismas variantes se manifiestan en el tocado, las galas, la condición y la edad; manifestaciones de una inestabilidad permanente que se explica en el largo discurso de esta fantasma. Los primeros términos de sus recetas manifiestan ya a qué blancos tiran los dardos de Bello: "¿Una leyenda o cuento / es a lo que dedicas el intento? / Manos a la labor; o da principio / con gran proemio de elegante ripio; / o si te place, empieza / con esa *nonchalance* de buen tono, / con ese aire de lánguido abandono / de quien al despertar se despereza, / como si del lector no hicieses caso, / ni de la historia; y cuando paso a paso, / por entre mil rodeos, / ambages y floreos, / llegue al fin el momento de contarla; / y ya el lector dé al diablo tanta charla; / allá como a la octava ciento y cuatro, / mudarás de teatro, / y en una digresión... (importa un pucho / que no tenga que ver poco, ni mucho, / con el sujeto, porque, amigo, hoy día / ¿qué es para un escritor de fantasía, / en resumidas cuentas, el sujeto? / Es una percha cómoda, de donde / cuanto en su seno tu cartera esconde; / estudio, ensayo, informe mamotreto, / puedes colgar sin el menor empacho.)".

De las zumbonas recetas posteriores, la sátira describe morosamente el libertinaje de composición: "Lo que quise decir, si bien me acuerdo, / es que la línea recta, cuanto puedas, / evites; tortuosas las veredas / son que prefiere el consumado artista / para el

¹⁴ HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO: *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Traducción de Joaquín Díez-Canedo. México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1949, págs. 105-106.

Véase ANDERSON IMBERT, ENRIQUE: "El neoclásico Andrés Bello y el romántico Víctor Hugo". (En *Los grandes libros de Occidente y otros ensayos*. México, Ediciones De Andrea, 1957, págs. 84-86).

¹⁵ *Obras completas*, vol. I. págs. 259-276 y 301-310, respectivamente.

placer del alma o de la vista". El hipérbaton acompaña el desarrollo de la estrofa, como una parodia de los alardes elocutivos de que hacían gala los versificadores nuevos, movidos por su afán en engendrar "confusión, y vértigo, y mareo".

Oponiéndose a los dictados de la Moda, el poeta confiesa al final de la sátira: "Si ya no soy ni aquello que solía, / pues de la frente que la edad despoja, / huye, como el amor, la poesía, / puedo hablar a lo menos el lenguaje / de la verdad, que, ni al pudor sonroja, / ni hacer procura a la razón ultraje. / Aunque de la divina lumbre, aquella / que al genio vivifica, una centella / en mi verso no luzca, ni lo esmalte / rica facundia, y todo en fin le falte / cuanto en la poesía el gusto halaga, / lo compone benigna una alma bella / que de lo ingenuo y lo veraz se paga".

Esta afirmación, moral y estética, de la personalidad del poeta alejado siempre de las modas, se renueva en una composición redactada también hacia 1846: *Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado*, en la cual se satirizan recursos habituales de la poesía seudoclásica, con el manejo falso de los adornos mitológicos y los cuadros bucólicos.¹⁶ Ante un declamatorio ejemplo del poeta clasicista, comenta Isidora: "¡Jesús! ¡Qué altisonante algarabía! / Amigo mío, en lengua castellana, / ésa se llama entrada de pavana. / ¡No ves que tus poéticos primores / son estrujadas flores / de que cualquiera nene / en este siglo innovador se mofa? / Apostaré que en la siguiente estrofa / vas a beber las aguas de Hipocrene. / Guía, por Dios, tu vacilante paso / lo más lejos que puedas del Parnaso".

La confrontación de las dos composiciones afirma el sentido de ecuanimidad mental que Bello extendió a toda su obra; las referencias de los ensayos publicados en años cercanos señalan muy bien la concepción artística que permanece a todo lo largo de su pensamiento y que es la guía de su propia evolución.

En *El cóndor y el poeta* se burla de la desmesura de los nuevos, de los representantes audaces del desequilibrado siglo XIX; las últimas estrofas, puestas en boca del vate joven y entusiasta, dan la interpretación bellista de las nuevas formas del arte que los argentinos habían defendido en páginas periodísticas chilenas: "Según doctrina de moderna escuela, / debe correr fortuna a toda vela, / sin bitácora, sonda, ni timón. // Si tú leyeras, avechucho idiota, / gacetas nacionales y extranjeras, / la ignorancia en que vives conocieras; / todo ha cambiado entre los hombres ya. // Altos descubrimientos reservados / tuvo el destino al siglo diecinueve; / hoy en cualquiera charco un niño bebe / más que en un hondo río su papá. // ¡Oh siglo de los siglos! ¡Cuál machacas / en tu almirez decrépitas ideas! / ¡Qué de fantasmagorías coloreas / en el vapor del vino y del café! // ¡No era lástima ver encandilarse / los hombres estudiándose a sí mismos; / y tras mil embrollados silogismos, / salir con sólo sé que nada sé!".

¹⁶ *Obras completas*, vol. I, págs. 277-281.

Hacia 1844 ó 1845 Bello comenzó una extensa leyenda, *El proscrito*, de la cual alcanzó a redactar cinco cantos.¹⁷ Este cuento poético parece la aplicación del recetario difundido por *La Moda* en el poema de 1846; salvo los sentidos pasajes que recuerdan la suerte desgraciada de los patriotas chilenos después del desastre de Rancagua, el resto de la leyenda se aproxima a un repertorio disparatado de temas y cuadros románticos, volcados a la caricatura regocijada. Se comentan así las relaciones matrimoniales, las pesadillas siniestras, las intervenciones de un franciscano comodón, los disparates de los médicos, la tertulia charlatana del estrado, e inclusive el nacimiento del amor en una joven de educación conventual. De entre los muchos pasajes vueltos a lo cómico, se destacan los que caracterizan las costumbres chilenas de la patria vieja.

La complejidad de esta leyenda, con tiradas patrióticas, estrofas evocativas del campo, relatos de vicisitudes nacionales y familiares, cuadros de costumbres urbanas y rurales, alternativas del amor juvenil, parece ejemplificar esa condición de arte abarcador, entre sublime y grotesco, que Hugo señaló al romanticismo. A pesar de esta posible relación, el contenido humorístico se adelanta casi como réplica burlesca a tantas leyendas románticas españolas e hispano-americanas que cantaron muy a lo serio los mismos temas.

En síntesis de los ejemplos allegados, debe insistirse en que la concepción artística de Bello agregó en las últimas décadas de su existencia algunos matices complementarios de sus principios, sin que éstos se volcaran a una concepción romántica. El discurso de inauguración de la Universidad, en 1843, reafirma la constancia ejemplar de la prédica creadora repetida por años, en adhesión a un clasicismo superior a las referencias temporales de las escuelas¹⁸:

¡El arte! Al oír esta palabra, aunque tomada de los labios mismos de Goethe, habrá algunos que me coloquen entre los partidarios de las reglas convencionales, que usurparon mucho tiempo ese nombre. Protesto solemnemente contra semejante aseerición; y no creo que mis antecedentes la justifiquen. Yo no encuentro el arte en los preceptos estériles de la escuela, en las inexorables unidades, en la muralla de bronce entre los diferentes estilos y géneros, en las cadenas con que se ha querido apri-

¹⁷ *Obras completas*, vol. I, págs. 577-629.

¹⁸ *Obras completas*, edición chilena, vol. VIII, pág. 315.

Las líneas finales de *Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana*, cuya primera edición es de 1835, señalan con precisión el ideal poético de Bello: "He comprendido en pocas páginas lo que me ha parecido más digno de notarse acerca del mecanismo de la versificación castellana. Pero no basta que sean perfectamente regulares los versos. Es menester que haya en ellos facilidad, fluidez, armonía imitativa; que junten la suavidad a la fuerza; que concilien la variedad con la exactitud rítmica; que sus cadencias y cortes se adapten a las ideas y afectos; y eso es lo que jamás podrán enseñarnos las reglas. Para dar estas calidades del verso (y sin ellas no sería más que una prosa medida) es necesario haber recibido de la naturaleza un oído fino y un alma sensible, y aleccionándolos con la atenta lectura de los buenos poetas castellanos antiguos y modernos" (*Obras completas*, vol. VI, pág. 225).

sionar al poeta a nombre de Aristóteles y Horacio, y atribuyéndoles a veces lo que jamás pensaron. Pero creo que hay un arte fundado en las relaciones delicadas, pero accesibles a la mirada de lince del genio competentemente preparado; creo que hay un arte que guía a la imaginación en sus más fogosos transportes; creo que sin ese arte la fantasía, en vez de encarnar en sus obras el tipo de lo bello, aborta esfinges, creaciones enigmáticas y monstruosas. Esta es mi fe literaria. Libertad en todo; pero yo no veo libertad, sino embriaguez licenciosa, en las orgías de la imaginación.

Tal fue el resumen que afirma la constancia de su equilibrio creador, presentado como ejemplo compartible y necesario a los jóvenes chilenos.

Juan Carlos Ghiano

LA CONCEPCION HISTORICA DE BELLO

Nos ceñiremos estrictamente, en este trabajo, a estudiar a Andrés Bello en la parte de su producción intelectual que se vincula con su tarea como historiador. Ante todo debe señalarse que en la ingente producción del polígrafo venezolano no se advierte una intención específicamente historiográfica. Con todo, a poco que se ahonde en el estudio de su obra, se percibe que en toda ella late un profundo sentido de la historia. Sin hacer gala de historiador y sin serlo cabalmente, luce en ese oficio, muy empinadas calidades. La elección de los textos, el espíritu crítico siempre alerta y vigilante, la prudencia en el juicio, la severidad de sus opiniones, delatan al historiador sagaz que construye con total independencia intelectual. El nimbo de las autoridades, aunque hacen mella en su espíritu e influyen en su obra, no llega a deslumbrarlo. Reconoce el alto magisterio de algunos autores sin caer en la sugestión. Aun los modelos más admirados no se eximen, en ocasiones, de la crítica, siempre ponderada. Con humildad señala sus divergencias, o apunta errores.

No tratándose en el caso de Bello de un historiador de oficio, puede afirmarse sin embargo que nos hallamos en presencia de un espíritu ataviado con el esplendor de una acendrada cultura histórica. Traspasada su obra de una fecundante visión histórica, penetra en esta disciplina casi sin pretenderlo, como si el pudor lo asaltara, al entrar de rondón en terreno que creía no pertenecerle. Pero fue su labor creadora tan vigorosa, y lució con tal transparencia, que cubrió toda una época, alumbradora de los mejores intentos culturales chilenos.

En el estudio que sigue no deberá abrigarse la pretensión de encontrar las ideas de Bello acerca de la historia en sus detalles minúsculos; aspiramos a presentarlas en su esencialidad. Mostraremos, también, de qué manera este infatigable trabajador crea escuela y legión de discípulos, alentando en Chile el estudio de la historia nacional, brindando sin descanso y a la continua el ejemplo magnífico de su probidad intelectual.¹

Siguiendo cronológicamente la producción bibliográfica de Bello en la que asoma su versación histórica, nos encontramos con sus estudios sobre el Cid. Comenzó a estudiar el tema hacia 1817, en

¹ Las citas de Bello han sido tomadas de la edición chilena de *Obras completas*. En todos los casos se ha modernizado la ortografía.

Londres. Se había propuesto mejorar el texto del *Poema de Mio Cid*, publicado por primera vez en 1779 por Tomás Antonio Sánchez. Fue su primer mentor, en las investigaciones cidianas, don José Bartolomé Gallardo y Blanco. Bien pronto su espíritu crítico le lleva a la primera y radical disidencia con el erudito extremeño; en carta que éste dirigió a Bello el 6 de octubre de 1817 decía:

He sindicado de fábula a la historia del Cid, porque no creo haber hablado con toda propiedad, porque no la tengo por fábula así como quiera, sino por fábula de fábulas.

Sin llegar a las conclusiones de don Ramón Menéndez Pidal, quien afirma: "Hoy la crítica filológica, tras minuciosos estudios sobre las crónicas, los diplomas y sobre la topografía, ha establecido el carácter realista, concretamente histórico, de las primeras gestas castellanas", Bello, pese a la influencia que en él ejercieron doctísimos orientalistas como el padre Risco, Juan Francisco Masdeu y muy especialmente Reinhart Dozy, consigue sus logros más significativos al encontrar encerrada en el *Poema* más veracidad histórica que la reconocida por las autoridades de su época, enfrentándose así a la opinión dominante en ese momento.

Como ejemplo concreto de su espíritu crítico nos referiremos al manejo de los textos. Conviene señalar, antes, de qué manera fue trabajando su edición del *Poema*. Iniciado el estudio hacia 1817, comienza a publicar monografías en torno al tema elegido en 1827, y después en 1834, 1841, 1843, 1852, 1854, 1855 y 1858. Durante este lapso ha ido estudiando y analizando la bibliografía respectiva. Si pensamos en el momento y en lugar donde Bello trabajaba comprenderemos que nos hallamos en presencia de un espíritu superior. Las autoridades citadas por Bello, con todos los defectos que la crítica posterior haya podido encontrarles, han merecido el trato respetuoso de un Menéndez Pidal.

En medio de las limitaciones propias de su época —desde Bello a aquí se ha iluminado la época del Cid con descubrimientos documentales y aportes críticos notables—, y de las que derivaban del clima cultural del lugar —de la obra de V. A. Huber, *Crónica del famoso caballero Cid Ruy Díaz* (1844), sólo existía en Chile el ejemplar que pertenecía a Bello y ninguno de la *Primera Crónica General de España*, publicada por primera vez en 1542, en Zamora, por Florián de Ocampo—; en medio de esas limitaciones, repito, nuestro personaje, logra verdaderos aciertos en fechas en que el problema cidiano se presenta como un amasijo de vacilaciones. Y uno de esos aciertos, que alcanza liberándose de Dozy, a quien más que respetar, admira, coincidirá con el que muchos años después, con mayores y mejores elementos de información, expone Menéndez Pidal. El asunto es el que sigue:

El orientalista holandés R. Dozy (dice don Ramón) ha supuesto que Alfonso el Sabio, en odio a la nobleza que lo destronó, tradujo él mismo

el relato árabe de Ben Alcama, poco halagüeño para el Cid, a fin de denigrar así del modo más auténtico posible al representante ideal del noble castellano. No hay suposición más insostenible.

Al referirse al mismo asunto dice Bello:

La circunstanciada relación, que nos dan las mismas Crónicas de las operaciones del Campeador sobre Valencia, y que termina en la conquista de aquellas ciudades (como lo ha demostrado Dozy) una traducción literal del árabe. En ella el Cid no es el ideal de lealtad y caballería, que en lo demás nos presentan las Crónicas, como todas las memorias cristianas, sino un aventurero codicioso, atroz y pérfido.

Y en seguida agrega que Dozy atribuye la traducción de la crónica árabe, cuyo autor según Menéndez Pidal fue Ben Alcama, al rey Alfonso el Sabio. Si Menéndez Pidal, por la vía de la erudición, como lo habían hecho otros, rechaza la atribuida traducción de Alfonso X, Bello, por los cauces de la estilística, arriba a la misma conclusión. Al rechazar la afirmación de Dozy, agrega Bello:

Siento no poder suscribir a una mentalidad tan respetable. Se me hace duro redactarse aquel príncipe unas páginas cuyo estilo es pesado, embrollado...

Dejo a los especialistas en estos temas el trabajo de ahondar la crítica.

En sus *Poesías*, desde las iniciales y endebles como *El Arauco* hasta las de más aquilatados valores, como *La agricultura de la zona tórrida*, hace gala de sus conocimientos históricos. Desde las "húmedas gotas" de su *Venezuela consolada* hasta "Salve, fecunda zona que al sol enamorado circunscribe" de *La agricultura*, ha transcurrido mucho tiempo durante el cual Bello ha enriquecido su espíritu. En la silva aludida, publicada en 1823, inicia la poesía propiamente americana. Pero nos interesa más, en este momento, señalar de qué manera sus poesías revelan la vital preocupación de Bello por lo histórico y por la contemplación nacional. Habrá que esperar varios años para que nuestro Esteban Echeverría infunda a la poesía interés y sabor vernáculo, incorporando a la literatura el desierto auténtico, la pampa, como motivo poético. Algunos años antes, Bello, fija su atención en las cosas de este continente. Sus descripciones no dejan lugar a dudas; el paisaje descrito es inconfundible, no podrá ubicarse arbitrariamente en cualquier lugar: es el paisaje americano, al que se adscribe una historia americana. Su *Alocución a la poesía*, es una verdadera incitación al estudio de lo vernáculo:

tiempo es que dejes ya la culta Europa, / que tu nativa rustiquez desama, / y dirijas el vuelo adonde te abre / el mundo de Colón su grande escena.

El escenario —la geografía— y la escena —la historia—, van de la mano. El poema relata la historia de nuestros fastos y las glorias de nuestros héroes. Un ejemplo grato a nuestra sensibilidad nacional lo dan estos versos:

¿Qué morada te aguarda? ¿qué alta cumbre, / qué prado ameno, / qué
repuesto bosque / harás tu domicilio? ¿en qué felice / playa, estampada
tu sandalia de oro / será primero? ¿dónde el claro río / que de Albión
los héroes vio humillados, / los azules pendones reverbera / de Buenos
Aires...

Y más adelante:

¿De Buenos Aires la gallarda gente / no ves que el premio del valor
te pide?...

En 1850, y redactado para la enseñanza del Instituto Nacional, Bello publicó su *Compendio de la historia de la literatura*. Si se considera el nivel intelectual de aquéllos a quienes la obra iba dirigida, podrá achacarse al autor prolijidad excesiva en su disertación acerca de la historiografía de los países a los cuales pasa revista. Si por otra parte pensáramos que su intención —que no lo era— pudiera haber sido la de presentar un estudio pormenorizado de los autores, cabría afirmar que había quedado corto. Pero en la lectura de la obra de Bello debemos estar advertidos de que nos encontramos en presencia de un soñador. Nos corresponde, entonces, juzgar el valor de su actitud ante la historia en obras en las que, por su naturaleza, son frecuentes las transiciones que impiden contemplar la unidad interior que exige aquella disciplina. Así, con este criterio, corresponde poner de resalto los altos quilates de su vasta cultura histórica. Y cualesquiera fueran los errores que la nueva crítica histórica, provista de materiales y un método que Bello no pudo tener a su alcance, achacara a nuestro personaje, podemos afirmar, con todo, que su *Historia de la literatura* exhibe un prolijo conocimiento de las fuentes, manejadas con discreción y equilibrio. Un ejemplo bastará para mostrar el conocimiento profundo de los autores. Veamos qué dice de Polibio. Sin merecer ocupar este autor el lugar en que lo colocó la historiografía positivista, que llega a los extremos de la hipérbole, no hay duda que pese a sus defectos —y agrandarlos hoy es caer en anacronismo— introduce, pese a lo descuidado de su prosa, serias mejoras metodológicas. Bello al referirse al historiador árcade dice:

Polibio dio a la historia un carácter nuevo, investigando las causas de los grandes hechos que refiere, caracterizando y juzgando a los personajes, e inculcando sanas máximas para la dirección de los negocios públicos. No se cuida mucho de la pureza ni de las gracias del estilo; aspira sólo a instruir; escribe para lectores que piensan. A grandes conocimientos en la milicias y la política, juntaba una exactitud, un amor a la verdad, que no han sido nunca excedidos...

¿Es posible, con tan pocas palabras, caracterizar a un autor en la forma que lo hace Bello? No creo que un hombre culto, que no se dedique a la historia, necesite conocer más que esos rasgos distintivos que definen, aún hasta nuestros días, a Polibio. Ellos son abreviadamente: investigación de los hechos históricos a través de las causas que los originan e intención de educar. Si una crítica su-

perfidial consideró como cosa espúrea la intención educadora de Polibio —pragmatismo, para unos—, un estudio más sereno de las motivaciones de la obra de ese autor —batallas, política y diplomacia— nos lleva a comprender cómo, lo mismo que Tucídides, creyera muy legítimo el utilitarismo en la historia. Y todo esto lo ha percibido el agudo espíritu crítico de Bello.

En el manejo de las fuentes Bello se muestra ágil y hace de su relato un texto vívido y atrayente. Los rígidos esquemas adquieren flexibilidad. No lo satisface el frío registro de autores y obras. Al relacionarlos unos con otros, anima y comunica calor, ampliando en extensión y calando más profundo el saber histórico. Al referirse a Apiano, por ejemplo —de quien afirma, como lo hace la crítica moderna, que “fue un mero compilador”— establece sus conexiones con Montesquieu, de quien dice haber aprovechado mucho del historiador alejandrino.

Lector infatigable de los clásicos, Bello está al tanto de las autoridades más recientes, no siéndole extraño el creador de la crítica moderna, Berthold Georg Niebuhr, a quien cita en apoyo de sus afirmaciones sobre Tito Livio. ¿Hasta qué punto influyó Niebuhr —el fundador, como afirma Fueter, del método de crítica filológica en historia— en Bello?

Nuestro personaje, que no es un doctrinario al servicio de una tesis, que en instante alguno se embandera francamente en ninguna tendencia, que no paga tributo a la moda imperante y que no se pone trabas que le impidan la comprensión del pasado, se muestra acertado en la elección de los maestros. En el caso de Niebuhr, observamos que Bello sigue al sabio profesor de Bonn en todo aquello que encuentra de positivo, y siempre con gran independencia intelectual.

Si bien Louis de Beaufort había demostrado la endeblez de la historiografía como fuente de la historia, y formuló críticas muy severas contra Tito Livio, lo cierto es que fue la obra de Niebuhr la que acabó con la autoridad del historiador paduano. Y en esto Bello sigue al maestro, cuando al tratar un tema tangencial a la historia, el poema heroico, en el caso concreto *La Araucana* de Ercilla, afirma que éste

podía muy bien dar vuelta a su imaginación, sin sublevar contra sí la de sus lectores, y sin desviarse de la fidelidad del historiador mucho más que Tito Livio en los anales de los primeros siglos de Roma.

No parece ser menor la influencia de Niebuhr en lo que se refiere a la respetuosa consideración que mostró Bello por la poesía popular y la epopeya. Y si el primero, como afirma Fueter, bajo la influencia de Herder y del romántico Schelegel, llegó a poner la poesía popular de Roma por encima de la historia, Bello, sin tocar esos extremos, no se arredra en afirmar que “la primera historia fue en verso”.

Dos años después, en 1843, en *El Crepúsculo*, en su estudio *Origen de la epopeya romancesca*, su afirmación no parece tan enfática. Si es cierto que pone el acento al señalar el parentesco entre la historia y la epopeya al decir que

son dos ríos que proceden de una sola fuente y que algún tiempo corrieron en un mismo cauce,

pronto parece alejarse de Niebuhr en la parte que éste, al estimar más las poesías populares de Roma que la misma historia, expresó en forma tajante:

el relato es diferente, pero vale más que la historia pura y simple.

Nuestro personaje, en cambio, con su agudo y penetrante espíritu crítico, ha advertido de qué manera la ignorancia y la superstición hicieron posible que la fábula contaminara a la historia de elementos adventicios y bastardos. Alcanzó a aislar en esos relatos ficticios la parte de noble irracionalidad de la cuota con que algunos poetas contribuían al halago del amor nacional. La serena meditación sobre tema tan seductor le abrió nuevos horizontes. En este sesgo, en forma más intuitiva que razonada, se le reveló la línea divisoria entre la poesía y la historia. Al descubrir esa ingrátida divisoria entre ambas, que se acentúa en el instante en que la ficción, perdiendo la perspectiva histórica, se transforma en el "proceder ordinario del arte", afirma:

La Historia y la poesía dividieron entonces sus dominios; y el registro de los recursos pasados dejó de confundirse con las narrativas y cuentos históricos, en que sólo se procuraba ofrecer un cebo apacible a la imaginación.

Y ya que de influencias románticas hemos hablado, parece propicio este momento para referirnos, aunque de pasada, a la influencia que esa escuela ejerció en Bello. *Los cantos populares* de Herder, cantera explotada por los románticos, y la presencia de Niebuhr en las meditaciones de Bello, aparte otras consideraciones en las que no me atrevo a penetrar, permiten advertir en el polígrafo caraqueño que su clasicismo no era tan ortodoxo como pudo parecer a través de la rápida repulsa a las formas románticas, manifestadas por sus discípulos en la polémica chilena de 1842. El año anterior, al menos, en *El Araucano*, el neoclásico, admirador de Virgilio, ha estampado estas palabras que en el muy medido Bello parecen traspirar irreverencia, mostrando cierto "coqueteo con el romanticismo". Proclama que

nuestro siglo no reconoce ya la autoridad de aquellas leyes convencionales con que se ha querido obligar al ingenio a caminar perpetuamente por los ferrocarriles de la poesía griega y latina. Los vanos esfuerzos que se han hecho después de los días de Tasso para componer epopeyas interesantes, vaciadas en el molde de Homero y de las reglas aristotélicas, han dado a conocer que era ya tiempo de seguir otro rumbo.

Si hay algo que pueda considerarse como piedra de toque para un historiador de las naciones surgidas del tronco hispánico, nada más propicio, se nos ocurre, que el relato que nos ofrece quien estudia la época colonial y las guerras por la independencia. Bello comenzó a escribir sobre temas de esa laya con los mismos y comprensibles retenes que los demás historiadores de su época. Con todo, el escritor primerizo apunta, desde el instante inicial de su obra, diferencias con aquéllos, que llegan a ser sustantivas.

En este momento, como en muchos otros, debemos preguntarnos si Bello era un tímido. Y si sabemos que en su actuación pública en Chile, pareció serlo, corresponde otro interrogante: ¿lo era intelectualmente? Puede que al lector superficial se le ocurra, ante las frecuentes, aunque aparentes, contradicciones, encontrarse en presencia de un autor que no quiere definirse más que a medias. Hay momentos, en efecto, que al vehemente ataque al régimen colonial sigue subitáneo lauro a la España moderna. Pero cuanto más hondo se llega al pensamiento de Bello mejor se aprecia su honradez intelectual. Está lleno de dudas que lo torturan, y no las oculta. No encontramos en su relato la esbeltez de la obra terminada y lograda. Acompañamos al autor en la penosa tarea de ir, sin presuras y sin descanso, perfeccionando su cultura histórica.

No era un tímido. Buscaba el retiro recoleto y le eran indiferentes las auras de la popularidad. No era un genio volandero. *Caute et ordinate*, con orden y con cautela, va formando su vasta erudición y cultura histórica. Su sentido helénico de la proporción, lo armonioso de su obra, puede provocar en el lector cierta sensación de frialdad. Pero bajo esa frialdad palpita una intensa pasión, que cobra calor y color. La pasión por la verdad le hace pasar de un extremo a otro; no es él el culpable si la realidad es contradictoria. Y su tarea dejaría de ser noble si hiciera concesiones que no se ajustaran a esa realidad. Esa es la razón, a mi entender, de sus aparentes fluctuaciones entre el elogio y la censura. No busca el falso y lisonjero equilibrio que dejara a gusto a un público lector al que se desea complacer. Expuso la verdad histórica, según la entendía, sin afeites ni disfraces.

Son muchos los ejemplos que señalan en la obra de Bello estas aparentes mutaciones o contradicciones en sus juicios históricos, y que no deben achacarse a timidez intelectual del autor. Mostrando gran objetividad a la par que gran sensibilidad —que a la postre es la fórmula de Macaulay: imparcialidad pero que de ninguna manera significa indiferencia— en una posición, llamada no del todo correctamente pragmática, elogia lo que considera digno de tal y censura lo que considera vituperable. No descontamos, con todo, la cuota que todo escritor debe pagar, a cuenta de sus propios prejuicios, a preferencias sentimentales y a posiciones políticas que pueden desviar al espíritu más avisado, sin olvidar por otra parte, la coacción del ambiente, a la que no todos pueden sustraerse.

Antes de avanzar en el tema conviene mostrar en qué consistía,

para Bello, el campo o ámbito espacial y temporal del suceder histórico, y dentro de él los asuntos que debían merecer la atención del estudioso. No se detiene en frívolos relatos ni rinde culto a lo episódico. Va en busca de lo típico, y en medio de una sociedad, testigo del alumbramiento burgués chileno, hurga las entrañas del pasado con desdén por lo accidental, tratando de asir aquellos rasgos sustantivos que, con algún ribete universal, permitan explicar y mejorar el presente. Cree en la misión educadora de la historia, cuyas lecciones debe aprovechar el presente, mostrándose en la exposición de estos temas en exceso aforístico. En esto, la posición de Bello es semejante a la de Vicente Fidel López. El historiador nuestro es más tajante aún, cuando afirma que si la historia colonial no sirviera para revelar el desarrollo político de una sociedad que llegó a constituir una nacionalidad vigorosa, no merecía ser estudiada.

Volviendo a Bello, veamos qué dice sobre los temas antes apuntados:

Las costumbres domésticas de una época dada, la fundación de un pueblo, las vicisitudes, los desastres de otro, la historia de nuestra agricultura, de nuestro comercio, de nuestras minas, justa apreciación de ésta o aquella parte de nuestro sistema colonial, pudieran dar asunto a muchas e interesantes indagaciones. Ni es sólo útil la historia por las grandes y comprensivas lecciones de sus resultados sintéticos.

Advertimos en la última frase una reiteración de su concepción utilitaria de la historia y una aceptación, en principio, de una filosofía de la historia, que en otras oportunidades parece desconocer o rechazar, cuando dice, por ejemplo:

el prurito de filosofar es una cosa que va perjudicando mucho a la historia.

Y agrega:

Las especialidades, las épocas, los lugares, los individuos tienen atractivos peculiares, y encierran provechosas lecciones. Si el que resume la vida entera de un pueblo es como el astrónomo que trata las leyes seculares a que se sujetan en sus movimientos las grandes masas, el que nos da la vida de una ciudad, de un hombre, es como el fisiologista [*sic*] o el físico que, en un cuerpo dado, nos hace ver el mecanismo de las agencias materiales que determinan sus formas y movimientos, y le estampan la fisonomía, las actitudes que lo distinguen.

Y delimitado el contorno donde el historiador ejercerá su oficio como investigador, deberá exponer el fruto de su esfuerzo con:

la vivacidad, el frescor, el movimiento dramático, sin los cuales los trabajos históricos no son más que generalizaciones abstractas o apuntes descoloridos.

José Victorino Lastarria, uno de sus más brillantes discípulos, en 1842 leyó un discurso en la sesión inaugural de la *Sociedad literaria*, que constituyó, según afirma Jobet, el punto de partida del movimiento intelectual chileno. En ese discurso Lastarria permitía vislumbrar los perfiles del escritor político y social y del reformador

que llegó a conmover las estructuras de su país montadas sobre la base de la oligarquía conservadora organizada por Diego Portales. Como dice Ricardo Donoso, en *Las ideas políticas en Chile*, Lastarria “pertenece a la generación que iba a realizar en el campo político el ideal proclamado por la revolución”.

En 1844 Lastarria leyó ante la Universidad santiaguina su estudio: *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*. Esto dio tema a Bello para un brillante comentario que publicó ese mismo año en *El Araucano*.

Así diseñada la personalidad de Lastarria, no es de extrañar pues, que en su escrito exhibiera su franco repudio al régimen colonial español. El comentario de Bello constituye un denso rimerero de ideas que merecen un estudio prolijo. En definitiva, ¿cuál fue la posición adoptada por Bello en el estudio de la colonización española?

Con motivo de la *Colección de los viajes y descubrimientos...* publicada en Madrid por Martín Fernández de Navarrete, en 1825, Bello insertó en el *Repertorio Americano*, en 1827, un comentario sobre la obra citada. “Hierve en patriótica indignación el señor Navarrete —dice Bello— contra los escritores que acriminan la conquista.”

Y en otra parte:

El candor con que el señor Navarrete ensalza las benévolas intenciones de los reyes y las *sabias y bien entendidas* disposiciones del código de Indias, no puede producir otro efecto en nosotros que el de hacernos comparecer a los que piensan que puede ser prácticamente útil y benéfico un cuerpo de leyes cuya ejecución tiene por única garantía la autoridad de jefes y jueces absolutos.

Bello cree en los excesos cometidos durante la colonia, opina que sus códigos y leyes no fueron excelentes; con todo, afirma:

No tenemos la mayor inclinación a vituperar la conquista. Atroz o no atroz, a ella debemos el origen de nuestros derechos y de nuestra existencia y mediante ella vino a nuestro suelo aquella parte de la civilización europea que pudo pasar por el tamiz de las preocupaciones y la tiranía de España.

Pero es, en ocasión del aludido comentario a la *Memoria* de Lastarria, cuando Bello muestra su posición definitiva. Dice:

Exceptuando alguna frase que pertenece más bien a la exaltación oratoria que a la templanza histórica, no vemos que haya mucho fundamento para calificar de intempestiva y apasionada la exposición que se nos hace de la crueldad de los conquistadores. Es un deber de la historia contar los hechos como fueron, y no debemos paliarlos, porque no parezcan hermosos a la memoria de los fundadores de Chile.

Después de este juicio tajante vienen otros que dieron pie a algunos autores para considerarlo contenido, confuso, contradictorio; más elegantemente ecléctico. Pasando por sobre las fértiles truculencias de los que vituperaban el régimen español, que Bello en cierta medida acepta, vierte otras afirmaciones, que hacen pensar que

nuestro autor quiere colocarse —como opina Pedro Lira Urquieta— en una posición equidistante de la llamada “leyenda negra” y de la “leyenda blanca”. No creemos que las palabras de Bello, que siguen, confirmen tal tesis:

La injusticia, la atrocidad, la perfidia en la guerra, no han sido de los españoles solos, sino de todas las razas, de todos los siglos; y si aún entre naciones cristianas y afines, y en tiempo de civilización y cultura, ha tomado y toma todavía la guerra este carácter de salvaje y desalmada crueldad, ¿qué tienen de extraño las carniceras batallas y las duras consecuencias de la victoria entre pueblos en que las costumbres, la religión, el idioma, la fisonomía, el color, todo era diverso, todo repugnante y hostil?

No hay duda que estas palabras de Bello pueden parecer dictadas por la intención de cohonestar los excesos españoles, como si los cometidos por otros pudieran justificar los propios. Pero pensamos que no eran tales sus propósitos; frente al antiespañolismo delirante de algunos escritores americanos que seguían ingenuamente los interesados pasos de ciertos europeos, la obra de Bello parece ser el fruto de un ponderado balance, del que surge un saldo netamente positivo. Además, y pese a que se le puedan achacar serias deficiencias en la interpretación de los hechos, enseña a pensar con sentido histórico y juzga los sucesos a la luz de la época en que tuvieron lugar. Por lo pronto no presenta el fenómeno español desgajado del universal de la época y de los sentimientos inherentes a la naturaleza humana del momento que enfoca:

No acusamos a ninguna nación, sino a la naturaleza del hombre.

Su cultura histórica y su larga experiencia política, aunando el pasado con el presente, lo llenaban en este punto de escepticismo, y si una fe inquebrantable lo acompañaba y lo convencía del progreso cultural y científico de los pueblos, en cuya tarea no cesaba, no creía, en cambio, que aún, en el momento que escribía, hubiese mejorado la suerte de las naciones oprimidas. Y si esto ocurre se debe a los países colonizadores que, en su expansión imperialista, han cambiado de táctica:

Los horrores de la guerra se han mitigado en parte; pero no porque se respete más la humanidad, sino porque se calculan mejor los intereses... Sería demencia esclavizar a los vencidos, si se gana más con hacerlos tributarios y alimentadores forzados de la industria del vencedor.

Mientras Lastarria con cautela, y otros escritores sin ella, creían candorosamente, sin observar o comprender la realidad política y social americana, que el tránsito de la colonia a la emancipación había cortado de un solo tajo la continuidad histórica del mismo modo que se corta un trozo de papel, Bello demuestra con claridad que el proceso iniciado con la conquista está inserto en las costumbres e instituciones de los nuevos países. Los ingredientes que vitalizaron las viejas instituciones —ya eran viejas en España cuando

llegaron aquí—, persisten, prietamente trincados, en las nuevas entidades nacionales.

Arrancóse el cetro al monarca, pero no al espíritu español: nuestros congresos obedecen sin sentirlo a inspiraciones góticas; la España se ha encastillado en nuestro foro; las ordenanzas administrativas de los Carlos y Felipes son leyes patrias; hasta nuestros guerreros adheridos a un fuero especial que está en pugna con el principio de la igualdad ante la ley, piedra angular de los gobiernos libres, revelan el dominio de las ideas de esa misma España, cuyas banderas hollaron.

En lo que concierne a los elementos constitutivos de la sociedad, Bello muestra, a través de ciertos rasgos, tal vez en exceso subjetivos, la línea histórica que iniciada en los albores de la colonia se prolonga en nuestra vida nacional. Dice:

Sentimos mucha repugnancia para convenir en que el pueblo de Chile (y lo mismo decimos de los otros pueblos hispano-americanos) se hallase tan *profundamente envilecido*, reducido a una tan *completa anonadación*, tan destituido *de toda virtud social* como suponen el señor Lastarria. La revolución hispano-americana contradice sus asertos. Jamás un pueblo profundamente envilecido, completamente anonadado, desnudo de todo sentimiento virtuoso, ha sido capaz de ejecutar los grandes hechos que ilustraron las campañas de los patriotas, los actos heroicos de abnegación, los sacrificios de todo género en que Chile y otras secciones americanas conquistaron su emancipación política. Y el que observe con ojos filológicos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ello es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España.

Lo mismo que se habían heredado virtudes que el alma española había plasmado en la vida colonial, así también habíamos arrastrado los vicios engendrados por el conquistador. Producida la emancipación en nombre de la libertad, más proclamada que sentida, ésta siguió siendo una palabra, pero deliberadamente confusa. Nada más cierto que aquello de que los pueblos hispanoamericanos no serían libres hasta que no se desprendieran de sus libertadores. Viejas oligarquías criollas, amasadas al abrigo del régimen colonial, fueron las más porfiadas enemigas de libertad de sus paisanos y temieron más a los auténticos revolucionarios que a los, para ellos, complacientes funcionarios de la colonia. Es verdaderamente dramático el instante en que Juan José Castelli, por citar un solo caso, pero muy elocuente, se ve enfrentado con la sociedad potosina, que se opone al alistamiento de los indios en el "ejército libertador" como pretendía el tribuno porteño. Y esa oligarquía, que bregaba por la emancipación pues aspiraba al disfrute, para sí sola, de las granjerías del monopolio que compartía con las rancias familias españolas, optó por el desastre frente a los realistas antes que incorporar a los indígenas al ejército, acto que significaba consagrarlos ciudadanos y sacarlos de la mísera condición de explotados. El despotismo se encontraba ínsito en la compleja sociedad colonial. En una escala descendente de innumerables peldaños, hasta en el de los indios, que

parecía ser el último, reinaba el despotismo, pues los ricos, que los había, miraban con recelo la libertad que podía derivar en la pérdida de los tributos a que estaban sometidos sus dependientes.

Es posible que Bello no haya abarcado el cuadro con toda su magnitud; con todo, tuvo atisbos que le permitieron comprender lo esencial:

Para la emancipación política, estaban mucho mejor preparados los americanos, que para la libertad del hogar doméstico. Se efectuaban dos movimientos a un tiempo: el uno espontáneo, el otro imitativo y exótico. El principio extraño producía progresos; el elemento nativo, dictaduras. Nadie amó más sinceramente la libertad que el general Bolívar; pero la naturaleza de las cosas le avasalló como a todos; para la libertad era necesaria la independencia y el campeón de la independencia fue y debió ser un dictador.

En el caso de un publicista ubérrimo, como el de Bello, no es de extrañar que al lado de páginas fruto de un estudio prolijo y examen maduro, que pueden, para su época y lugar, ser consideradas como definitivas, nos encontremos con algunas en las que no se advierte el rigor metodológico habitual. Y nos referimos, volvemos a decirlo, a aquello que concierne, específicamente, a sus preocupaciones por el quehacer histórico. Si llevado de la mano por Herder o sus epígonos, acierta al afirmar, para el caso de Chile, la invariabilidad del carácter nacional, en otras reflexiones sobre la filosofía de la historia se muestra balbuciente. Tan pronto niega el valor de la filosofía, y hasta entiende que perjudica mucho a la historia, como la considera enseguida la coronación de todos los conocimientos. Pero no carguemos las tintas; él mismo nos lo dice: la que se llama filosofía de la historia es una ciencia que está en mantillas.

En un artículo aparecido en *El Araucano*, en 1845, *Modo de escribir la historia*, siguiendo a Víctor Cousin, explaya sus reflexiones sobre la filosofía de la historia.

No nos parece muy ajustada la interpretación del filósofo francés en cuanto éste considera que la historia no es otra cosa que el desarrollo de las ideas. Parece ceñirse más al modelo en la parte que Cousin entiende que un pueblo, o un grande hombre, son las manifestaciones de una idea. Bello, y esto está encerrado en su pensamiento más profundo, se esmera en señalar la diferencia, para él radical, entre la filosofía de la historia general y la de un pueblo concreto particular:

Los trabajos filosóficos de la Europa no nos dan la filosofía de la historia de Chile. Toca a nosotros formarla por el único proceder legítimo, que es el de la inducción sintética. La filosofía de la historia de Europa será siempre para nosotros un modelo, una guía un método; nos allana el camino, pero no nos dispensa de andarlo.

Años después, en 1848, en el mismo periódico publica *Modo de estudiar la historia*. Nos parece advertir la influencia de René de Chateaubriand en su doctrina del color local:

La nación chilena no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo ciertas formas especiales; tan especiales como los montes, valles y ríos de Chile. como sus plantas y animales, como las razas de sus habitantes, como las circunstancias morales y políticas en que nuestra sociedad ha nacido y se desarrolla. ¿Nos dan esas obras la filosofía de la historia de un pueblo. de una época? No olvidemos que el hombre chileno de la independencia, el hombre que sirve de asunto a nuestra historia y a nuestra filosofía peculiar no es el hombre francés, ni el anglo-sajón, ni el normando, ni el godo, ni el árabe. Tiene su espíritu propio, sus facciones propias. sus instintos peculiares.

En los dos artículos anteriores Bello fija posiciones definitivas, que tendrán mucha influencia en la historiografía chilena. Proclama la necesidad imperiosa de estudiar con preferencia la historia vernácula adoptando en su exposición el método narrativo.

Debemos señalar dos fallas en la formación histórica de Bello, aunque no sabemos hasta qué punto no caemos en una actitud anacrónica al achacárselas. Debemos tener siempre presente al estudiar un autor el lugar y el momento en que realizó su obra. Con todo, debemos advertir que Bello, aunque no en todos los casos, prefiere, casi siempre, mostrar la historia de los historiadores y analizar algunos de sus párrafos, dejando a un lado lo más importante que es el estudio de los períodos historiográficos y sus caracteres estilísticos. También se preocupa más en comprender los hechos históricos que en criticarlos.

Creemos que la tarea de mostrar las ideas históricas de Bello podría prolongarse. Ellas se encuentran a todo lo largo de su obra. Con las apuntadas bastan para ubicar al personaje.

¿Qué influencia ejercieron en la intelectualidad chilena? Miguel Luis Amunátegui, en su farragoso aunque utilísimo libro *Vida de don Andrés Bello*, dice que basta leer los nombres de algunos de sus discípulos para comprender la influencia de su enseñanza. Y agrega:

Varios de ellos se cuentan entre los mejores oradores, entre los mejores escritores, entre los mejores profesores que han honrado a nuestro país.

Y si entre los discípulos pueden mencionarse a José Victorino Lastarria, Francisco Bilbao, Manuel Antonio Tocornal, Salvador Sanfuentes, y tantos otros, será fácil comprender la influencia de Bello en los estudios históricos chilenos.

Sin habérselo propuesto, fue el creador de la escuela histórica chilena. En su ancianidad, y ya próximo su fin, pudo divisar en el cielo de su patria de adopción nuevas luces de aurora que él había apresurado con su noble magisterio.

ENRIQUE M. BARBA

LAS RAÍCES DEL PENSAMIENTO GRAMATICAL DE BELLO

Situar el pensamiento gramatical de Andrés Bello dentro del panorama intelectual de su época, rastrear las influencias y señalar las conexiones, no es empresa fácil en el estado actual de la investigación histórica de la gramática.¹ Tampoco contribuye, por cierto, a facilitar la tarea la escasa propensión de Bello a citar otros autores y, menos aún, a identificarlos con precisión en la cita. Ha habido algunos intentos de dilucidar el origen de sus ideas lingüísticas y de determinar las influencias que puedan explicar la peculiar calidad de su gramática. Se reducen, fundamentalmente, a dos: 1) influencia de la gramática comparada y 2) influencia de la filosofía. Este trabajo está destinado a descartar la primera de esas explicaciones, a restringir la segunda a límites más precisos y a sugerir algunas otras ideas que, espero, puedan contribuir a aclarar este punto.

En su *Introducción a los estudios gramaticales de Andrés Bello* (O. C., IV), Amado Alonso no vaciló en afirmar que (pág. XXVI): “Bello debió, sin duda, mucho de su liberación de la gramática general a la recién nacida lingüística histórica”, y que (pág. XXXVII, nota 35): “...como en sus días se había extendido pujante la gramática comparada (de donde Diez acababa de sacar la histórica), Bello con toda clarividencia extiende su discernimiento a ella”.

Ya Guillermo Guitarte ha hecho notar que la hipótesis de Alonso carece de fundamento.² Es así, efectivamente, por las siguientes razones (cada una de ellas suficiente en sí misma):

1) Bello se había “liberado” de la gramática general mucho antes de 1847, año de la publicación de su *Gramática*: el artículo

¹ Las obras de Bello que he utilizado para la redacción de este artículo son las siguientes: *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* (abrev.: *Gramática*); *Estudios gramaticales*; *Estudios filológicos I: Principios de la ortología y métrica de la lengua castellana, y otros escritos*; *Filosofía del entendimiento, y otros escritos filosóficos*. Publicados en los volúmenes IV, V, VI y III respectivamente de las *Obras completas de Andrés Bello*, Caracas, Ediciones del Ministerio de Educación, 1951-55. Citadas de aquí en adelante O. C., indicando a continuación volumen y página. Además *Opúsculos gramaticales* (*Obras completas*, volumen VIII). Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1933. Citada *Op. gr.*

² En “Bosquejo histórico de la filología hispanoamericana”. Programa Interamericano de Lingüística y Enseñanza de Idiomas, *El Simposio de Carta-*

“Gramática castellana” (*O. C.*, V, 173-84), de principios de 1832, no sólo contiene ya todo lo esencial de su pensamiento de gramático, sino que además lo manifiesta —a través de una certera y punzante crítica a la gramática académica— por medio de un severísimo juicio de toda la gramática logicista y latinizante que aún imperaba en su época. Ahora bien, en 1832 la lingüística histórica y comparada tenía apenas quince años de existencia y Diez no había publicado aún su obra (el primer volumen apareció en 1836).³

2) Todavía en 1847, y hasta bastante después, la nueva lingüística, aunque pujante, era una “ciencia alemana”, escasamente difundida en el resto de Europa fuera de los centros de altos estudios y a la cual no podían tener acceso quienes, como Bello, debían valerse de traducciones inglesas o francesas para conocer lo que se escribía en Alemania.⁴

3) El único pasaje de Bello que cita Alonso para ilustrar su afirmación es una frase tomada del Prólogo a la *Gramática* (*O. C.*, IV, XXXVII, nº 35): “una cosa [es] comparar entre sí dos idiomas, y otra considerar un idioma como es en sí mismo”. Pero esta frase debe entenderse como explicación de la que inmediatamente la precede, según indican claramente los dos puntos puestos al final de ésta; el pasaje completo reza así⁵:

Una cosa es la gramática general, y otra la gramática de un idioma dado: una cosa comparar entre sí dos idiomas, y otra considerar un idioma como es en sí mismo.

Lejos de trazar una oposición entre la gramática descriptiva y la histórico-comparada (más de medio siglo *avant la lettre*), lo que hace Bello en el largo párrafo del que está tomado ese pasaje es censurar la práctica corriente, latinizante, de la gramática general, que consistía en aplicar a una lengua “los principios, los términos, las analogías en que se resumen bien o mal las prácticas de otro [idioma]”.⁶

Me ha parecido conveniente insistir sobre este punto para desta-

gena. Agosto de 1963. Informes y Comunicaciones. Bogotá. Instituto Caro y Cuervo, 1965, pág. 241. nota 1.

³ Obra que, por otra parte, si bien fundó la lingüística románica, no “inició” la histórica (la obra de Grimm es de 1819 y la de Pott de 1833), como tan descuidadamente afirmó Alonso.

⁴ Que Bello no sabía alemán se desprende de su obra misma, en la cual no hay nada que permita siquiera sospechar que hubiese leído autores alemanes en su lengua original. Así lo cree también JUAN D. GARCÍA BACCA (*Introducción general a las obras filosóficas de Andrés Bello. O. C.*, III, pág. XXVII). Cf. también M. MENÉNDEZ PELAYO, *Historia de la poesía hispano-americana*. Madrid. 1911, tomo I, pág. 369.

⁵ *O. C.*, IV, pág. 6.

⁶ Que el pasaje de Bello que cita Alonso no es susceptible de la interpretación que éste le da lo observó también Guitarte. *loc. cit.*

car el hecho de que Bello, ni por su formación, ni por sus actividades e intereses, se incorporó nunca a la corriente lingüística dominante en su época. Su actividad de gramático es totalmente marginal a ella.

Este hecho no debe extrañar, ni ser considerado tampoco necesariamente una desventaja: la gran mayoría de las gramáticas descriptivas del siglo XIX son ajenas al comparatismo. Ya Bloomfield observó esa doble vertiente de la lingüística del siglo pasado y el hecho de que ambas fueron —aun sin ignorarse— independientes una de la otra.⁷ Junto al vasto y vigoroso movimiento histórico comparatista, la segunda corriente (que no ha sido estudiada hasta ahora) tuvo carácter marginal e influyó poco. Sus cultivadores, salvo excepciones, no fueron compartistas (ni siquiera lo fue Whitney). El distinto enfoque de los fenómenos gramaticales por parte de uno y otro grupo se observa fácilmente comparando dos tratados tan cercanos en el tiempo como los de H. Paul⁸, a quien le interesan exclusivamente desde el punto de vista histórico, y G. von der Gabelentz⁹, en cuyo tratado la parte histórica y comparativa ocupa un lugar bien modesto: el primero es el gran teórico de la lingüística “oficial” del siglo XIX; la obra del segundo anticipa el interés sincrónico por la lengua del período siguiente.¹⁰ En las historias de la lingüística, como la de Thomsen, no suele estar citado von der Gabelentz (y tampoco la están Steinthal-Masteli y Friedrich Müller): la historia de la lingüística del siglo XIX es únicamente la historia de la lingüística histórica.

Sólo al acabar el primer cuarto de este siglo llegan a coincidir las dos corrientes, con Vendryes (1914-23), Sapir (1921), Jespersen (1922) y Hjelmslev (1928): en todos ellos, formados dentro de la corriente histórica, hay no sólo conocimiento, sino también valoración, de las obras de carácter descriptivo del siglo anterior y de la de Boas de 1911. Por lo demás esta última, y las inmediatamente subsiguientes de Bloomfield y Sapir, son las primeras gramáticas descriptivas que se incorporan a la corriente lingüística dominante (cuando ésta ha pasado a ser, después de Saussure, sincrónica en lugar de histórica).

Puede decirse que Bello pertenece a la corriente lingüística sincrónica del siglo XIX. Pero únicamente por el extraordinario valor descriptivo de su *Gramática*, no porque la conociera directa ni indirectamente. No es en ella, pues, ni tampoco en el comparatismo, donde han de buscarse las raíces de su pensamiento gramatical.

Para Guitarte, “el sorprendente valor de su *Gramática* se debe menos al nivel alcanzado por los estudios gramaticales de su época —como los de Salvá o Puigblanch— que a su formación filosófica,

⁷ *Language*. New York, H. Holt & Co., 1933, págs. 17-20.

⁸ *Prinzipien der Sprachgeschichte*. Halle, 1880.

⁹ *Die Sprachwissenschaft*. Leipzig, 1891.

¹⁰ Un problema interesante de historia de la lingüística, no investigado todavía, es el de saber si Saussure conocía a v. der Gabelentz —el gran olvidado del siglo XIX—, o si fue independiente de él.

que le permitió calar tan hondo en la naturaleza del lenguaje y liberarlo de las limitaciones de la tradición gramatical coetánea. [...] Si se quiere buscar el trasfondo de su *Gramática* [...] hay que acudir [...] a su *Filosofía del entendimiento*".¹¹

Guitarte parece apoyarse en J. D. García Bacca, quien cree posible "atribuir fundadamente la predilección de Bello por el estudio objetivo del lenguaje, de la gramática en sus estructuras... a influencias de la lógica escotista [y de "la dirección nominalista de Ockam"¹²] recibidas ya en la Universidad".¹³

En otro lugar¹⁴ García Bacca ha ampliado y elaborado esta idea, acabando por diluir el pensamiento gramatical de Bello en la totalidad de su pensamiento lógico y filosófico, poniendo a su gramática bajo el influjo directo de "la lógica positivista, *concreta*, de la escuela inglesa".¹⁵ Reconoce el hecho de que Bello no confundió estructura lógica y estructura gramatical, pero supone que ambas están enfocadas desde el mismo plano, sin distinguir propiamente los principios gramaticales de Bello de aquellos a que adhirió en lógica y filosofía. Esta opinión no ha sido, según creo, disputada hasta ahora.

En un sentido muy amplio, según veremos, García Bacca tiene razón. Había en Bello un marcado interés filosófico por el lenguaje, que corría paralelo a su interés por las cuestiones lógicas, de tendencia positivista, y estaba, incluso, estrechamente confundido con él. Pero no me parece lícito deducir de ello la conclusión a que llega García Bacca respecto de la *Gramática* cuando dice que "son tales ideas filosóficas las que le guiarán en su redacción"¹⁶, y que fue partiendo de concepciones positivistas cómo Bello pasó al problema del lenguaje "y después al de la contextura de una *gramática universal*".¹⁷ García Bacca aduce como prueba las siguientes palabras de Bello¹⁸:

Obedecen, sin duda, los signos del pensamiento a ciertas leyes generales, que derivadas de aquellas a que está sujeto el pensamiento mismo, dominan a todas las lenguas y constituyen una gramática universal. (Prólogo a la *Gramática*).

Ahora bien, como se ve tanto por este pasaje como por otros, lo que entiende Bello por gramática universal no es más que una noción vaga, que nunca se detiene a elaborar ni precisar. Aun más, repetidas veces se encuentra en sus obras gramaticales el rechazo explícito del concepto de una gramática universal válida para todas

¹¹ O. C., pág. 241.

¹² O. C., III, pág. XIX.

¹³ O. C., III, pág. XXI.

¹⁴ "Filosofía de la gramática y gramática universal según Andrés Bello", *Revista Nacional de Cultura*, 65 (1947), págs. 7-31; abrev.: *Filosofía*.

¹⁵ *Filosofía*, pág. 16.

¹⁶ *Filosofía*, pág. 8.

¹⁷ *Filosofía*, pág. 8.

¹⁸ O. C., IV, pág. 7.

las lenguas. Veamos, en primer término, en las frases inmediatamente posteriores a las citadas por García Bacca, a qué se reduce para Bello la “contextura de una gramática universal”: a que el razonamiento se exprese en oraciones, a que éstas consten de sujeto y predicado, y a que haya sustantivos que indiquen objetos, verbos que señalen predicados y otras palabras que los modifiquen y determinen, de modo que con un número finito de ellas sea posible designar todos los objetos y todos los predicados posibles¹⁹:

Si exceptuamos esta armazón fundamental de las lenguas no veo nada que estemos obligados a reconocer como ley universal de que a ninguna sea dado eximirse.

García Bacca atribuye a Bello, no sólo el plan general de una gramática universal, sino también una filosofía de la gramática e incluso —parece— algo así como la idea de una “gramática lógica pura”.²⁰ Creo yo que la formación lógica y filosófica de García Bacca le ha impedido deslindar aquellas facetas del pensamiento de Bello que sólo es posible analizar y valorar adecuadamente desde una perspectiva lingüística: científica, más bien que filosófica. La mejor ponderación de Bello como gramático —sin entrar a discutirlo en cuanto a filósofo— no está en aproximarle a Husserl o Carnap, que se adscriben a una corriente *no lingüística* de la problemática del lenguaje; no está tampoco en buscar lo que pueda parecer, *en su gramática*, paralelo a esquemas o nociones de sintaxis *lógica*. Si así fuera, su obra gramatical podría ser importante para la historia de la lógica moderna, pero no tendría ya lugar en la lingüística, ni mucho menos sería aprovechable *en cuanto gramática*. Si la obra de Bello se hubiese inspirado en una “filosofía de la gramática” estaría hoy, casi con seguridad, irremediab'emente envejecida, como lo están todas las “filosofías del lenguaje” del siglo XIX. Toda la teoría, genuina y enteramente lingüística, de la gramática de Bello puede considerarse resumida en los siguientes pasajes del Prólogo a la *Gramática*²¹:

El habla de un pueblo es un sistema artificial de signos, que bajo muchos respectos se diferencia de los otros sistemas de la misma especie: de que se sigue que cada lengua tiene su teoría particular, su gramática. Pero cuando digo *teoría* no se crea que trato de especulaciones metafísicas. El señor Salvá reprueba con razón aquellas abstracciones ideológicas que, como las de un autor que cita, se alegan para legitimar lo que el uso proscribiera. Yo huyo de ellas, no sólo cuando contradicen al uso, sino cuando se remontan sobre la mera práctica del lenguaje. La filosofía de la gramática la reduciría yo a representar el uso bajo las fórmulas más comprensivas y simples. Fundar estas fórmulas en otros procedimientos intelectuales que los que real y verdaderamente guían al uso, es un lujo que la gramática no ha menester. Pero los procedimientos intelectuales que real y verdaderamente le guían, o en otros términos, el

¹⁹ O. C., IV, pág. 7.

²⁰ *Filosofía*, especialmente págs. 7, 9, 15 y 20.

²¹ O. C., IV, págs. 5-6; O. C., IV, pág. 9; O. C., págs. 7-8, respectivamente.

valor preciso de las inflexiones y las combinaciones de las palabras, es un objeto necesario de averiguación; y la gramática que lo pase por alto no desempeñará cumplidamente su oficio. Como el diccionario da el significado de las raíces, a la gramática incumbe exponer el valor de las inflexiones y combinaciones, y no sólo el natural y primitivo, sino el secundario y el metafórico, siempre que hayan entrado en el uso general de la lengua. Este es el campo que privativamente deben abrazar las especulaciones gramaticales, y al mismo tiempo el límite que las circunscribe.

En el lenguaje lo convencional y arbitrario abraza mucho más de lo que comunmente se piensa. ...para mí la sola [autoridad] irrecusable en lo tocante a una lengua es la lengua misma. Yo no me creo autorizado para dividir lo que ella constantemente une, ni para identificar lo que ella distingue. No miro las analogías de otros idiomas sino como pruebas accesorias. Acepto las prácticas como la lengua las presenta; sin imaginarias alipsis, sin otras explicaciones que las que se reducen a ilustrar el uso por el uso.

Tan lejos está Bello de la idea de una "gramática pura", que todavía en sus últimos años (en su póstuma *Gramática castellana*, última obra de carácter gramatical que compuso) la sigue concibiendo como ²²

el arte de hablarla correctamente, esto es, del modo que la gente instruida la habla.

Tanto son prácticos los objetivos de su *Gramática*, que se cree en la obligación de justificar el haberlos relegado a un segundo plano ²³:

Desentrañar el mecanismo de la lengua algo más allá de lo que puede ser necesario para la práctica, no es materia que deba considerarse como ajena de la Gramática. (Nota XI de la *Gramática*.)

Después de leer los pasajes citados, no es posible pensar que Bello se haya dedicado en su *Gramática* "a experimentar las teorías en un caso real". ²⁴ Se trata, por el contrario, de una obra fundamentalmente empírica, cuya redacción le fue dictada por el deseo de escribir la norma *standard* del español de su época en forma más satisfactoria que como la encontraba descrita en los tratados y manuales que manejó, por su insatisfacción con las teorías subyacentes a tales obras y por el afán de dotar a los hispanoamericanos de una obra que contribuyese a impedir (así lo creía) el desmembramiento de la lengua. En el Prólogo a su *Gramática* encuentro testimonios más que suficientes de que tales fueron los motivos que lo llevaron 1) a componer su gramática y 2) a apartarse en muchos puntos de sus predecesores ²⁵:

Aunque en esta Gramática hubiese deseado no desviarme de la nomenclatura y explicaciones usuales, hay puntos en que me ha parecido que

²² O. C., V, pág. 321.

²³ O. C., IV, pág. 378.

²⁴ *Filosofía*, pág. 9.

²⁵ O. C., IV, pág. 5.

las prácticas de la lengua castellana podían representarse de un modo más completo y exacto. [...] Yo creo [...] que el uso no puede exponerse con exactitud y fidelidad sino analizando, desarrollando los principios verdaderos que lo dirigen; que una lógica severa es indispensable requisito de toda enseñanza; y que, en el primer ensayo que el entendimiento hace de sí mismo es en el que más importa no acostumbrarle a pagarse de meras palabras.

García Bacca, que ve en las dos últimas frases “el principio general” con que Bello va a construir su gramática²⁶, las interpreta como confirmación del carácter no empírico de esta gramática. Pero lo único que Bello quiere sostener con ellas es que “las definiciones inadecuadas, las clasificaciones mal hechas, los conceptos falsos” a que se acaba de referir no tienen cabida en una buena gramática. En cuanto a la palabra *lógica*, me parece obvio que está empleada aquí en su acepción de “método”²⁷:

Mal desempeñaría su oficio el gramático que explicando la [lengua] suya se limitara a lo que ella tiene de común con otra, o (todavía peor) que supusiera semejanzas donde no hubiese más que diferencias. [...] ¿Se trata, por ejemplo, de la conjugación del verbo castellano? Es preciso enumerar las formas que toma, y los significados y usos de cada forma, como si no hubiese en el mundo otra lengua que la castellana.

Sea que exagere o no el peligro [de la desintegración del español], él ha sido el principal motivo que me ha inducido a componer esta obra.

Por lo demás, ¿qué autores, escuelas o corrientes de pensamiento filosófico cita el propio Bello en su *Gramática*? ¿De quiénes se reconoce deudor? Ningún filósofo ni lógico es mencionado en el “Prólogo”. En la Nota II resume pasajes de Stuart Mill, pero sólo para hacer una crítica, eminentemente *gramatical*, del razonamiento logicista de Mill.²⁸ Si en la Nota IX cita a Condillac, Destutt de Tracy, García Luna y Balmes, lo hace para defender de las objeciones que se le hicieron, con “autoridades” universalmente acatadas, su tratamiento gramatical del infinitivo; al cual, por cierto, no lo considera inspiración de éstos ni otros filósofos, sino desenvolvimiento de una idea ya enunciada por Prisciano, añadiendo²⁹:

Ni me valgo de sutilezas metafísicas para enunciar este concepto, sino de los hechos, de las prácticas constantes de la lengua.

Lo mismo ocurre con su cita de Destutt de Tracy en la Nota V, para defender su análisis del artículo.³⁰ Sobre sus fuentes, además de la mención de Prisciano³¹, sólo encuentro explícito en toda su obra gramatical lo siguiente³²:

²⁶ *Filosofía*, pág. 9. ,

²⁷ *O. C.*, IV, pág. 6; *O. C.*, IV, pág. 12.

²⁸ *O. C.*, IV, págs. 361-3.

²⁹ *O. C.*, IV, pág. 376.

³⁰ *O. C.*, IV, pág. 366.

³¹ *O. C.*, IV, pág. 8.

³² *O. C.*, IV, pág. 8.

En cuanto a los auxilios de que he procurado aprovecharme, debo citar especialmente las obras de la Academia española y la gramática de don Vicente Salvá. [...] Soy también deudor de algunas ideas al ingenioso y docto don Juan Antonio Puigblanch en las materias filológicas que toca por incidencia en sus Opúsculos. Ni fuera justo olvidar a Garcés.

A lo que cabe agregar la remisión a Clemencín en la Nota VII de la misma.³³

No obstante las declaraciones explícitas de Bello mencionadas al final del párrafo anterior, su teoría y su práctica gramatical están tan por encima de los autores que menciona y del nivel que había alcanzado en su época la gramática general y descriptiva, que no es de extrañar se haya procurado buscar sus orígenes en ramas del conocimiento por entonces mucho más desarrolladas: la lingüística comparada y la filosofía. Hemos visto que el influjo de la primera fue inexistente. Respecto de la segunda, es muy probable que el escotismo y el nominalismo de Ockam, primero, y el empirismo filosófico de la escuela inglesa, después, contribuyeran a desarrollar en él, paralelamente, una lógica y una incipiente filosofía del lenguaje; así parecen indicarlo su *Filosofía del entendimiento* y algunos otros escritos filosóficos (especialmente su crítica a la filosofía de Balmes³⁴). Y es posible asimismo que su interés por el estudio gramatical se haya despertado en el marco de sus estudios filosóficos, a lo menos en tanto sus estudios de lógica debieron aparecérselo, en un primer momento, estrechamente emparentados con sus reflexiones sobre el lenguaje.

Pero así como no creo legítimo suponer —por las razones ya expuestas— que sus ideas filosóficas lo llevaran a plantearse problemas de gramática universal, desembocaran en una filosofía de la gramática ni le inspiraran directamente la redacción de su *Gramática*, así tampoco me parece que Guitarte está en lo cierto al suponer que fue precisamente su formación filosófica la que le permitió “calar tan hondo en la naturaleza del lenguaje”.

Piénsese en qué estado primitivo se hallaba todavía en tiempos de Bello la reflexión filosófica sobre el lenguaje. “*Since the elimination of grammar from philosophy at the beginning of the Renaissance*” —escribe Robert M. W. Dixon³⁵— “*philosophers have been content to talk of ‘names’ or ‘nouns’ (and perhaps of ‘verbs’ as well, on occasion) and leave it there. Locke’s remarks were almost wholly concerned with lexical and simple semantic aspects of ‘names’. But he also devoted three pages to ‘particles’.* [...] *Locke’s systematic treatment of ideas provided the major inspiration for eighteenth-century philosophy.*” Y después de citar a Th. Reid y G. Berkeley dentro de esta corriente, añade³⁶: “*The state of logic,*

³³ O. C., IV, pág. 371.

³⁴ O. C., III, especialmente págs. 626-9.

³⁵ *What Is Language? A New Approach to Linguistic Description*. London, Longmans, 1965, pág. 54.

³⁶ Pág. 56.

and affiliated opinions about language, at the beginning of the nineteenth century, can be exemplified from John Stuart Mill's [...] SYSTEM OF LOGIC". Ahora bien, lo que hallamos en Mill sobre el lenguaje es, en un breve resumen, lo siguiente: distinción entre palabras categoremáticas ("nombres", incluyendo verbos) y sincategoremáticas ("partes de nombres", incluyendo preposiciones y adverbios); varias divisiones de los nombres: generales e individuales, abstractos y concretos, positivos y negativos, relativos y no relativos, y otras; la idea de que las palabras tienen un "significado original"; énfasis en las categorías de "denotación" y "connotación" para explicar el significado; una teoría de la proposición, muy justamente criticada por Bello desde el punto de vista gramatical.³⁷ Hasta ya entrado el siglo XIX, con G. de Humboldt, la investigación filosófica sobre el lenguaje no superó el bajísimo nivel en que se hallaba desde el Renacimiento, ni se independizó de la investigación filosófica de carácter lógico o psicológico de la que era sólo parte. Precisamente en haber superado la superficial filosofía del lenguaje de su época es en lo que reside el principal mérito de Humboldt como lingüista general.³⁸

La filosofía del lenguaje de Bello es bien pobre. Sus ideas generales sobre el lenguaje, tal como se las encuentra sobre todo en su *Filosofía del entendimiento*, representan, desde el punto de vista lingüístico, conceptos y teorías desde hace tiempo arrinconados: nada que sirva para explicar sus luminosos análisis gramaticales. Repárese, por ejemplo, en las siguientes³⁸:

La *proposición* significa un pensamiento en que consideramos un objeto bajo una particular modificación. ("La clasificación de las palabras", artículo póstumo.)

...la abundancia de elementos abstractos de que consta una lengua, se puede mirar como una señal inequívoca del grado de desarrollo intelectual a que ha llegado el pueblo que la habla. (*Filosofía del entendimiento*.)

La historia de las lenguas manifiesta, si no me engaño, que cuanto más se alejan de su origen, tanto menos prevalece el hiato. (*Principios de ortología...*)

³⁷ O. C., IV, págs. 361-3.

³⁸ Es curioso realmente que Amado Alonso haya supuesto en Bello influencias humboldtianas. No porque crea posible que Bello conociera directamente su famoso tratado, que comenzó a aparecer en 1836, sino porque supone que durante su estadía en Caracas treinta años antes (nov. 1799-feb. 1800) el naturalista Alejandro de Humboldt debió exponerle durante sus conversaciones, "en la forma directa y esencial que se tenía que esperar de un tal relator, algo de las ideas lingüísticas de su hermano", quien "por entonces había iniciado sus geniales estudios sobre las lenguas y el lenguaje humano". El hecho de que Bello no mencione jamás a Humboldt lo explica así Alonso: "Es muy probable que, por ser cosas de conversación y no lecturas, el Bello maduro las trascordara hasta el punto de no poder citar ni una palabra de lo conversado en 1800; pero el beneficio de formación personal pudo ser mucho mayor que el debido a las lecturas". (O. C., IV, págs. XXVI-XXVII).

³⁹ O. C., V, pág. 420; O. C., III, pág. 629; O. C., VI, pág. 115; O. C., III, pág. 318; O. C., III, pág. 316; O. C., III, pág. 93, nota 1.

Los hombres pasaron por grados imperceptibles del idioma de la naturaleza al *convencional*, y encontráronse hablando una lengua artificial, sin saberlo... (*Filosofía del entendimiento*.)

...la clasificación nominal de los objetos [es la] base de los sistemas significativos que llamamos *idiomas* o *lenguas*. (*Filosofía del entendimiento*.)

El uso de las lenguas, manifestando la verdadera significación de las palabras, nos lleva a veces al origen de las ideas [...]. En la lengua primitiva hubo una sola forma para los dos giros [*tal* y *cual*]. (*Filosofía del entendimiento*.)

Y, además de estas ideas generales de tan escaso valor, recuérdense también sus disquisiciones sobre los nombres, en la más pura tradición de Locke, sobre la evolución de lo abstracto a lo concreto (en su estudio “Etimologías”, de 1827), sobre los sucesivos pasos en la formación del lenguaje, sobre la relación de semejanza como fundamento último de todos los nombres “comunes”, sobre la metáfora, etc. (todas en *Filosofía del entendimiento* ⁴⁰). No es por tales ideas que Bello ocupa un lugar en la historia de la lingüística; son nociones que se conforman enteramente a la “filosofía del lenguaje” de su época, sin representar ningún progreso sobre ellas. Desde el punto de vista lingüístico, constituyen la parte más envejecida y olvidable de su obra.

No debe extrañar, pues, que esas ideas no se pongan de manifiesto sino muy esporádicamente en las obras propiamente gramaticales de Bello: si lo satisficieron como “filósofo del lenguaje”, le resultaron, en cambio —por fortuna—, inaprovechables para su *Gramática*. Lejos de permitirle “calar hondo en la naturaleza del lenguaje”, la filosofía explica, a mi juicio, sólo lo más superficial y carente de originalidad del pensamiento lingüístico de Bello.

El “sorprendente valor” de la *Gramática* me parece ser el resultado de una compleja combinación de factores, entre los cuales se cuenta efectivamente su formación filosófica, pero en otro sentido de como lo entendieron García Bacca y Guitarte. A esos factores me refiero en los párrafos que siguen.

Afirma García Bacca ⁴¹: “No hay duda de que Bello se inscribió consciente y plenariamente en la dirección de la filosofía *moderna*, que parte de Descartes. Que lo hiciera siguiendo en conjunto la corriente inglesa, empirista, y no la trascendental alemana, no impide su adscripción a la dirección general de la filosofía moderna [...] la *Filosofía del entendimiento* sirve para navegar en la corriente moderna empirista, sin dejarse arrastrar por ella, salvando ideas, sentimientos, preferencias muy propias de nuestro tipo vital y cultural [...]. Bello fue sinceramente, vivientemente, auténticamente moderno, y empirista”.

Ese fundamental empirismo de Bello se une en él, como era natural que ocurriera, a una actitud vivamente “antimetafísica”;

⁴⁰ *Op. Gr.*, págs. 471-2; *o. c.*, III, págs. 318-9, 92-4, 626-7, 260-70, *passim*.

⁴¹ *O. C.*, III, págs. LXXVIII - LXXX.

actitud que ya observó, deplorándola, Menéndez Pelayo.⁴² Entre muchos pasajes de la *Filosofía del entendimiento* que podrían citarse, prefiero elegir como ilustración el siguiente, tomado de su comentario a la *Filosofía fundamental* de Balmes, por su tono levemente irónico y despectivo, poco común en Bello.⁴³:

(Después de reproducir, con aprobación, la severa crítica de Balmes al sistema de Fichte, respecto del cual agrega en nota: “Las algarabías de los escolásticos no llegaron jamás a tanto”): Esta especie de metafísica es a lo que los filósofos alemanes dan el título orgulloso de ciencia trascendental, desde cuya elevada región apenas se dignan de volver los ojos a lo que llaman desdeñosamente *empirismo*.

Ya hemos visto que el mismo desdén por la especulación metafísica preside su pensamiento gramatical, puesto que se manifiesta inequívocamente en conexión directa con la gramática.

No se ha prestado, me parece, suficiente atención a la importancia que tuvo en su formación el estudio científico, en especial el de la física y las ciencias naturales. Lo observó, sí, Menéndez Pelayo⁴⁴: “...el sentido de la realidad concreta, en él muy poderoso, su temprana afición a las ciencias experimentales...”. Bello conocía bien la física de Newton, los trabajos de Cuvier, Linneo y J. Herschel; conocía las teorías de Arago, Fresnel, Kepler y, en general, estaba al corriente de los progresos alcanzados en su tiempo por las ciencias físicas y naturales.⁴⁵ Ahora bien, es precisamente en su posición ante la ciencia donde la dirección empírica del pensamiento de Bello domina en forma más constante y absoluta.⁴⁶ Este me parece ser un rasgo muy importante sobre el cual, a lo que recuerdo, no se ha insistido hasta ahora.

A esa misma actitud de respeto por el dato y de valoración de la observación y del experimento que manifiesta ante el estudio del fenómeno físico, la traslada Bello —lo que es de veras sorprendente para su época— al estudio del fenómeno lingüístico. Creo que esto se desprende sobradamente de pasajes citados más arriba. Cuanto dice en ellos se puede parangonar directamente con la forma en que entendía el empirismo científico⁴⁷:

En las investigaciones físicas el primer paso es la exacta observación de los hechos, atendiendo a todas las circunstancias que pueden influir en ellos. (De la *Filosofía del entendimiento*.)

⁴² “Bello fue filósofo; poco metafísico, ciertamente, y prevenido en demasía contra las que llamaba quimeras ontológicas...” (*Historia de la poesía hispano-americana*. Madrid, 1911, tomo I, pág. 364).

⁴³ *O. C.*, III, págs. 623-4.

⁴⁴ *O. C.*, pág. 365.

⁴⁵ Cf., por ejemplo, *O. C.*, III, págs. 472-84.

⁴⁶ Cf. los capítulos “Del raciocinio en general”, “Del raciocinio en materia de hechos” y “Del método y en especial del que es propio de las investigaciones físicas”, de su libro *Filosofía del entendimiento*. *O. C.*, III, págs. 421-431, 472-511, 512-21.

⁴⁷ *O. C.*, III, 54.

En un enfrentamiento nada fácil con todos los prejuicios y nociones *a priori* que dominaban la gramática en la primera mitad del siglo XIX, Bello se sitúa ante la lengua como un observador “del uso”; al ponerse a observar qué ocurre en esa lengua, llega hasta a poder prescindir de su propia lógica y de sus propias ideas filosóficas sobre el lenguaje y a no admitir más autoridad como guía de su descripción que la “lengua misma”: es decir, el dato empírico. Ello debió suponer un esfuerzo, una disciplina, un rigor y una claridad mentales cuya magnitud cuesta ahora calibrar. Bello no llegó a concebir la gramática como una ciencia (como, por otra parte, la concebía la gramática general) —o, por lo menos, no lo encuentro explícito; sí como *teoría*⁴⁸—, pero su actitud de gramático es, fundamentalmente, una actitud *científica*, antes que filosófica, lógica ni prescriptiva.

Una serie de rasgos de la formación y personalidad de Bello son, pues, los que hay que tener en cuenta para explicar —en parte— esa rareza, entre las gramáticas españolas, que es su *Gramática*: el poderoso “sentido de la realidad concreta”⁴⁹ y el gusto por el estudio minucioso de los hechos, unidos a una marcada desconfianza por la especulación metafísica y “trascendental”; la dirección empírica de su pensamiento filosófico, en cuanto lo llevó a la valoración del empirismo como indispensable al trabajo científico y a su aplicación consciente a la descripción de los hechos lingüísticos.

Pero tales factores no creo que puedan explicar sino *en parte*, repito, la asombrosa calidad de su gramática, su “modernidad” tan en desacuerdo con la época, sus impecables análisis gramaticales. Algo más había en Bello cuyas raíces sería muy difícil, sino imposible, rastrear. “*Grammatical analysis* —escribe Hockett⁵⁰— *is still, to a surprising extent, an art: the best and clearest descriptions of languages are achieved not by investigators who follow some rigid set of rules, but by those who through some accident of life-history have developed a flair for it*”. A mi juicio, Bello es uno de esos raros gramáticos de que habla Hockett, que han surgido en diversas épocas, y cuyo valor pareciera ser independiente del medio y de las ideas sobre el lenguaje predominantes en su tiempo. La explicación pro-

⁴⁸ “...cada lengua tiene su *teoría* particular, su gramática” (*O. C.*, IV, págs. 5-6); “Después de un trabajo tan importante como el de Salvá, lo único que me parecía echarse de menos era una *teoría* que exhibiese el sistema de la lengua en la *generación* y uso de sus inflexiones y en la estructura de sus oraciones”. (*O. C.*, IV, pág. 9). Es difícil saber qué entendía exactamente Bello por *teoría*, en este contexto, sobre todo porque en otras partes se atiende a la definición de la gramática como arte, corriente en su época; sería infundado también hacer hincapié en la palabra *generación* que aquí emplea. Pero no puede dejarse de señalar, de todos modos, que el pasaje citado tiene un gran aire de familiaridad con otros que pueden leerse hoy en las obras más recientes de teoría lingüística. Cf. N. Chomsky, *Syntactic structures*. La Haya, Mouton & Co., 1957, págs. 13 y 49.

⁴⁹ MENÉNDEZ PELAYO. Cf. notas 42 y 44.

⁵⁰ CHARDES F. HOCKETT, *A Course in Modern Linguistics*. New York. Mac-Millan, 1958, pág. 147.

funda y última de su mérito escapa, por consiguiente, al rastreo de influencias y contactos.

La formación filosófica de Bello, sus estudios científicos, su gusto natural por la observación y su amor a los hechos es muy posible que hayan determinado su *actitud* y su *método* ante el hecho lingüístico; pero de ningún modo puede suponerse que le dictaran su *análisis* gramatical. Bello debió poseer además, desarrollada en alto grado, la facultad de *intuir* certeramente "las fórmulas más comprensivas y simples" para describir los usos de la lengua. Su fuerte estriba en haberse sabido colocar ante ésta como un mero observador, con un mínimo de prejuicios; y en haber podido superar el prestigio y la tradición de un sistema de análisis gramatical que no le satisfacía y que no vaciló en rechazar. Creo que, sin temor a exagerar, puede decirse que Bello representa en gramática una posición muy similar a la de Boas en la misma disciplina.

La vigencia actual y los rasgos más característicos del pensamiento gramatical de Bello han sido expuestos, en forma clara y sucinta, por Angel Rosenblat.⁵¹ Pero hasta ahora carecemos de un estudio serio y detallado de sus análisis gramaticales y de la organización y consistencia interna de su *Gramática*; de un estudio que establezca también sus conexiones con la tradición anterior y con los desarrollos posteriores del pensamiento gramatical, particularmente en los países de habla hispana.⁵² No obstante, y sin entrar a exponer los rasgos específicos de su teoría y de su análisis, es posible resumir aquí brevemente las características generales más importantes de Bello como gramático, tal como se desprenden de lo expuesto en los párrafos anteriores y de los pasajes de sus propias obras, citados en ellos.

- 1) Carencia de prejuicios e independencia de criterio.
- 2) Intuición gramatical (sus análisis están a veces equivocados, pero nunca por empleo de criterios no gramaticales).
- 3) Respeto por los datos, rechazo de todo teorizar gramatical que no se apoye en los hechos e idea clara de que la gramática se debe limitar a describirlos y explicarlos: a algunos pasajes arriba citados, puede sumarse el siguiente⁵³:

.. pero en nuestra lengua no lo ha querido así el uso *quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi*. (Nota VII de la *Gramática*.)

- 4) Reacción contra la lógica y el purismo en gramática; ni lenguas lógicas ni tampoco ideales⁵⁴:

⁵¹ *El pensamiento gramatical de Bello*. Caracas, Ediciones del Liceo Andrés Bello, 1961.

⁵² Las ideas gramaticales de Bello siguen esperando todavía un estudio hecho con la amplitud, detalle y documentación con que se ha realizado el estudio de sus ideas ortográficas (A. ROSENBLAT, *Las ideas ortográficas de Bello*, O. C., V, págs. IX - CXXXVIII).

⁵³ O. C., VI, pág. 372.

⁵⁴ O. C., IV, pág. 363; O. C., IV, pág. 11; O. C., V, págs. 187, 189, 193-4.

...el lenguaje ordinario, que es el que debe tener a la vista el gramático. (Nota II de la *Gramática*.)

...no es un purismo supersticioso el que me atrevo a recomendarles [a los americanos]. (Prólogo a la *Gramática*.)

Prohibir absolutamente la introducción de voces y frases [...], sería lo mismo que estereotipar las lenguas, sería sofocar su natural desenvolvimiento. [...] Si es permitida la introducción de vocablos nuevos, convendrá averiguar ante todo qué condiciones los legitiman. La primera es la necesidad o utilidad. [...] cuando se toma una palabra en sentido metafórico de que no haga mención la Academia, la metáfora puede ser inoportuna, puede ser violenta, puede ser de mal gusto, pero no por eso será un neologismo (tomando esta palabra en mal sentido, que es el que ordinariamente le damos); y el haberse usado en otra lengua no hace al caso. (Comentario al *Diccionario de galicismos* de Baralt.)

Las citas de la misma índole podrían multiplicarse.

5) Normativismo limitado —casi siempre— a la idea (en terminología actual) de norma *standard*⁵⁵:

Pero no se trata de establecer una regla cómoda, sino de exponer con fidelidad un hecho. No compete al ortologista decir: *así debe pronunciarse, porque así sería mejor que se pronunciase*; sino *así se pronuncia*, tomando de contado por modelo la pronunciación urbana y culta, que evita como extremos igualmente viciosos la vulgaridad y la afección pedantesca. (*Principios de ortología*...)

6) Enfoque puramente sincrónico (las incursiones en la historia del español son muy esporádicas y siempre en nota) y conocimientos muy deficientes de lingüística histórica (pero idea clara de que el cambio histórico es general en las lenguas).⁵⁶

7) Sentido didáctico (en la práctica⁵⁷, está en la misma línea de la enseñanza “intuitiva” de la gramática que preconizaba Jespersen).⁵⁸

5. Bello era un hombre de inteligencia penetrante y lúcida, que observaba y que sabía observar. No llegó a concebir un sistema ni una teoría gramatical, pero nos dio formulaciones, explicaciones y esquemas que anticipan muchos de los que se manejan actualmente en gramática. Si no tuvo influencia en su época fue, principalmente, porque se adelantó a ella; también —y por la misma razón no influyó después, no es un “precursor”— porque escribió en español en momentos en que los pueblos de habla hispana habían dejado de ser

⁵⁵ O. C., VI. 227.

⁵⁶ Por ejemplo: “Las lenguas no paran nunca; y alterando continuamente en su movimiento las formas de las palabras...” (del artículo “Ortografía”, de 1844), O. C., V, pág. 108.

⁵⁷ Véase, sobre todo, “Norma para los ejercicios de las anteriores lecciones”, cuestionario hallado entre sus papeles y publicado como apéndice a la póstuma *Gramática castellana* en O. C., V, págs. 389-97.

⁵⁸ Cf., por ejemplo, *The Philosophy of Grammar*. London, Allen & Unwin, 1924, págs. 62-3.

(o no habían llegado a ser) protagonistas de la historia política.⁵⁹ Por eso, en el siglo xx, un Sweet, un Böhlingk, pasaron a ocupar solos un lugar en la historia de la gramática que él hubiese podido legítimamente compartir con ellos.

EMMA GREGORES.

⁵⁹ Véase lo que dice a este respecto J. Gaos en su *Introducción a la Filosofía del entendimiento*. México. Fondo de Cultura Económica, 1948, pág. LXXXIV. (Citado por García Bacca, *O. C.*, III, pág. LXXX).

CONTACTOS ENTRE BELLO Y LA ARGENTINA, EN LOS PRIMEROS AÑOS DE LA REVOLUCIÓN

Don Andrés Bello pasó, en los días londinenses, serias dificultades económicas por causa de los conflictos internos, de las luchas por la independencia y los problemas externos padecidos por las naciones americanas a las cuales sirvió sacrificadamente.

Si bien, en principio, llegó a la capital británica, en 1810, como obscuro funcionario de una comisión venezolana, Bello creció en Londres como ciudadano de América. En tal sentido, también las Provincias Unidas del Río de la Plata tuvieron trato con él y, en críticos momentos de su vida londinense, Argentina abrió generosamente las puertas a quien más tarde, desde Chile, debía consagrarse mentor del pensamiento americanista.

Tal carácter ya se perfilaba en la juventud londinense y puede afirmarse, sin temor a dudas, que Bello se sintió y actuó en Londres como ciudadano de América. En su acción de patriota alentó siempre la idea de la unidad continental y en la búsqueda de contactos le orientó primordial sentido americanista, según lo revelan correspondencias y escritos de los años comprendidos entre 1810 y 1828.

Desde el punto de vista material inmediato, cuatro países americanos afectan en diversa medida la vida y el ámbito privado de Bello en dicho período; de un modo u otro, estuvieron presentes en su pensamiento: Venezuela, la cuna, nación de la que recibió el encargo inicial de una comisión frente a la corona inglesa; Argentina, que le ofreció ayuda económica, aunque no llegó a concretarla; Colombia, a la cual sirvió en medio de dificultades derivadas de las relaciones no siempre fluidas con Bolívar, y Chile, que supo atraerle y a cuya formación cultural contribuyó decisivamente, desde 1829 hasta la hora de la muerte.

Bello contaba veintinueve años y bien ganado prestigio intelectual de hombre de estudios cuando fue enviado a Inglaterra por la Junta de Caracas como miembro auxiliar de la comisión que integraban don Luis López Méndez y el coronel Simón Bolívar, encargados de obtener para Venezuela la protección inglesa, pues aquel país, insubordinado contra José Bonaparte, seguía fiel a Fernando VII, y ello lo exponía a presuntas hostilidades de Francia.

La comisión partió el 10 de junio de 1810 en el bergantín

“Wellington” y arribó a Portsmouth el 10 de julio de 1810. Las gestiones no fueron fáciles para los comisionados, tal vez por la precipitación con que obró Bolívar, quien ajeno a las instrucciones recibidas, dejó entrever la personal idea de urgir la independencia venezolana; pero las negociaciones concluyeron en una convención, según la cual Venezuela sería protegida en caso de agresión francesa.

En Londres, Bello trató con Francisco Miranda; éste le dio acceso a su magnífica biblioteca, en la cual el autor de la *Alocución a la poesía* inició el estudio del griego; y cuando Bolívar volvió con Miranda a Venezuela para poner en marcha la revolución libertadora, López Méndez y Bello, que quedaban en Londres, ocuparon la casa del precursor.

El 5 de julio de 1811 Venezuela daba su grito de libertad y Francisco Miranda era señalado como general en jefe del ejército de la república. Debían sucederse, desde entonces, una serie de acontecimientos lamentables para el destino americano y la suerte de Bello.

Mientras tanto, en Londres, Bello trataba con algunos argentinos, enviados con igual propósito por las Provincias Unidas del Río de la Plata, entre los que figuraban Manuel Moreno, y recibía una carta de Bernardino Rivadavia, secretario del Gobierno Supremo, en la cual se le requería colaboración e intercambio de noticias con las nuevas autoridades del Río de la Plata, en estos términos¹:

Buenos Aires, marzo 15 de 1812.

El carácter oficial en que V. se halla en esa corte por parte del Soberano Congreso de Venezuela, y la digna opinión de V., me han obligado a tomarme la libertad de dirigirle esta mi comunicación, esperando se digne aceptarla para honrarme.

La escasez de noticias en que regularmente nos hallamos en este país, acerca de la revolución de Caracas, y toda la costa firme, me pone en el compromiso de incomodar la atención de V. acerca de unas ocurrencias en que tomo el primer interés.

Cualquiera comunicación que tenga V. la bondad de dirigirme a este respecto, será correspondida con un detalle de la de estos pueblos empeñados en una misma causa, y que creo a V. ansioso de tomar una parte.

Tampoco puedo ser indiferente a la conducta que observa el Gabinete de San James relativa a nuestros negocios, que aunque muy descubierta ya, sin embargo espero me participará V. sus ulteriores movimientos respecto de Caracas, que serán unos con lo que dará hacia estos pueblos.

Yo me contemplaré muy feliz si Ud. me honra con alguna ocupación en que pueda serle útil contando siempre con el afecto y consideración que le consagra.

Su obediente servidor.

BERNARDINO RIVADAVIA

Sr. Secretario de la Diputación del Soberano Congreso de Caracas, don Juan Andrés Bello.

¹ El borrador de esta carta se conserva en el Archivo General de la Nación, en Buenos Aires. La reprodujeron Carlos Vivanco en el ensayo “Cartas inéditas de próceres argentinos”, que figura en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia* (vol. XXXIV Nº 84). Quito, julio-diciembre 1954; y Pedro Grases en *Tiempo de Bello en Londres*. Caracas, Ministerio de Educación, 1962.

Los términos de esta correspondencia dejan entrever —por sobre distancias y precarios medios de comunicación— idénticas inquietudes, un intercambio entre el Plata y el Trópico y las ideas de unidad americana y del destino común, derivadas de la unidad colonial del imperio español, según lo insinúan indicios como el del rechazo de las invasiones inglesas por Buenos Aires, celebrado en todos los confines hispanos. Pedro Lira Urqueta, por ejemplo, recuerda en su *Andrés Bello*², de qué modo los sucesos de interés común acercaban las regiones y cómo en el Teatro de Bogotá se llevó a cabo un recordado espectáculo y baile de máscaras “para festejar el triunfo de los habitantes de Buenos Aires”.

Desde 1812, España intenta la recuperación de Venezuela. La causa patriota momentáneamente ve frustrada sus aspiraciones. Luis López Méndez, circunstancialmente trasladado a Liverpool, escribe a Bello el 14 de noviembre de 1814, al enterarse de la caída de la Junta de Gobierno de Venezuela, acerca del desastroso estado de Caracas —terremoto, incendios, guerras, epidemias— y del consiguiente desamparo en que han quedado los comisionados. Anuncia, además, desgracias familiares que han afectado a Bello, la derrota de Miranda, la conducta de Bolívar.

Desolado, Bello pide ayuda al gobierno de Nueva Granada, pero la correspondencia es interceptada por las tropas del general Morillo. Su situación se torna angustiosa; López Méndez y Bello quedan aislados en Inglaterra, sin medios de subsistencia, en difícil situación económica, descolocados frente a las autoridades inglesas. Por otra parte, Bello había contraído enlace en 1814 con Ana María Boyland y el 30 de mayo de 1815 había nacido su hijo Carlos.

En tales contingencias, el enviado argentino ante el ministerio inglés, don Manuel de Sarratea, le procuró alguna ayuda mientras dispuso de fondos. Posteriormente, Bello se dirigirá personalmente al Supremo Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata con el objeto de solicitar se le procuren medios para volver a América, según consta en el documento que transcribo³:

Excmo. Señor:

La Junta establecida en la ciudad de Caracas a consecuencia de la revolución en aquella capital el 19 de abril de 1810, resolvió a poco tiempo de haberse instalado, enviar una Diputación cerca del Gobierno de su Majestad Británica y yo tuve el honor de ser una de las personas sobre que recayó su elección. Traslado a Inglaterra permanecí ocupado en este encargo hasta la ocupación de Caracas por las tropas del Gobierno español, en 1812, y la consecuente subyugación de casi todo el territorio de Venezuela. Separado entonces de mi patria por la distancia inmensa, sin la esperanza de recibir el menor socorro de aquel desgraciado país, y en la necesidad de aguardar a que otro orden de cosas me proporcionase los medios de regresar a él, recurrí al único arbi-

² *Andrés Bello*. México, Fondo de Cultura Económica, 1948, pág. 23.

³ Fue publicado por primera vez por la *Revista del Río de la Plata*. Tomo XII. Buenos Aires, 1876. Lo transcribe Pedro Grases en la obra citada, pág. 49.

trio que me quedaba para subsistir, que era emplear mi industria personal. Cerca de tres años ha que he vivido de esta manera lisonjeándome de que una mutación que no parecía distante, me hiciese posible el volver a América, o el recibir a lo menos los medios de prolongar mi residencia. Pero aunque en efecto se logró recobrar por los patriotas la posesión de Caracas y una parte considerable de Venezuela, la atención del Gobierno, rodeado de gravísimas e incesantes urgencias, la naturaleza misma del Gobierno, su vaga e incierta residencia, y la absoluta destrucción de la agricultura y comercio en Venezuela, de que ha dimanado la ruina de innumerables familias, ha frustrado hasta el día mis esperanzas de recibir auxilios del Gobierno o de mi casa, y condenándome a vivir entre incomodidades y privaciones, que sólo la perspectiva de poder algún día terminarlas, me hubiera hecho en alguna manera soportables.

Mucho a la verdad ha contribuido por algún tiempo a su alivio, el Diputado de esas Provincias Don Manuel de Sarratea, quien instruido de la situación en que me hallaba, me manifestó (lo que habíamos sabido ya por otros conductos) que las intenciones del Gobierno de Buenos Aires, luego de que llegó a su noticia la ocupación de Caracas, habían sido enviar algunos socorros a don Luis López Méndez y a mí; y creía corresponder a sus deseos anticipándose a favorecerme, y haciéndome a nombre del expresado Gobierno la asignación de 150 libras esterlinas al año, la cual empezó a correr en 1 de junio de 1814.

Pero no habiéndole sido posible continuarla, según me ha manifestado a la expiración del año de ella, me he visto otra vez amenazado de sufrir una absoluta indigencia, y en la necesidad de hacer frente a mis empeños con el producto de mis tareas, siempre precario, y en las actuales circunstancias escasísimo.

Con aquel auxilio, y con lo que produjese mi diaria aplicación, contaba permanecer en Inglaterra el limitado tiempo para saber de mi familia y concertar los medios de mi reunión a ella; pero las noticias que poco después se recibieron en Londres de la nueva ocupación de Caracas por las tropas del Rey, dieron otra vez a los negocios de aquellas Provincias un aspecto que me obliga a renunciar a toda esperanza de comunicar con ellas durante algún tiempo; al paso que la suspensión de la anualidad que tan generosamente me había asignado don Manuel de Sarratea no me dejaba medio alguno ni de permanecer aquí ni de trasladarme a otra parte.

Creo pues que los embarazos que me rodean, el estado presente de mi país nativo, la identidad de la causa que se defendía en él y en la parte de América que V. E. manda, los vínculos de fraternidad que unen a los habitantes de ambas regiones y el hallarme yo aquí en consecuencia de un cargo importante, relativo a aquella misma causa, me autorizan de alguna manera a volver los ojos a las Provincias que se mantienen todavía libres, y suplicar a V. E. que en consideración a lo expuesto, tenga la bondad de disponer se me proporcionen los socorros necesarios para mi embarque y traslación a ese país, en inteligencia de que si, para cuando espero recibir contestación de V. E. ha variado el estado de cosas en Caracas lo manifestaré así a la persona de quien haya de recibir los fondos (caso que V. S. se sirva conceder una acogida favorable a esta súplica); a fin de que si me fuere necesario dirigirme a otro punto que Buenos Aires, se dé a los expresados fondos el destino más conforme a las intenciones de ese Gobierno.

De V. E. depende la terminación de un destierro, doblemente penoso para mis sentimientos, por impedirme contribuir con mis débiles fuerzas al servicio de la Patria. Déguese V. E. poner fin a las angustias y estrecheces en que he vivido durante tres años, y concederme la satisfacción de certificarle en persona mi gratitud y profundo respeto.

Dios guarde a V. E. muchos años.

Londres, 3 de agosto de 1815.

Al Supremo Gobierno del Río de la Plata.

Se conserva también la respuesta argentina al pedido de Bello, concebida en los términos a continuación reproducidos ⁴, y los borradores de las instrucciones gubernamentales a don Manuel de Sarratea para dar cumplimiento a lo dispuesto:

Ayer recibió el Supremo Director de esta Provincias del Río de la Plata una comunicación de V. fecha 3 de agosto próximo pasado, en que manifestado la triste situación a que ha quedado reducido por las desgracias que ha sufrido el país de su origen, concluye implorando a S. E. los auxilios necesarios para transportares a estas Provincias donde le será satisfactorio poner en ejercicio sus luces y sentimientos patriótico. En consecuencia me han ordenado contestar a V. como lo verifico, que con esta misma fecha previene al señor don Manuel de Sarratea, Diputado de esta corte (sic) en ese Reino, que le proporcione a V. dichos auxilios para su transporte a estos países donde hallará V. la hospitalidad digna de los distinguidos servicios que ha pretado a la más justa de las causas, y que hacen recomendables los padecimientos de nuestros desgraciados hermanos de Caracas. Con esta ocasión aprovecho la de ofrecer a V. las consideraciones de aprecio y sincera estimación que tendría el placer de acreditar a V. en persona, verificado el caso de trasladarse a estas regiones.

Dios guarde a V. muchos años.

Buenos Aires, noviembre 15 de 1815.

Señor don Andrés Bello. Diputado de Caracas.

He aquí el texto de los borradores de las instrucciones remitidas a Sarratea ⁵:

Don Andrés Bello, diputado de Caracas, me escribe solicitando auxilios para trasladarse a esta Corte, exponiendo la situación lamentable a que ha quedado reducido por la ocupación del país de su procedencia. Así se lo he ofrecido en el oficio que incluyo para que V. lo haga poner en sus manos; y en consecuencia deberá V. auxiliarle en los gastos de su trasp (*orte*), bien será de los fondos que recoja don Manuel Pintos, o de los que V. pueda proporcionarle sobre el crédito de este Gobierno, según se le previno en comunicaciones anteriores. Bien entendido que no teniendo efecto el viaje del referido don Andrés Bello a estas partes, tampoco lo tendrá esta resolución.

Dios guarde, etc.

Noviembre 15 de 1815.

A don Manuel de Sarratea.

El tiempo transcurrido entre carta y carta fue sobrellevado por Bello, según lo manifiesta, por su "industria personal", merced a alguna ayuda del exiliado español José Blanco White, con quien intimó, y de Lady Holland, la que acudió a él gracias a una gestión de Blanco White, ignorada por Bello hasta el momento de recibirla.

El apoyo ofrecido por las Provincias Unidas del Río de la Plata no llegó a ser utilizado por Bello, pues al tiempo de recibir respuesta a su pedido, ya había procurado tarea que le permitía enfrentar los

⁴ Publicada por primera vez por la *Revista del Río de la Plata*. Tomo XII. Buenos Aires, 1876. Reproducción por Miguel Luis Amunátegui en *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile. Impreso por Pedro Ramírez, 1882, pág. 133.

⁵ Se conservan en el Archivo General de la Nación, en Buenos Aires. Sección Gobierno. Año 1815. Los reproduce Pedro Grases en la obra citada, pág. 52.

inminentes problemas económicos; tarea dura consistente nada menos que en pasar en limpio los indescifrables manuscritos de Bentham, el filósofo utilitarista; y por encargo del retórico Blair, en la corrección de una traducción española de la *Biblia*.

Con sacrificados trabajos personales y no pocos pesares —entre los que se incluye la muerte de su mujer, en 1820, que le deja dos hijos— Bello sobrevive en Londres hasta 1822, año en que providencialmente Chile le designó Secretario interino de su Legación en Londres, con asignación de dos mil pesos de sueldo (a razón de cinco pesos por libra), cargo que desempeñó desde junio de dicho año hasta su renuncia, por desacuerdo con el ministro plenipotenciario, don Manuel de Egaña.

El 4 de febrero de 1824, Bello contrae nuevas nupcias con Isabel Dunn y ese mismo año, en noviembre, Colombia le designa secretario de su Legación, tarea que con alternativas diversas —relacionadas con los altibajos de la adhesión que le profesó Bolívar— conservó hasta poco antes de su traslado definitivo a Chile, contratado por el Gobierno de esta Nación, a la que arribó a fines de junio de 1829.

Bello cumplió en Londres verdaderas funciones de mentor para las inquietudes y desconciertos de los comisionados americanos que iban en busca del reconocimiento de la independencia de sus países. Entre los argentinos a quienes trató por entonces, aparte de Manuel Moreno y Manuel de Sarratea, figuran José de San Martín, Carlos María de Alvear, Tomás Guido, Matías Zapiola, Manuel Pinto, Manuel García. Además de sus ocupaciones oficiales en pro de América, a Bello ha de acreditársele el mérito de revelar lo americano en su incipiente a través de *La Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826), publicaciones que si bien efímeras, guardan variado y original material, entre el cual cuentan las clásicas “Silvas americanas” del propio Bello.

RAÚL H. CASTAGNINO

ANDRÉS BELLO, HUMORISTA REPRIMIDO

En oportunidad de conmemorarse el centenario de la muerte de don Andrés Bello, ocurrida en Chile el 15 de octubre de 1865, se evocan en toda América, como es natural, aspectos salientes de su personalidad y obra. En tal sentido, por ejemplo, se recuerdan su temprana ilustración, la amplitud del saber juvenil; se evocan la misión en Londres, las penurias allá padecidas entre 1810 y 1829, la abnegación estoica; se agradece su papel de elemento de conexión entre los representantes americanos que iban en busca del reconocimiento de las naciones nuevas y el gobierno inglés; se vuelven a recorrer las magníficas silvas *A la agricultura de la zona tórrida* y *Alocución a la poesía*, entonces compuestas para servir a América; se compulsan el permanente americanismo; se registra su instalación definitiva en Chile y la fundamental obra de promoción cultural allí cumplida.

Lógicamente, no escapan al recuerdo de exégetas y críticos los libros y trabajos brindados: estudios jurídicos y filosóficos; aportes gramaticales y lingüísticos, a más de los tratados literarios sobre el Cid y la lírica medieval o los ensayos polémicos y estéticos.

No faltan, asimismo, las referencias a la conducta y personalidad de Bello, que lo revelan probo, metódico, perseverante y algo frío; que lo reviven cauto, de gobernados afectos, siempre maestro. Sin embargo, creo que entre el interesante aporte conmemorativo que hasta el presente se ha acumulado, un ángulo de la personalidad de Bello —la condición de humorismo reprimido— no ha sido suficientemente hurgado, sobre todo a través del resquicio que descubren algunas poesías, retenidas por el poeta y después recuperadas por sus discípulos inmediatos.

Bello ha pasado a la posterioridad con la imagen adusta del esforzado forjador de cultura. Rufino Blanco Fombona¹, admirándolo, señalaba que “sólo en sociedades que se construyen —lo que no ocurre cada día— puede un ciudadano ayudar con tal eficaz virtud y con tal múltiple esfuerzo como Bello, en Chile, a levantar el edificio nacional”. Pero Bello no se muestra como constructor dinámico, turbulento, impetuoso; por el contrario: cautela, tacto, pru-

¹ BLANCO FOMBONA, RUFINO: *Grandes escritores de América* (Siglo XIX). Madrid, Renacimiento, 1917.

dencia —en horas en que escaseaban— fueron rasgos permanente de su conducta; rasgos que le impusieron represiones, dominio de sí, aparente frialdad, racional contención, percibidos, aun a través de aspectos íntimos y afectivos, por coetáneos y biógrafos inmediatos. Por ejemplo, Simón Bolívar, en correspondencia privada, habla de “la esquividad de Bello”. Y Bolívar lo trató en la juventud venezolana; le vio actuar en Londres como auxiliar de la diputación que ambos integraban; lo comisionó para que Bello vendiera a firmas inglesas minas de su propiedad; le designó Secretario de la Legación de Colombia, cuando presidió esta nueva Nación.

J. Fernández Madrid, jefe inmediato en la Legación de Colombia, en carta a Bolívar del 6 de noviembre de 1828, refiriéndose a las penurias económicas que soporta Bello y su resignación, dice: “Usted conoce su genio demasiado reservado”.

El poeta José Joaquín de Olmedo, amigo y compadre de Bello, en carta del 2 de julio de 1827, le escribe: “Usted tiene amor propio muy exquisito”. Miguel Luis Anumátegui discípulo chileno, biógrafo y amigo, en varios pasajes de la *Vida de don Andrés Bello*², consigna detalles de tal manera de ser, a través de perfiles de este tenor: “No tenía afición a la política militante. Siempre experimentó una repugnancia invencible para tomar parte en las disensiones civiles” (cap. XVII, pág. 325). “Durante toda su vida empleó la mayor moderación en sus conversaciones y escritos” (cap. XVII, pág. 345). En otro lugar, anota: “Aunque don Andrés Bello tenía un trato grave y serio, adquirido o fortificado durante su larga mansión en Inglaterra se mostraba en extremo atento con todas las personas que se le acercaban, no faltando jamás a las exigencias de la más ceremoniosa cortesía con quiera que fuese... Era además sumamente medido en sus palabras, tanto cuando escribía como cuando hablaba. Conservaba en todas las ocasiones la más irreprochable circunspección diplomática” (cap. XXI, pág. 464).

Al abrir la biografía, Amunátegui anticipaba: “Era naturalmente afectuoso, a pesar de sus apariencias frías y reservadas” (cap. I, pág. 4). Y al cerrar una perspectiva secular, el mejicano Méndez Plancarte, en el prólogo del volumen dedicado a Bello, en la serie *El pensamiento de América*³, lo exaltaré como el equilibrado por excelencia.

Todos los testimonios coinciden en dar de Bello la imagen de un individuo que se controla; que sólo obra a los dictados de la razón; que gobierna arrebatos y pasiones. Todo ello es, indudablemente, resultante temperamental; también, suma de circunstancias pues, a más del temperamento, enemigo de desbordes, han contribuido a tal conducta: la educación enciclopedista y racional de la juventud, su condición de permanente extranjero, desde temprana edad. Y los

² AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS: *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile. Impreso por Pedro G. Ramírez, 1882.

³ *El pensamiento de América*. Tomo VIII, prólogo del Dr. Gabriel Méndez Plancarte. México, Secretaría de Educación Pública, 1943.

dolores y sinsabores que cruzaron por su existencia: prematura muerte de la primera esposa, ocurrida en Londres, hacia 1820; luego, en sucesivas desgracias familiares, la muerte de ocho de sus hijos.

En lo relativo a aquella sensación de extranjería, Miguel Luis Amunátegui, en *Vida de don Andrés Bello*, recuerda el incidente con quien, en Chile, le afrentó como "miserable aventurero", traslucido en doloroso pasaje del poema inédito *El proscrito* (iniciado entre 1844 y 1845, pero no concluido), que dice:

¡Al campo! ¡Al campo! Allí la peregrina
planta que, floreciendo en el destierro,
suspira por su valle o su colina,
simpatiza conmigo; el río, el cerro,
me engaña un breve instante y me alucina;
y no me avisa ingrata voz que yerro,
ni disipando el lisonjero hechizo
oigo a nadie decir: ¡advenedizo!...,

dolor secreto y lacerante, que más de una vez se descubre en el poema, como evidencia aquel otro pasaje donde expresa:

Naturaleza da una madre sola,
y da una sola patria. . En vano, en vano
se adopta nueva tierra; no se enrola
el corazón más que una vez;

y que también se lo halla en documentos privados, como la carta que escribe el 26 de julio de 1839, al peruano Felipe Pardo y Aliaga, donde le manifiesta ⁴

Aquí me tiene usted, ciudadano chileno, por la ley, y padre de hijos chilenos, y empleado hace más de diez años por el gobierno, y... sin embargo de todo eso, tan extranjero como si hubiera acabado de saltar en tierra, en la opinión de casi todos los chilenos...

En otra ocasión, en 1858, Juan Manuel Restrepo, al publicar en Colombia, la *Historia de la Revolución en Colombia*, recogió rumores infamantes, lanzados por un enemigo inesperado de Bello. Este una vez más se contuvo —experiencias semejantes las había padecido en Venezuela y Londres⁵— y no abrió polémica. Pero las huellas de infamias de este tipo se descubren en el poema *La oración por todos* (de 1844), cuando pide a la hija que rece, hasta

⁴ Transcripta por Raúl Silva Castro en *Don Andrés Bello (1781-1865)*. Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1965, pág. 98.

⁵ En 1810, en Caracas, le calumniaron acusándolo de delator del movimiento patriota que debía estallar en abril de dicho año en Venezuela. La infamia queda al descubierto al comprobar que Bolívar y Luis López Méndez —complicados en aquella intentona— eligen a Bello para que los acompañe a Londres como auxiliar de la Diputación que ellos integraron. Amunátegui, al referirse a esta acusación, expresa en la obra ya citada: "Bastaba haberle tratado para poder afirmar que no estaba constituido ni para entrometerse en conspiraciones ni mucho menos para revelarlas. Era naturalmente tranquilo y sobre manera circunspecto y reservado" (cap. VIII, pág. 72).

...por el que en vil libelo
destroza una fama pura,
y en la aleve mordedura
escupe asquerosa hiel...

En relación con las sucesivas y fatales pérdidas de ocho de sus hijos —Bello fue singularmente tierno y afectuoso con los familiares—, también supo reprimir públicamente el profundo dolor, que sin tregua golpeó sus años mayores; y, al respecto, circuló alguna vez la versión de un pretendido misticismo o de iniciaciones esotéricas, en relación con estos sucesos. Pedro Lira Urquieta, en su *Andrés Bello*⁶, recoge referencias de don Manuel Antonio Tocornal, discípulo de Bello, según las cuales, al procurar Tocornal consolarle por una de dichas muertes, “le manifestó don Andrés que esa desgracia y otras análogas ya se las había profetizado el Cristo de Caracas”. Y explicaba Bello “que siendo casi un niño, mientras oraba ante el Cristo del hogar paterno, pidiéndole que le señalara la ruta que debía seguir en la vida, había escuchado una voz estentórea e inconfundible que le predijo su destino glorioso y la espina de su gloria, que iba a ser la temprana muerte de sus hijos. Agregaba que su impresión había sido tan fuerte que cayó desmayado y sin sentido”. Y Lira Urqueta acota: “En un hombre que siempre ocultó pudorosamente su vida interior, es curiosa esta confesión... Bello tuvo siempre alerta la razón, para entregarse a cosas vanas” (op. cit., pág. 33).

Esta permanente autovigilancia contuvo a Bello en el natural deseo de dar a conocer todo cuanto brotaba de su pluma, particularmente cierto tipo de poesías. Amunátegui, en el estudio *Las poesías de don Andrés Bello* con que encabezó la edición oficial chilena del primer tomo de las *Obras completas* del maestro, al referirse al hecho de que Bello destruyó poemas amatorios o jocosos, apunta: “El temor que la publicación de ellas se tuviera por contraria a la seriedad de su carácter y posición, le movió a mantenerlas más guardadas que otras y aun a destruirlas”.

Estos antecedentes y testimonios, permiten conjeturar que Bello ocultó muchos rasgos auténticos de su personalidad tras una especie de máscara usada por conveniencias, pudor o, simplemente, porque la vida se lo exigió.

Aficiones y formación cultural abrían a Bello múltiples derroteros al desarrollo y manifestación de su personalidad. Sin embargo, la vida le fue limitando campos y el cantor del Anauco se inclinó a servir los que las circunstancias reclamaban, a colaborar con los pueblos que las iban creando. Prefirió, así, cerrar el alma a otros escapes no ajenos a sus posibilidades y crearse una apariencia externa cuidadosamente mantenida hasta el fin de sus días.

Bello se mostró maestro, guía, mentor. Y, como poeta, prefirió

⁶ LIRA URQUITEA, PEDRO: *Andrés Bello*, México, Fondo de Cultura Económica, 1948.

acallar los desahogos íntimos, la vivacidad del genio irónico, para proyectar la voz exhortativa y cívica. Enrique Piñeyro, en el ensayo dedicado a Bello en *Hombres y glorias de América*⁷ lo compara con Olmedo y Heredia; y estima que si está por encima de éstos en méritos estéticos, “Olmedo y Heredia le superan por la espontaneidad, el vigor y la variedad de la inspiración lírica, Bello es un admirable poeta didáctico” (pág. 276).

Entre los campos que esa contención de Bello ocultó, es posible intuir el de un latente sentido del humor, de una subterránea ironía, cuya espontaneidad no logró aplastar del todo; una sabia jocosidad, un gracejo natural, que afloran en ciertas poesías, particularmente en algunas de las que el maestro relegó y sus discípulos, entre ellos Miguel Luis Amunátegui, recogieron.

Esa oculta vena de humor, a veces se percibe satírica, otras ingeniosa; cuando emerge, apunta graciosamente contenida. Nace de la observación de los errores y del comportamiento humanos; juega con la esgrima del amor; se burla de los falsos artistas; y curiosamente, en los días postreros del poeta, elige el camino didáctico de la fábula para servir a su pensamiento americanista. Me propongo mostrar algunos ejemplos concretos de tales variantes para canalizar, así, la oportunidad de un posterior estudio exhaustivo del tema.

La disposición jovial ya aparece en un soneto: *Dios me tenga en gloria* (1817-1818), de los días londinenses, de feliz aire epigramático, compuesto al recordar la historia de la falsa noticia de la muerte de Roberto Mac Gregor —legendario escocés conocido como Rob Roy, cuya vida de increíbles peripecias fue novelizada por Walter Scott—, la cual le sirve para ironizar acerca del régimen imperante en España:

Lleno de susto un pobre cabecilla
leyendo estaba en oficial gaceta,
cómo ya no hay lugar que no someta
el poder invencible de Castilla

De insurgentes no queda ni semilla;
a todos destripó la bayoneta,
y el funesto catálogo completa
su propio nombre en letra bastardilla.

De cómo fue batido preso y muerto,
y cómo me le hicieron picadillo,
dos y tres veces repasó la historia;

tanto que, al fin, teniéndolo por cierto
exclamó compungido el pobrecillo:
- ¿Conque es así? —Pues Dios me tenga en gloria.

Otro momento de efusión se escapa en la *Carta escrita en Londres a París por un americano a otro*, compuesta en tercetos y dirigida a José Joaquín de Olmedo, en 1827. Su espíritu, de carácter juguetón,

⁷ PIÑEIRO, ENRIQUE: *Hombres y glorias de América*. Paris, Garnier, 1903.

asocia el afecto a la chanza, según se advierte en desplantes inesperados, como los siguientes:

¡Mal haya ese París tan divertido,
y todas sus famosas fruslerías
que a soledad me tienen reducido!

¡Mal rayo abraza, amén, sus Tullerías
y mala peste en sus teatros haga
sonar, en vez de amores, letanías!

desplantes cuyos apóstrofes dicen que ansía ver a Olmedo, retenido en París por sus obligaciones.

Los temas de los desvíos amorosos rozaron la cuerda humorística de Bello. Entre sus poemarios despuntan rasgos tan sorprendentes como graciosos, donde alternan influencia clásica e ingenio personal, según puede verificarse en el siguiente *Diálogo entre Tirsis y Clori*, presumiblemente compuesto hacia 1849 (según M. A. Caro).

TIRSI. — Quisiera amarte, pero...
CLORI. — ¿Pero qué?
TIRSI. — ¿Quieres que te lo diga?
CLORI. — ¿Por qué no?
TIRSI. — ¿Y si te enojas?
CLORI. — No me enojaré.
TIRSI. — Pues bien, te lo diré.
CLORI. — Acaba, dimeló.
TIRSI. — Quisiera amarte, Clori, pero sé...
CLORI. — ¿Qué sabes, Tirsi?
TIRSI. — Que a otro enamorado
el domingo pasado
juraste eterna fe.
CLORI. — No importa; a ti también la juraré.

Igual espíritu recogen las tres redondillas de *La burla de amor*, compuestas probablemente en los últimos días londinenses:

No dudes, hermosa Elvira,
que eres mi bien, mi tesoro,
que te idolatro y adoro;
. . . porque es la pura mentira.

¡Ah! lo que estoy padeciendo
no puede ser ponderado
pues de puro enamorado,
paso las noches... durmiendo.

Y si tu mirar me avisa
que te ofende mi ternura,
tanto mi dolor me apura
que me echo a morir... de risa.

Las extravagancias y exageraciones de los entusiastas de una posición estética nueva, sea en la literatura o en la vida, fue otro motivo suscitador del buen humor en Bello, aunque, claro está, contenido en límites y maneras, para no caer en sátiras agresivas o

violentas polémicas. Es más, Miguel Luis Amunátegui cuenta en *Vida de don Andrés Bello* cómo la poesía *La Moda* —con toques de feliz sátira— escrita inicialmente para el álbum de la señora Isidora Zejers de Huneens quedó sustituida por el *Diálogo entre la amable Isidora y un poeta del siglo pasado*, porque Bello encontró “que era impropio y pedantesco escribir en el álbum de una dama la crítica de los resabios que, en su concepto, adolecía la poesía moderna de la América Española” (op. cit., cap. XXVI, pág. 608).

La Moda, afortunadamente, fue rescatada por Amunátegui, quien la incluyó entre las poesías inéditas recuperadas en la edición oficial chilena. Toda la composición trasluce manifiesta intención satírica, sin acrimonia, y se ubica en la línea crítica de acentuación de las exageraciones del romanticismo juvenil, como lo hicieron en España Eugenio Tapia, en la conocida poesía en esdrújulos: *El teatro*; o Mesonero Romanos en el divertido artículo “El romanticismo y los románticos”, incluido en *Escenas matritenses*.

El trabajo de Bello es extenso y feliz, razón que lleva a admirar más aún la severa autocrítica y su capacidad de sacrificio. Bastará transcribir apenas unos fragmentos para verificar ambos aspectos así como para captar aquel sentido del humor. En el poema, la figura de *La Moda* advierte al joven poeta que, a pesar de las Musas, sin el apoyo de ella no triunfará:

—Nadie puede sacarte del empeño
en que te ves, sino mi numen solo.
El arte de agradar yo sola enseño.
Ríete de las Musas y de Apolo.
Si aplaudido un poeta en boga está,
y ante los ojos de las damas brilla,
y con el loro, el gato y la perrilla,
divide los honores del sofá,
débelo todo a mí, que, cuando tomo
esta mágica vara, lo más pobre
hago rico, y trasmuto el oro en cobre.
Sea su entendimiento agudo o romo,
tosco o pulido, vista larga o corta,
ingenio estéril o feraz, no importa,
todo aquel que se viste mi librea,
altivo, ufano, espléndido campea.
Y a más de cuatro orates
coronas di tempranas,
que, a despecho de críticos embates,
durarán (no lo afirmo) tres semanas.
Por no cansarte más, yo soy La Moda.

Y al referirse particularmente a la moda romántica, que ha prendido en la juventud americana, incluye esta intencionada sátira paródica:

Uno de mis pupilos,
excelente muchacho,
ha escrito en diversísimos estilos,
composiciones vastas, panteísticas,
escépticas, católicas y místicas,

patrióticas, y báquicas, y eróticas,
 miríficas y exóticas;
 y se propone hacer una leyenda
 en que bonitamente las ensarte
 todas, sin que aparezca en nada el arte
 (que es lo que más a un genio recomienda),
 dando en ella a lectores eruditos,
 que tengan razonables apetitos,
 una merienda monstruo, una merienda
 con variedad de platos estupenda.
 Pues, como digo, en una
 digresión... (cuanto menos oportuna
 mejor); produces de esa
 suerte mayor sorpresa,
 que es en el arte un mérito sublime,
 a que debe aspirar todo el que rime.

El sentido del humor en Bello fluyó también en los juegos de ingenio, casi barrocos, como el de poner en verso una charada, según lo hace en *El tabaco*, donde a través de cincuenta y dos versos en romance, remata este epitafio que resume en certera imagen el destino del tabaco:

“¡Me dio el ser la tierra,
 me da vida el fuego,
 y entre vagos giros,
 en el aire muero!”

La fábula, especie en la cual el humor canaliza didácticamente, también dio a Bello ocasión de manifestar este aspecto de su personalidad, que aquí procuro rescatar. En 1858, llevó a cabo la traducción libre de *La ardilla, el dogo y el zorro*, de Florián; modelo sobre el cual, en 1861, creó *El hombre, el caballo y el toro y Las ovejas*, ambas con moralejas alusivas a las convulsiones que estremecían a las repúblicas americanas. La primera, donde cuenta cómo el caballo herido por un toro, pidió ayuda al hombre y éste, con falsos auxilios, terminó explotándolo inicualemente, concluye así:

Pueblos americanos,
 si jamás olvidáis que sois hermanos,
 y a la patria común, madre querida,
 ensangrentáis en duelo fratricida,
 ¡ah! no invoquéis, por Dios, de gente extraña
 el costoso favor, falaz, precario,
 más de temer que la enemiga saña.
 ¿Ignoráis cuál ha sido su costumbre?
 Demandar por salario
 tributo eterno y dura servidumbre.

En *Las ovejas*, donde el tema también consigna la explotación del hombre por su semejante a través de falacias y artimañas, las ovejas se soliviantan porque los pastores las cuidan y protegen para esquilas, y llegan a vivir al lobo. La moraleja concluye aleccionante:

Mientras que así se queja
la sin ventura oveja
la monda piel fregándose en la grama,
y el vulgo de inocentes baladores
¡vivas los lobos! clama
y *¡mueran los pastores!*,
y en súbito rebato
cunde el pronunciamiento de hato en hato,
el senado ovejuno
¡ah!, dice “todo es uno”

¿Cuál es la moraleja
de esa ficción? quizás pregunte alguno.
América querida, a ti se deja.

Los escapes de humor, ironía o ingenio gracioso en las poesías de Bello —según se verifica en los pocos ejemplos transcritos— cumplen una interesante parábola: en la juventud reflejan, a través de sátiras leves e ingeniosos toques epigramáticos, errores humanos, escauceos de proyección erótica; en la vejez, didácticamente, asumen el carácter de llamados de atención sobre el quehacer literario que se rinde a lo efímero de las modas y paran en coincidencia con lo vertebral de su permanente actitud americanista.

En la polifacética personalidad de Bello, la reprimida cuerda del humor, al parecer tan distante de la imagen externa con la cual se dio a los contemporáneos y a través de la cual trascendió a la posteridad, es una realidad tangible y merece ser recuperada.

RAÚL H. CASTAGNINO

ANDRÉS BELLO, TRADUCTOR DE BYRON

Andrés Bello aprendió el inglés en su juventud “gracias a una gramática, un diccionario y la paciencia” como cuenta Miguel Luis Amunátegui en su *Vida de don Andrés Bello*. En un país donde no se enseñaban idiomas extranjeros en los colegios, la posesión del inglés, como la del francés que también conocía, lo habrá singularizado entre los jóvenes funcionarios de la época. Relata su primer biógrafo que, como Oficial Segundo de la Secretaría de la Gobernación de Venezuela, a menudo debió realizar traducciones tanto para su propia oficina como para otras, y menciona entre las de interés la del artículo llegado de Inglaterra con la noticia de la caída de los Borbones. Explica Amunátegui que en esa ocasión Casás, “como ignoraba el inglés, llamó según costumbre, a Bello”, para que le tradujera los artículos marcados en los periódicos.¹

No se contentó Bello con un aprendizaje del idioma que lo capacitara tan sólo para traducirlo. El futuro gramático no podía permitirse esa debilidad. El deseo de profundizar su conocimiento se pone de manifiesto en la correspondencia mantenida con el inglés Juan Robertson. Sabemos, por carta de este último, que en 1809 le enviaba a Bello diarios, el *Political Register* de William Cobbett y “una de las mejores gramáticas que existen”, y le prometía además un diccionario y otros libros. La correspondencia entre ambos se redactaba en inglés e interesa que Robertson le escribiera en una de sus cartas: “Usted no tendrá dificultad alguna para perfeccionarse en nuestro idioma [...], tanto más cuanto que usted ha realizado ya en su conocimiento grandes progresos”.²

La atracción que ejercieron sobre Bello el idioma inglés y la cultura de Inglaterra se vio estimulada y satisfecha durante su estadía en Londres, ciudad en la que permaneció desde 1810, cuando llegó enviado por su gobierno, hasta que se radicó en Chile en 1829.

Bello vivió en Londres en plena agitación reformista. Se luchaba entonces por la reforma del código penal, por la libertad de prensa, por la reforma parlamentaria. Se realizaban revueltas populares, cruelmente reprimidas. La desdichada reina Carolina era saludada

¹ AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS: *Vida de don Andrés Bello*. Chile, 1882, pág. 32

² Obra citada, págs. 55-56.

como símbolo de los oprimidos, mientras Lord Castlereagh representaba la opresión. Poetas y prosistas —Byron, Shelley, Hunt— escribían y hablaban en defensa de la libertad y hasta sufrían prisión por su actitud, como ocurrió con William Cobbett³, el redactor de aquel *Political Register* que Robertson le enviara a Bello en 1809.

Aunque Bello no alcanzó la gran época de la reforma parlamentaria, llegó a ver sus comienzos. Durante su estadía se redujo el horario de trabajo a los menores y se realizaron adelantos en la educación de los obreros. Vio también cómo se afirmaba la doctrina de Bentham y cómo trabajaban por ella sus discípulos James Mill y su hijo John Stuart Mill. En esos años el gobierno pasó sucesivamente de manos de Castlereagh, símbolo de la opresión según Byron, a las de Canning, Tory liberal, para retornar al sector más reaccionario, que sin embargo aceptó algunas reformas, presionado por la opinión pública.

Además durante los años en que Bello vivió en Inglaterra ya se comenzaba a vislumbrar el poderío que alcanzaría más tarde bajo Victoria. Si bien la Revolución Industrial y las guerras napoleónicas, los cambios en la economía del país, la revisión de opiniones y actitudes, la agitación en pro de la reforma, habían sacudido la tranquilidad y estabilidad características del siglo XVIII, no podían oscurecer la visión de una futura Inglaterra cada vez más firme y poderosa.

Dentro de este ambiente de agitación política y social no se habrá sentido incómodo Bello, cuyo país convulsionado como otros de América, pasaba también por años de cambios y de luchas. Pero en el campo literario, hombre de formación y gusto clasicista, ¿qué pudo encontrar en el país en el que pasó diecinueve años?

Inglaterra presenciaba el apogeo del romanticismo. No se había agotado aún la inspiración de los lakistas, pues William Wordsworth seguía creando, instalado en la región de los lagos, y Samuel T. Coleridge, si bien ya no escribía poesía, echaba las bases de la nueva crítica inglesa e introducía la filosofía alemana en Inglaterra. Walter Scott no dejaba pasar año sin publicar una o dos obras, creando e imponiendo la novela histórica en Europa, y Lord Byron, Shelley y Keats publicaron toda su poesía durante la estadía de Bello en Londres.⁴ Importantes revistas literarias —*Edinburgh Review*, *Quarterly Review*, *Blackwood's Magazine* y otras— orientaban los cuentos y ensayos de Charles Lamb, William Hazlitt y Leigh Hunt. También

³ En 1809 William Cobbett publicó en el *Political Register* un artículo sobre los castigos corporales en el ejército, y el 9 de julio de 1810 fue sentenciado a dos años de prisión en Newgate, desde donde siguió publicando su periódico. En 1810 fue ardiente defensor de la reina Carolina. También Leigh Hunt fue procesado, en 1811, por criticar la disciplina militar y, en 1812, por atacar al príncipe regente. Desde 1813 hasta 1815 estuvo en la cárcel.

⁴ Con excepción de *Hours of Idleness* y de *English Bards and Scotch Reviewers* de Byron, que se publicaron en 1807 y en 1809 respectivamente, antes de la salida de Bello de Venezuela.

escribían entonces Walter Savage Landor y Thomas De Quincey, y entre las mujeres novelistas brillaba Jane Austen.

Fue uno de los períodos más brillantes de la literatura inglesa el que le tocó conocer de cerca a Andrés Bello.

El contacto con la literatura y el pensamiento inglés lo había iniciado Bello en Venezuela, pero en Londres se habrá puesto al día con todo lo de interés que se estaba publicando. Sabemos además que no sólo lo contemporáneo atrajo su atención; volvió sus ojos hacia el siglo XVIII y leyó a Alexander Pope, de quien tradujo algunas líneas, y habrá gustado también poetas como James Thomson⁵, con cuya obra tiene similitud su propia poesía tanto en las descripciones de la naturaleza como en el interés por los adelantos de la ciencia. El siglo XVIII inglés le era por cierto más afín literariamente que el siglo XIX.

Su interés por el derecho lo llevó a realizar estudios a través de los cuales llegó a un conocimiento acabado del "espíritu jurídico, y los procedimientos forenses de los magistrados ingleses y norteamericanos", como refiere Amunátegui.⁶

Pero no sólo por medio de la lectura y el estudio trabó relación Bello con la cultura inglesa. También conoció personalmente a algunos de los hombres representativos de la época; de entre ellos quizá los más interesantes fueran Jeremy Bentham y James Mill. De esta relación dan fe las cartas que Mill le dirigió a Bello y la ayuda que le prestó, en un momento económicamente difícil, encomendándole que descifrara los manuscritos de Bentham, prácticamente ilegibles.

Esta relación directa con Mill, a quien parece haber conocido en una biblioteca, y también la minuciosa lectura de los manuscritos de Bentham pueden haber sido decisivos en el sentido de orientarlo dentro de las teorías utilitarias. Prueba del aprovechamiento de sus enseñanzas la tendríamos en las obras que escribió y hasta en la reforma ortográfica que propició. Pero si bien el mismo Bello menciona a filósofos ingleses que profesan ya las ideas que él sustenta, no los sigue ciegamente, y a menudo se aparta de ellos o los refuta.

Los libros y las revistas ingleses no fueron abandonados por Bello cuando dejó el país, como se deduce de su declaración al presentar

⁵ Parece haber cierta coincidencia en tema y actitud entre los dos neoclásicos con atisbos de románticos. *La agricultura de la zona tórrida*, *A la vacuna* y *A la victoria de Bailén* están en la misma línea de *The Seasons*, *To the Memory of Sir Isaac Newton* y *Rule Britannia* de Thomson. Sabemos que Bello lo conocía porque lo menciona en su artículo intitulado *Juicio sobre las obras poéticas de don Nicasio Alvarez de Cienfuegos*, publicado en *La Biblioteca Americana*, I, Londres, 1823. Al discutir las posibilidades que tiene la poesía filosófica de "interesarnos o divertirnos" dice: "Las obras de Lucrecio, Pope, Thom[p]son, Gray, Goldsmith, Delille, nos hacen creer que sí". Por cierto que Bello se refiere a James Thomson 1700-1748, y no a Guillermo Thompson (1718-1766), que figura en el índice de autores citados en *Obras completas de Andrés Bello*, Caracas, vol, IX, pág. 763.

⁶ Obra citada, pág. 454 .

la *Cosmografía o descripción del Universo conforme a los últimos descubrimientos*, en la que se lee: “Me ha servido principalmente de guía el célebre tratadito astronómico de Sir John Herschel; y la noticia que doy de los últimos descubrimientos hasta el año de 1847, la he tomado del *Foreign Quarterly Review* de Londres”.⁷

Cuando se radica en Chile, a partir de 1829, intensifica su actividad como intermediario entre la cultura europea y la americana. Ya durante su estadía en Londres había contribuido, en *El Repertorio Americano*, con reseñas y comentarios de obras científicas y literarias, algunas de ellas traducidas al español, con la indicación de la necesidad de otras traducciones y con noticias de obras escritas por hispanoamericanos para así dar a conocer la producción literaria del Nuevo Mundo en Europa.⁸

Bello hubiera deseado que se promoviera el aprendizaje de las lenguas vivas entre la juventud chilena⁹, pero debió optar por la traducción como medio más rápido, factible y eficaz para la difusión de la cultura europea en América. En el prospecto que anunciaba la próxima aparición de *El Araucano* —el órgano periodístico que decidió editar el gobierno de Chile—, advertía Bello que su objeto sería “comunicar a Chile toda clase de noticias importantes que pueda adquirir de las demás naciones, y presentar a éstas los datos por donde puedan juzgar del estado de nuestra política, moralidad, instrucción y adelantamiento en todos los ramos...”. Es decir, mantenía Bello la posición adoptada en Londres: América necesitaba de la cultura de Europa, pero también lo americano debía hacerse conocer allá.

En *El Araucano* publicó Bello su versión castellana de artículos sobre gran variedad de materias, aparecidos en revistas francesas, inglesas y norteamericanas.¹⁰

⁷ Obra citada, pág. 547. El tratado de Sir John Herschel al que alude Bello es la *Astronomy*, manual publicado en 1831, después de la salida de Bello de Inglaterra.

⁸ Entre las reseñas de obras en inglés figuran además de la *Gramática inglesa* de José de Urcullo, II, enero de 1827, las de *Cuentos de duendes y aparecidos* traducidos del inglés por José de Urcullo, III, abril de 1827, *El Talismán*, *El Ivanhoe* traducidos al castellano y *Wood tock, or the Cavalier*, Walter Scott, I, octubre de 1826, *The Life of Napoleon Bonaparte* también de Walter Scott, IV, agosto de 1827, *The Last of the Mohicans* del norteamericano James Fenimore Cooper, I, octubre de 1826, y *Clara Harlowe* de Samuel Richardson en traducción al francés, IV, agosto de 1827.

⁹ *Sobre el estudio de la lengua latina*, *El Araucano*, 13 y 20 de agosto y 10 de septiembre de 1831, citado por Amunátegui, pág. 421. En este artículo Bello destruye los argumentos contra el estudio del latín hechos por José Miguel Infante en *El Valdiviano Federal*, y agrega: “Alguna fuerza pudiera hacernos este argumento, si viéramos que, al paso que desaparece de entre nosotros el latín, se cultivaban las lenguas extranjeras; que, en lugar de Virgilio o Quinto Curcio, andaban en manos de los jóvenes Milton, Robertson, Racine o Sismondi...”.

¹⁰ AMUNÁTEGUI, MIGUEL LUIS: “Introducción” a *Obras completas de Bello*, Chile, 1884, vol. VII, pág. CVII: “hasta 1853 todos los artículos literarios o científicos, así originales como traducidos, pertenecen a Bello”. Entre

La frecuente y atinada mención que hace Bello de autores y obras ingleses lo muestran asiduo lector y profundo conocedor de las mismas. Así ocurre cuando comenta las *Meditaciones poéticas* de José Joaquín de Mora como inspiradas en *El sepulcro* de Blair, pero destacando que no se trata de una mera imitación¹¹, o cuando compara las *Leyendas españolas* del mismo Mora con *Beppo* y *Don Juan* de Byron.¹² Al estudiar la poesía filosófica de Álvarez de Cienfuegos trae a colación las obras de Pope, Thomson y Goldsmith, mos-

las traducciones más interesantes figuran: *Lord Byron* por E. Lytton Bulwer, nº 531, 30 de octubre de 1840, y *Biografía de Lord Byron*, por A. F. Villemain, 6 y 27 de enero, 3, 10 y 24 de febrero de 1843.

¹¹ *El Repertorio Americano*, III, Londres, abril de 1827. Robert Blair (1699-1746) logró la fama con *El sepulcro* publicado en 1743. Al otro Blair, Hugh, también lo cita Bello en su *Compendio de la historia de la literatura*, Chile, 1850, Primera Parte: Literatura de Oriente, en *Obras completas*, vol. IX, Caracas, pág. 28: "Blair lo mira a Isaías como el más eminente de todos los poetas líricos y alaba en él a la par que el vuelo encumbrado del pensamiento, la lucidez y simplicidad de la frase". Hugh Blair había publicado sus conferencias en dos volúmenes, *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres*, 1783.

¹² A Byron lo menciona con frecuencia. En su *Juicio sobre las poesías de José María Heredia*, en *El Repertorio Americano*, II, Londres, enero de 1827, dice: "...y domina en sus sentimientos una melancolía, que de cuando en cuando raya en misantrópica, y en que nos parece percibir cierto sabor al genio y estilo de Lord Byron", *Obras completas*, vol. IX, Caracas, págs. 235-236. En el comentario a la segunda edición de las *Poesías* de José Fernández Madrid, en *El Mercurio Chileno*, nº 16, Santiago de Chile, 15 de julio de 1829, encontramos: "El inagotable tema de los modernos poetas liberales, es decir el amor a la libertad, el odio al despotismo, la censura amarga de esa liga infausta de tiranía y fanatismo que oprime y humilla a la Europa, ha suministrado al autor asunto digno de sus inspiraciones. Era difícil que dotado de una imaginación vehemente, de un espíritu cultivado, y sobre todo habiendo respirado esa atmósfera de libertad que cubre a la América entera, resistiese al deseo de señalarse en la carrera en que se han immortalizado Byron, Moore...". (en *Obras completas*, vol. IX, pág. 296). En el comentario a *Leyendas españolas* de José Joaquín de Mora, publicado en *El Araucano*, Santiago de Chile, 27 de noviembre de 1840, leemos: "Ésta es una colección de poesías, digna de la fecunda y bien cortada pluma de su autor, que ha ensayado en ellas un género de composiciones narrativas que nos parece nuevo en castellano, y cuyo tipo presenta bastante afinidad con el de *Beppo* y el *Don Juan* de Byron, por el estilo alternativamente vigoroso y festivo, por las largas digresiones, que interrumpen a cada paso la narración..., y por el desenfado y soltura de la versificación, que parece jugar con las dificultades"; y más adelante: "Las octavas que ponemos a continuación nos ofrecen una buena muestra de esta felicidad idiomática, al mismo tiempo que de las digresiones a la manera de Byron". En el artículo sobre *La Araucana* de Ercella publicado en *El Araucano*, Santiago de Chile, 5 de febrero de 1841: "Walter Scott y Lord Byron han hecho sentir el realce que el espíritu de facción y de secta es capaz de dar a los caracteres morales, y el profundo interés que las perturbaciones del equilibrio social pueden derramar sobre la vida doméstica". Y: "Corneille y Pope pudieran ser representados con tal cual fidelidad en castellano; pero ¿cómo traducir en esta lengua los más bellos pasajes de las tragedias de Shakespeare, o de los poemas de Byron?" (En *Obras completas*, vol. IX, pág. 362). En su artículo sobre *Ensayos literarios y críticos* de Alberto Lista y Aragón, *Revista de Santiago*, I, nº 3, Santiago, junio de 1848: "Pero, aún cuando retrata las costumbres y los accidentes de la vida moderna en el trato social, en la navegación, en la guerra, como lo hace el *Don Juan* de Byron..." (*Obras completas*, vol. IX, pág. 454).

trando que las conoce bien.¹³ Cuando comenta los *Ensayos literarios y críticos* de Alberto Lista y Aragón surge el nombre de Shakespeare y el tema del rey Arturo.¹⁴ Tema este último, como el de los romances que lo tienen como eje, que Bello no se conformó con nombrar al pasar, pues en un extenso ensayo *Romances derivados de las tradiciones británicas y armoricanas*¹⁵ se revela erudito conocedor de los romances medievales y del estado de la crítica en ese momento.¹⁶

Su preocupación por vincular a los pueblos a través de la cultura lo llevó inevitablemente, no sólo a la traducción de obras de carácter informativo y al comentario crítico, sino también a la traducción literaria. Bello tuvo conciencia de la seriedad de esta tarea y en varias ocasiones dio su opinión al respecto, como cuando al corregir una versión española de la *Biblia* a pedido de José María de Fagoaga, hizo algunas consideraciones generales sobre la traducción.

¹³ A Pope no sólo le tradujo algunas líneas sino que lo mencionó varias veces. Al hablar de la aliteración en Ennio en su *Historia de la literatura* agrega: "Los poetas del norte de Europa gustaron mucho de este sonsonete en la Edad Media, aún cuando escribían en versos latinos; y es bien sabido que los ingleses han creído hasta poco ha sazonar con él los chistes y los pensamientos agudos, de lo que nos han dado muestra en la limada versificación de Pope..." (*Obras completas*, vol. IX, pág. 113). En *Juicio sobre las obras poéticas de don Nicasio Álvarez de Cienfuegos*, escribe: "Las obras de Lucrecio, Pope, Thompson, Gray, Goldsmith, Delille nos hacen saber que sí; (si este género es, o no, capaz de interesarnos y divertirnos)" (*Obras completas* vol. IX, pág. 207). Describe el trabajo de Pope como traductor de Homero así: "Se pueden tomar las ideas del padre de la poesía, engalanarlas, verterlas en frases elegantemente construidas, paliar o suprimir sus *inocentadas* (como las llama con bastante propiedad el nuevo traductor de Homero don José Gómez Hermosilla), presentar, en suma, un poema agradable con los materiales homéricos, sin alejarse mucho del original. Esto es lo que hizo Pope en inglés... Pero eso no basta para dar a conocer a Homero", de su estudio de la traducción de la *Iliada* por José Gómez Hermosilla (*Obras completas*, vol. IX, pág. 419).

¹⁴ De Shakespeare dice: "Ni Shakespeare ni Molière interesan por lo que tienen de sus respectivos países, sino por el uso que hacen del fondo común de la naturaleza humana", en *Historia de la literatura* (en *Obras completas*, vol. IX, pág. 118). "Shakespeare y Calderón ensancharon así la esfera del genio, y mostraron que el arte no estaba todo en las obras de Sófocles o de Molière, ni en los preceptos de Aristóteles o de Boileau", en su nota sobre los *Ensayos literarios y críticos* de Lista y Aragón (*Obras completas*, vol. IX, pág. 452).

¹⁵ *Obras completas*, Chile, vol. III, págs. 117-147.

¹⁶ También menciona a Walter Scott, de quien dice, hablando de la Edad Media y sus aspectos característicos: "Walter Scott les dio nueva vida en sus magníficos cuadros en verso y prosa" (*Obras completas*, vol. IX, pág. 454); además de las notas bibliográficas que dedicó a algunas de sus obras. A John Milton lo clasifica, en su *Historia de la literatura*, como a uno de los "poetas y oradores más distinguidos de los tiempos modernos", que "han ido a beber inspiración" en la poesía hebraica (*Obras completas*, vol. IX, pág. 24). De Henry Fielding dice, en su trabajo sobre *Gil Blas*, en *El Araucano*, Santiago de Chile, 19 de febrero de 1841 (*Obras completas*, vol. IX, pág. 365): "Nadie dudará que en cuanto a creación primitiva, el *Gil Blas* de Lesage no puede ponerse en paralelo en *El Expósito* de Fielding o con el *Quijote* de Cervantes, donde no hay cosa alguna que no sea de la propiedad de los respectivos autores, que absolutamente lo sacaron todo de su propio fondo: acción principal, episodios, caracteres, ideas, gusto, estilo, lenguaje".

Bello no sólo impone al traductor “una fidelidad escrupulosa”¹⁷ sino que le exige la conservación del lenguaje y del estilo del autor pues es elemento esencial de la “fisonomía de un escritor”, y afirma que las traducciones que no logren hacerlo, “aunque bajo otros aspectos tuvieran algunas cualidades recomendables carecerían de la primera de todas”. Quiere que el traductor de un poeta nos dé, no sólo “un trasunto de las revelaciones de su alma, de su estilo, de su fisonomía poética”, sino que comprenda que “está obligado a representarnos, cuando aproximadamente pueda, todo lo que caracterice el país, el siglo, el genio particular de su autor”. Más de una vez deja asomar su enojo con el traductor poco consciente de su responsabilidad porque las obras “pierden mucho en las traducciones, ejecutadas por hombres que conocen tan imperfectamente la lengua que traducen, como aquella en que escriben...”.¹⁸

Por cierto no es Bello sólo exigente con el traductor. Sabe las dificultades que debe superar. Conocedor profundo del castellano y del inglés admite “las dificultades no pequeñas que ofrece la diferente índole de las dos lenguas”, y “la superior copia, facilidad y concisión del idioma inglés”.¹⁸ Establece diferencias entre los poetas en cuanto a sus posibilidades de soportar bien una traducción y, si considera posible realizar una versión acertada de Pope, duda del éxito con respecto a Shakespeare y a Byron. Seguridad y duda que debemos recordar al enfrentarnos con sus propias traducciones de Pope y de Byron.

Como tanto americano de su época y aún más tarde, Bello sintió la atracción de Byron. Bien dice Arturo Farinelli que Byron fue “la necesidad de un imperativo de la pasión y de la rebelión, y lo fue hasta en los más dóciles al culto y al respeto de las tradiciones”.²⁰ Es el caso de Bello, escritor de formación neoclásica, cuya poesía se puede emparentar con la del siglo XVIII inglés, y que sin embargo, bien preparado por su americanismo y su propio temperamento para recibir al romanticismo, lo acepta, si bien trata al mismo tiempo de establecer el equilibrio grato a su modalidad.

Bello cita y menciona a Byron, traduce los estudios de Lytton-Bulwer y de Villemain sobre el poeta e intenta la versión castellana de dos de sus obras; da así una prueba más de la fascinación que el poeta inglés ejerció sobre aquella América que hubiera deseado visitar.

Andrés Bello elige dos tragedias de entre la abundante producción de Byron para su labor de traductor. Se trata de *Marino Faliero* y de *Sardanapalus*. Farinelli hace notar en su estudio sobre

¹⁷ Amunátegui, obra citada, pág. 147.

¹⁸ Obra citada, pág. 402.

¹⁹ *Obras completas*, Caracas, vol. IX, pág. 741.

²⁰ FARINELLI, ARTURO: “Byron y el byronismo en la Argentina” (en: *Logos*, Revista de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, año III, nº V, 1944).

Byron en la Argentina²¹ que el eco del teatro byroniano fue débil, pero sin embargo fue precisamente la historia de Marino Faliero la que dio motivo a una obra que presentó Juan de los Santos Casacuberta en 1841 y la que tentó a Bello. ¿Por qué tal predilección? Quizá la explique el que la obra dé expresión artística a un tipo de realidad que se había dado en América y que era aun vivida por muchos países: rebelión, conspiraciones, lucha contra la opresión.

La actitud de Byron hacia el teatro fue clasicista. El mismo menciona con referencia a *Marino Faliero* una "simplicidad dramática estudiadamente griega" y manifiesta su intención de escribir un "drama regular", respetuoso de las unidades. Insiste en que su teatro no está destinado a ser representado sino más bien a la lectura, y lo denomina "teatro mental". Sabemos además que se proponía esencialmente lograr la exactitud histórica dentro de la convención dramática: tal es el caso de *Marino Faliero*, *Sardanapalus*, *The Two Foscari* y *Cain*.

Marino Faliero, puesto bajo la advocación de Horacio a través de la cita: "*Dux inquieti turbidus Adriæ*", es una tragedia en verso blanco bastante libre. A los cinco actos tradicionales Byron antepone un prefacio en el que narra la génesis de la obra y explica cuál fue su intención al escribirla; le agrega, además, notas aclaratorias.

El primer acto, que Bello tradujo parcialmente, consta de dos escenas. En la primera, brevísima, dos oficiales de palacio cumplen con la función de informar al público sobre la situación planteada al Duque Marino Faliero por un patricio que lo ha ofendido al escribir una frase insultante para la Duquesa. El Duque lo ha demandado ante la justicia y espera la decisión de la Señoría de Venecia. En la segunda escena, de mayor extensión, Faliero conoce la sentencia y la juzga insuficiente. Herido como hombre y como autoridad, quiere vengarse de los patricios. A través de un nuevo personaje se entera del descontento que cunde entre el pueblo de Venecia, que conspira contra la Señoría y busca un jefe para su causa. La causa personal y la pública se fusionan para el Duque, y, a propuesta de Bertuccio, acepta encabezar la rebelión.

En el segundo acto, dos diálogos, el primero entre la Duquesa Angiolina y una dama, y el segundo entre la Duquesa y Faliero, nos enteran del amor y estima que sienten el Duque y la Duquesa el uno por el otro. En una breve segunda escena escuchamos al conspirador que se había entrevistado con Faliero, anunciar a otro que la rebelión tendrá jefe esa misma noche. El proceso es el del primer acto: el conflicto personal en la primera parte y luego el público, para terminar con la fusión de ambos en una sola causa.

²¹ Obra citada: "Asombra encontrar sólo un eco muy débil del teatro byroniano en la Argentina [...] sólo por algunos apuntes, un tanto fugaces, de Sarmiento, tengo noticia de un drama *Faliero*, representado por Casacuberta en 1841, y que supongo reproduce la trama y tal vez toda la acción del *Marino Faliero* byroniano...".

El tercer acto, también dividido en dos escenas, está dedicado por entero a la conspiración. La primer escena se desarrolla en un lugar situado entre el canal y la iglesia de San Juan y San Pablo, al pie de la estatua de un antepasado del Duque. En la segunda, éste es presentado al grupo de conspiradores, tal como se había previsto al finalizar el segundo acto, y se toma la decisión de atacar al amanecer.

El cuarto acto se mantiene, como el tercero, en el plano político: primero la delación, por uno de los conspiradores, y luego el arresto del Duque y su sobrino.

En el último acto reaparece el motivo personal, con la llegada de la Duquesa a la sala donde se juzga al Duque. Termina la obra con el ajusticiamiento de Marino Faliero, y los comentarios del pueblo.

Ha sido necesario hacer esta breve presentación de la obra de Byron para mostrar su preocupación por lo formal y cómo trató de organizar su materia dentro de moldes que no se apartaran demasiado de las convenciones clasicistas. Es fácil comprender que este drama atrajera a Bello. No se abandonaba al desenfreno romántico, si bien estaban presentes la pasión por la libertad, el odio a la opresión, un pueblo en armas contra una autoridad arbitraria que no podía respetar.

Byron admite en el prefacio que en un primer momento creyó que el tema de la historia de Marino Faliero podría ser el de los celos. Pronto comprendió que era preferible no recorrer nuevamente el camino de Shakespeare y que convenía acentuar el carácter histórico del relato y dejar surgir de él, naturalmente, los temas de la ambición y la venganza. Ambición de poder en el Duque y en la Señoría. Sed de venganza en el pueblo oprimido, y en el Duque, doblemente, pues como hombre ha sido afrentado en su honor y como Duque de Venecia en su autoridad.

Bello estaba en Londres cuando se publicó la obra y cuando se representó. Quizá asistió a alguna función. Lo cierto es que intentó traducirla años más tarde, cuando ya vivía en Chile. Pero, o alguna circunstancia se opuso a la realización de la empresa, o la tarea le pareció irrealizable dadas sus propias exigencias para la traducción de poesía. Recordemos que en 1841 escribiría en *El Araucano* “¿Cómo traducir en esta lengua los más bellos pasajes de las tragedias de Shakespeare, o de los poemas de Byron?”, y que, según sus editores, el fragmento de *Marino Faliero* que tradujo debe fecharse en 1840, es decir un año antes de escribir dicho artículo. La reflexión de 1841 parece reflejar la experiencia de 1840. El hecho es que alcanzó a traducir tan solo una mínima parte de la obra.

¿Cómo encaró Bello la tarea? Es poco, ya hemos advertido, lo que tenemos para juzgar el resultado. Sus editores nos dicen que tradujo “una tercera parte del primer acto” y que en ese fragmento se encuentran cambios de escenas y personajes y se ha sim-

plificado el diálogo.²² La lengua sabemos que la conoce perfectamente, y aunque él mismo ha comentado “las dificultades no pequeñas que ofrece [al traductor] la diferente índole de las dos lenguas”, podemos esperar que haya superado este escollo con facilidad, pero debemos confesar que aquel primer requisito del buen traductor, “fidelidad escrupulosa”, no preocupa a Bello en su propio caso. Veremos más adelante si ha sido guardada la necesaria fidelidad al espíritu ya que no a la letra. Siguiendo sus propias advertencias debemos observar si conserva el lenguaje y el estilo que caracterizan “la fisonomía del autor” y si su *Marino Faliero* es no sólo un trasunto del alma, del estilo y de la fisonomía poética de Byron, sino que da también “lo que caracterice al país, el siglo, el genio particular de su autor”.

Bello más que traductor es esta vez recreador, que permite que su propia actitud estética se imponga a la del original. Equilibrado, poco dado a la expresión y discusión de sentimientos íntimos, perseguidor incansable del decoro en el lenguaje, censor del desenfreno romántico si bien acepta muchos de los temas caros al romanticismo, tenaz sostenedor de la necesidad de imitar a la naturaleza, estaba dispuesto a alterar el texto cuando se le pidiera su posición conciliadora entre las dos actitudes literarias en pugna. Veamos cómo lo hace.

De las dos escenas que componen el primer acto de la obra de Byron, ha desaparecido en la versión de Bello la primera, con sus dos personajes. Bello presenta un solo escenario, la cámara ducal, que corresponde a la segunda escena de Byron. Si Byron creía simplificar y observar las unidades, Bello quiso ir más allá: unidad de lugar sin concesiones, y menos número de personajes es lo que nos da en este fragmento.

¿Es realmente necesaria la escena que suprime Bello? Pietro y Battista, los personajes que desaparecen, son dos oficiales de palacio que comentan la acción que se desarrolla en el tribunal de la Señoría y la que tiene lugar en la cámara ducal. Por ellos sabemos que se aguarda al mensajero enviado al Consejo por noticias, y que se lo aguarda con ansiedad, pues ya ha ido varias veces y la Señoría continúa en sesión deliberando sobre la acción de Steno. La deliberación es demasiado larga, o por lo menos así lo considera el Duque. Battista, el oficial de inferior rango, desea saber cómo soporta el Duque estos momentos de suspenso. “Con paciencia en lucha”, es la admirable respuesta. ¿Luchando con su propia paciencia? ¿Paciente pero a punto de estallar? La paradoja que encierra la línea, “*With struggling patience*” es el lenguaje mismo de la poesía y representa exactamente la tensión presente en la totalidad de la obra. Con paciencia pero sobre ascuas espera el Duque en el primer acto, y nuevamente en el cuarto, y así

22 *Obras completas*, Caracas, vol. I, pág. 178.

también se comporta el pueblo de Venecia mientras conspira para derrocar a la Señoría.

Pietro, el otro oficial, nos describe al Duque, sentado a su mesa de trabajo, cubierta por los documentos relativos a su función de gobierno, como si estuviera absorto en el cumplimiento de sus tareas. Al menor ruido, sin embargo, desvía su mirada y se pone de pie, para caer sentado nuevamente y clavar sus ojos, sin voluntad de mirar, en los papeles que hace ya una hora no toca.

La contestación de Battista revela, y esto es importante, que lo que está ocurriendo es del dominio público: "Se dice que...", y habla de la burda ofensa inferida por Steno al duque. Pietro insinúa el conflicto al aceptar que lo que ha hecho Steno sería despreciable si no se tratara de un patricio y por añadidura, joven, alegre y altanero. El anticipo de lo que ha de ocurrir campea también en las palabras de Battista: "¿Piensa usted entonces que no será juzgado con severidad?", y de nuevo en la contestación de Pietro: "Bastaría que fuera juzgado con justicia". El diálogo es interrumpido por Vincenzo, quien llega con la nueva de que el juicio ha terminado, y aunque aún no se ha hecho pública la sentencia, pronto ha de saberse pues el juez ha sellado el pergamino en el que se la comunica al Duque.

Hasta aquí la primer escena de Byron, ausente de la versión de Bello. A través de ella Byron logra crear un clima de angustia, de inquietud, de grandeza ofendida, en el que ha de desarrollarse la obra, y en el espectador despierta el suspenso aún antes de presentar en escena la figura en la que se encarnará el clima ya configurado por los dos personajes secundarios. Es la técnica de Shakespeare, que prepara su público para lo que ha de recibir. Recordemos también que la obra concluye con una escena a cargo, como ésta, de personajes secundarios que comentan la acción, como ocurre en la primera, es decir, que cumple una misión estructural.

En esta escena Byron introduce los personajes que funcionarán a lo largo de la obra: el Duque, Steno, la Señoría de Venecia, y hasta el pueblo, en aquel "se dice". No se menciona a la Duquesa, aunque la tensión sugerida en "struggling patience" se encarnará en parte en las figuras del Duque y la Duquesa, que para mayor abundancia se llama Angiolina. Si bien no se da a conocer en qué consiste la ofensa, se trasluce que es personal. Que además surgirá el conflicto público, asoma en la inquietud del Duque ante el resultado del juicio, que lo enfrenta con la Señoría, en la que no parece confiar demasiado.

Bello hace a un lado las posibilidades que le ofrecía la primer escena para introducir los personajes y la acción, y comienza directamente con Marino Faliero en escena, preguntando lo que Pietro quiere saber en el original. "¿No ha vuelto el mensajero todavía?" Este verso nos da la pauta de lo que ha hecho Bello: ha volcado en una escena, reduciéndolo, el material que Byron distribuyó en dos. La conversación que sostienen Pietro y Battista corresponde,

con las alteraciones del caso, a la del Duque y su sobrino. Al simplificar, Bello se ve obligado a efectuar algunos cambios para hacer llegar al espectador o lector la información que hubiera sido más sencillo poner en labios de extraños.²³ Ya en la primer pregunta Bello agrega *todavía*, que debe reforzar anticipadamente el próximo *aún* de la contestación, para reemplazar, aunque sea sólo en parte, versos y palabras que en el original inglés acentúan la ansiedad e inquietud de la espera. La traducción no menciona los repetidos viajes del mensajero a la sala de sesiones y omite el adverbio *still* que, sin embargo, además de insistir sobre la tardanza, hace plausible que se informe sobre la reunión de la Señoría, que el Duque no puede ignorar si bien es aceptable que crea que ya ha sido levantada.

La duración excesiva del acuerdo está marcada en inglés con la repetición de la palabra *long*. “*And long debate on Steno’s accusation*” termina Battista, y retoma Pietro: “*Too long...*”.

La actitud del Duque, mezcla de paciencia y de irritación, tan bien expuesta por los dos oficiales²⁴, es resumida en la versión castellana por el mismo Duque en dos versos.

Byron no hace decir al duque explícitamente cuál es su estado de ánimo durante la espera, pero Bello no tiene otro camino. La angustia del Duque se revela en la traducción a través de algunas palabras agregadas por Bello; la frase, “¿Qué teméis?” dicha por Bertuccio, en la línea que traduce el primer verso de la segunda escena de Byron, un “¿juzgas...?” cargado de dudas, que inserta el Duque en un breve parlamento, y en el verso de Bertuccio “Sin causa vuestra alteza desconfía”.²⁵

²³ “*Pietro. Is not the messenger return’d? / Battista. Not yet: / I have sent frequently, as you commanded. / But still the Signory is deep in council, / And long debate on Steno’s accusation. / Piet. Too long—at least so thinks the Doge.*”, traducida por Bello como: “Marino. ¿No ha vuelto el mensajero todavía? / Bertuccio. No, señor; aún no ha vuelto / Congregada / la señoría de Venecia, juzga / al acusado Esteno; y en acuerdo / secreto, delibera”.

²⁴ “*Pietro. With struggling patience. / Placed at the ducal table, cover’d o’er / With all the apparel of the state; petitions, / Despatches, judgments, acts, reprieves, reports, / He sits as rapt in duty; but whene’er / He hears the jarring of a distante door. / Or aught that intimates a coming step. / Or murmur of a voice, his quick eye wanders / And he will start up from his chair, then pause. / And seat himself again, and fix his gaze / Upon some edict; but I have observed / for the last hour he has not turn’d a leaf*”, se reduce a: “Marino. ¿Y tarda tanto / la deliberación? ¡Oh, cómo angustia / esta mortal incertidumbre el pecho!”.

²⁵ “*Ber. F. It cannot be but they will do you justice.*”, es en la versión de Bello: “¿Qué teméis? El senado hará justicia”. Y “*Doge, Ay, such as the Avogadori did, / Who sent up my appeal unto the Forty / To try him by his peers, his own tribunal.*”, es: “Justicia!.. Sí.. La misma que la corte / de los abogados, que la causa le cometieron, porque en ella fuesen / árbitros los amigos y parciales / de mi ofensor”. Y por último: “*Ber. F. His peers will scarce protect him; such an act / Would bring contempt on all authority. / Doge. Know you not Venice? Know you not the Forty? / But we shall see anon.*”, es: “Bertuccio. Ni aún ellos osarían / proteger al culpable. Una indulgencia / tan criminal, oprobio fuera eterno / al nombre de Venecia y

Bello logra volcar gran parte del contenido de la primer escena en el comienzo de su versión, pero algo queda afuera. No surge por ejemplo que a Steno se lo juzgue por una acusación del Duque, ni siquiera que haya existido la ofensa burda y sucia. Se pierde la magistral imagen del Duque presa de angustia, desaparecen los juegos de palabras, el tono anticipatorio y no se establece como en el drama de Byron la paradoja básica.

Nada de esto se le escapa a Bello y trata de reparar la omisión. En la traducción de las que, en el texto inglés, son las primeras líneas de la segunda escena, hace con la palabra *justicia* el mismo juego que Byron hace con *long*.²⁶ Termina Bertuccio su frase con dicha palabra y con ella comienza Faliero el siguiente parlamento, en el que revela que se trata de “mi ofensor” y contrapone a “justicia” el arbitraje de “los amigos y parciales” de Steno. Bello le hace expresar al propio Faliero su duda sobre la posibilidad de lograr justicia, manifestación que Byron confía a uno de los oficiales dándole así más peso por tratarse de quien no es parte en la disputa.

Para incluir algo más de lo que se dice en la primera escena, debe Bello darle mayor intervención a Bertuccio, a cuyo cargo queda comentar el conocimiento que del hecho tienen las gentes de Venecia y el disgusto que por él sienten. Logra así Bello el tono anticipatorio de Byron y no omite traducir, “*Would bring contempt on all authority*”, que convierte en “...y con desdoro de la suprema autoridad”. Además Bello dice acá abiertamente algo que Byron aún no ha admitido de manera explícita: “No osa negarlo el reo...”.

Aparece ahora Vicencio, que ha ido por noticias. En el original llega al final de la primer escena, y es Battista quien primero le pregunta qué noticias trae, y en la segunda escena interrumpe con su entrada la conversación entre el Duque y su sobrino, y este último le repite la pregunta. En la versión de Bello en cambio las dos preguntas se convierten en una sola, que formula el Duque Marino.

La contestación de Vicencio inicia la segunda escena para Bello, mientras que en la obra inglesa no hay a esta altura ninguna división. La ironía presente en las palabras de Vincenzo está reforzada en castellano y se mantiene en ambas versiones en las expresiones del Duque. Se va marcando así el conflicto latente entre los Cuarenta y Faliero.²⁷

a las leyes. / Marino / ¿Aún no conoces a Venecia? ¿Ignoras / de sus patricios el carácter? ¿Juzgas...? / Pero su fallo ha de saberse en breve. / Bertuccio— Sin causa, vuestra alteza desconfía. / Venecia vio el delito, y lo detesta. / No osa negarlo el reo; ni el senado / a tanto alcanza, que absolverle pueda / contra el común sufragio, y con desdoro / de la suprema autoridad”.

²⁶ En la obra de Byron, “*Bat... / And long debate on Steno's accusation. / Piet. Too long—...*”, es traducida por: “Bertuccio—... El senado hará justicia. / Marino— ¡Justicia!...”.

²⁷ “*Vincenzo— .. / In the mean time the Forty doth salute / The Prince of the Republic, and entreat / His acceptance of their duty. / Doge. Yes— /*

A la pregunta del Duque acerca de si el tribunal ha sentenciado ya al acusado, responde extensamente Vincenzo, pero Bello resume sus seis líneas en un breve: "Señor, acaba / de pronunciarlo." Sin embargo la más larga respuesta del original tiene importancia porque une definitivamente al demandante en la causa personal con el jefe de la República, y a la ofensa hecha al hombre privado se agrega ahora, como consecuencia del débil fallo, la ofensa al hombre público.²⁸

La pregunta inmediata es diferente en las dos versiones, dado que sigue a distinto tipo de información. Además, en la obra de Byron la hace Bertuccio, quien, al tanto de que no se conoce el fallo, pretende sólo saber si el emisario ha adivinado algo. A la negativa de éste responden, Bertuccio en el original, y el Duque en la traducción. La versión de la respuesta es casi por completo fiel en cuanto al contenido informativo, pero puede destacarse que en Byron, Bertuccio halaga en cierto modo al emisario demostrando creer que su perspicacia pudo muy bien descubrir algo. Marino, en cambio, como corresponde a un Duque de Venecia compone su pregunta sin condescendencia alguna en ese sentido. No espera que Vicencio haya descubierto nada por su sagacidad sino más bien que se le haya revelado lo ocurrido casi a pesar suyo. Hay además, en la versión inglesa, un juego de palabras mantenido a través de todo el parlamento de Bertuccio, sobre la imagen del cosechador sagaz de ojo avizor, que está abreviado en Bello.²⁹

La respuesta de Vicencio, si bien no es literal, mantiene la información pero da una imagen estática: "No estuve más que un momento..." en vez de la dinámica de Byron: "*I came away upon the moment...*" (me retiré al instante...).

En el exabrupto de Marino al interrumpirlo, el "*he*" de Byron

They are wond'rous dutiful, and ever humble.", es en la traducción: "Vicencio—... / ...será con el debido / honor y sumisión notificada / a vuestra alteza. / Marino— ¡Ah! sí. Conmigo siempre / sumisa fue en extremo y respetuosa / la señoría".

²⁸ El "Señor, acaba de pronunciarlo" es, en Byron: "*It is, your highness: / The President was sealing it, when I / Was call'd in, that no moment might be lost / In forwarding the intimation due / Not only to the Chief of the Republic, / But the complainant, both in one united.*"

²⁹ "*Ber. F. True; but there still is something given to guess. / Which a shrewd gleaner and quick eye would catch at; / A whisper, or a murmur, or an air / More or less solemn spread o'er the tribunal. / The Forty are but men-most worthy men. / And wise, and just, and cautious-this I grant- / And secret as the grave to which they doom / The guilty; but with all this, in their aspects- / At least in some, the juniors of their number- / A searching eye, an eye like yours Vincenzo, / Would read the sentence ere it was pronounced.*", es vertido por Bello: "Marino-Pero suele / algo de entre las sombras que rodean / a la justicia traslucirse; un sordo / murmurio, un aire grave, una mirada / a un ojo perspicaz revelar suelen / lo que la lengua calla. Los patricios / al fin son hombres... respetables, justos, / sabios, cuanto se quiera... y silenciosos / tanto como la tumba que devora / las víctimas que juzgan; mas con todo / algo pudo el aspecto revelarte, / algo los gestos y el silencio mismo. / ¿Nada alcanzaste a percibir?"

es más efectivo que el “ese Miguel Steno” de Bello. Además la descripción que hace Vincenzo del acusado es más segura y exacta que la que nos da Bello.³⁰

La entrada del Secretario de los Cuarenta anticipada en la exclamación del emisario inicia una tercera escena en la versión española, lo que no ocurre en el original. El saludo del Secretario omite en la traducción el pedido de aprobación. El “*to peruse and to approve*” se convierte en “echar la vista sobre el fallo”.

La orden de retirarse que da el Duque a Vicencio y al Secretario termina la tercera escena para Bello; continúa en cambio siempre la segunda en la obra de Byron.

Bertuccio es más optimista, más tranquilizador según Byron, que según Bello, quien omite traducir las palabras “...*all / will be as could be wish'd*”. La exclamación de horror del Duque ante la sospecha de que el sobrino se propone leer el insulto es fiel, aunque no sabemos por qué Bello traduce “*that chief*” como “el primer jefe” ni por qué alarga la última frase, tan concisa y efectiva en inglés: “*To the sentence*” se vuelve “Lee tan sólo / de mi ofensor la pena”. Ocurre lo mismo cuando el Duque dice “*Proceed*”, que vierte Bello como “Sigue pues: ¿qué tardas?”.

Avanzando en la escena encontramos varias omisiones. Bello suprime la indicación sobre lo que hace el Duque cuando el sobrino le propine apelar y da las palabras de Bertuccio a Faliero, recurso que le permite no interrumpir su tirada. Una de las consecuencias de estas omisiones es que en la versión de Bello no se pone tan de relieve como en la de Byron que la suerte de Bertuccio quedará ligada a la del tío. Byron usa el plural “*may spit on us*”, y Bello el singular, “puede escupirme el rostro”. No se comprende por qué cambia Bello la edad del duque. Dice Byron: “...*of 'almost eighty years*”, y Bello le resta treinta: “...de cincuenta años”.

En la larga contestación de Bertuccio pierde Bello las dos imágenes más efectivas. Convierte a “*Deep Vengeance is the daughter of deep Silence*” en “Silencio... y a vengarnos”, y no utiliza a “...*it doth appal me / To see your anger, like our Adrian waves, / o'ersweep all bounds, and foam itself to air*”, imágenes ambas que recuerdan la paradoja clave, “*struggling patience*”, y la cita de Horacio, configurando así el sentido del drama.

También cuando Marino acusa a Bertuccio de carecer de orgullo, bríos, alma, honor, pierde énfasis la versión española al omitir la negación repetida “*no pride, no passion, no deep sense of honour?*” Lo mismo ocurre al designar Bello a Steno como patricio, cuando Byron lo llama *villain* y lo califica como “*creeping, coward, rank, acquitted felon*”, definición que prepara al lector para la imagen del aguijón, que no aprovecha Bello, quien habla sólo de “man-

³⁰ “*Doge (abruptly). And how look'd he? Deliver that.*” es, en la versión castellana: “Marino - ¿Pues viste al menos el semblante / de ese Miguel Esteno? Acaba”.

char".³¹ Suprime además la parte en que el Duque describe cómo se extendió la calumnia, omite parte del diálogo, vuelca en este parlamento del Duque palabras que en el original dice más adelante y sigue suprimiendo versos en la próxima tirada de Faliero. Las supresiones que hace en esta última parte de la traducción parecen encaminadas a dar menor importancia a la ofensa personal. Parecería como si Bello, interesado en el aspecto político, no hubiera querido detenerse demasiado en el aspecto personal del argumento.

Es lástima que Bello no haya proseguido la tarea más allá de este fragmento pero, pese a su brevedad, esta traducción sirve para corroborar su posición frente a la tendencia literaria del momento: su actitud neoclásica se impone a la estética romántica. Le han interesado sin duda el tema, el ansia de un pueblo por liberarse de una autoridad arbitraria, el tratamiento de la conspiración y la situación paradójica del príncipe de Venecia a la cabeza de un movimiento para subvertir el orden. Parece tender a abreviar el conflicto sentimental, con la intención posiblemente de olvidarlo pronto y pasar de lleno a la lucha política, pues le asigna bastante menos espacio que Byron, suprimiendo muchos versos que a él se refieren. Reduce el número de personajes, aun en ese brevísimo pasaje, al eliminar las dos figuras corales del comienzo. Al desdeñar un recurso que Shakespeare manejó con maestría, y que Byron eligió también para otras obras, se ve obligado a encontrar otro camino para llevar la necesaria información al espectador-lector, y son entonces los personajes principales los que deben comentar la acción. La belleza y la efectividad de ciertas imágenes no le llama la atención y no intenta ni traducirlas ni reemplazarlas por otras. De concluir Bello la traducción, hubiéramos tenido posiblemente una tragedia de tono neoclásico, tanto en su estructura como en tema y lenguaje, desprovista de ecos shakespearianos, en vez del drama que Byron escribió con voluntad clásica pero con pasión romántica, que desborda en las imágenes y en los sentimientos que pugnan por estallar.

Bello sintió la atracción y la fascinación de Byron, como tantos contemporáneos, pero gustó sobre todo de lo que tanto el poeta como su obra tienen de público más que de lo íntimo que en verdad la sostiene e informa.

A diferencia del fragmento de *Marino Faliero*, que debemos a la paciencia con que Amunátegui descifró "un borrador casi ininteligible", pues no fue publicado en vida de Bello, el de *Sardanapalus*, según advierte la Comisión Editora de sus *Obras completas*³², es "algo más de la mitad del primer acto [...], con adaptaciones bas-

31 "Doge. You know the full offence of this born villain. / This creeping, coward, rank, acquitted felon. / Who threw his sting into a poisonous libel. / And on the honour of - Oh God! - my wife.", se traduce por: "Marino - Tú sabes de qué suerte ese patricio / osó manchar la pura honra... ¡oh cielos!... / de mi mujer..."

32 *Obras completas*, Caracas, vol. I, pág. 313.

tante personales del texto, y fue publicado en la *Revista de Santiago*.³³

Bello escribió una nota para su traducción de *Sardanapalus*, en la que narra brevemente la vida del héroe y presenta la tragedia de Byron como un intento de rehabilitar al personaje, recordado por la historia como disoluto y afeminado. Bello desea que su versión deje ver el estilo trágico de Byron y la excelente composición de los personajes.

Si bien las alteraciones del texto no son tan numerosas como en *Marino Faliero*, es interesante destacar que las ha sugerido una misma actitud. También en este caso como en el anterior entra Bello de lleno en la acción y suprime la primera escena, un soliloquio de Salamenes, cuñado del rey. A través de sus palabras sabemos en la obra de Byron que la conducta del rey para con su mujer y su pueblo no es considerada correcta por Salamenes, quien, como cuñado y súbdito, debe a Sardanápalo amistad y obediencia, y está decidido a prevenirlo de que corre peligro de perder el trono y a obligarlo a defenderse cambiando de costumbres. Deberá asumir la responsabilidad de un gobernante y abandonar la holganza y los placeres sensuales, pues Sardanápalo pasa los días en el harén, coronado de flores, mientras la tiara imperial espera la mano que quiera arrebatarla. Salamenes interrumpe su tirada cuando ve llegar a “las esclavas que siguen al monarca a sus esclavas sometido”, paradoja que, como la “paciencia en lucha” de *Mariano Faliero*, describe la obra.

Bello no toma en cuenta el soliloquio y comienza directamente con la segunda escena de Byron. Presenta los mismos personajes, Sardanápalo y Salamenes, y hace algunos cambios, menores por cierto que en la otra tragedia.

Para caracterizar a su protagonista, Bello se ve obligado a hacer que Salamenes se dirija directamente a Sardanápalo, tratándolo de afeminado, calificativo que Byron le hace usar en el soliloquio, no en el diálogo. Además suprime versos, como los cincuenta y ocho que se refieren a Baco, y que permiten a Sardanápalo hacer el elogio del vino, y las líneas en que el protagonista —al recordar que sus antepasados son reverenciados como divinidades— afirma que él mismo se siente tan sólo mortal. Otras supresiones son de menor extensión e importancia y parecen no tener más objeto que el de simplificar la expresión.

Bello interrumpe la traducción en el momento culminante del diálogo, cuando Salamenes ha logrado convencer a Sardanápalo de la necesidad de luchar. Este se deja persuadir ante la prueba de la ingratitud de sus súbditos, incapaces de reconocer que les ha dado paz y bienestar.

Como en el caso de *Marino Faliero*, Bello desdeña la posibilidad de preparar al espectador y deja inexpresada la paradoja esencial

³³ *Revista de Santiago*, junio de 1850.

a la obra, interesado sobre todo en los hechos y en la versión dramática de una historia de conspiración, sublevación y lucha.

Que Byron interesó profundamente a Bello, lo demuestra el que además de intentar las traducciones mencionadas se preocupara por realizar y publicar la versión castellana de dos estudios sobre el poeta, el de E. Lytton Bulwer, ensayo al que Bello agregó dos o tres párrafos, y el de A. F. Villemain, con algunas notas del traductor que significan verdaderos juicios sobre el poeta y sobre el ensayista que lo estudia.³⁴ Lo recuerda cuando escribe su propia poesía como en el caso de *El proscrito*, cuando encabeza dos Cantos, el primero y el cuarto, con citas de Byron.³⁵ Llama la atención también que de Alejandro Dumas tradujera precisamente *Teresa*, obra en la que Byron es mencionado en la primer escena.³⁶

³⁴ La traducción del *Lord Byron* de E. Lytton Bulwer se publicó en *El Araucano*, Santiago, 30 de octubre de 1840; justamente en este ensayo Lytton Bulwer dedica algunas páginas a *El Dux de Venecia*; alaba el carácter de Angiolina y la pone por encima de las mujeres de Shakespeare. Bello agregó algunos párrafos sobre la historia de los Fóscaři (*Obras completas*, vol. IX, págs. 639-652). La *Biografía de Lord Byron* de A. F. Villemain fue traducida por Bello y publicada en *El Araucano*, 6 y 27 de enero y 3, 10 y 24 de febrero de 1843 (*Obras completas* figura en el vol. IX, págs. 655-690). En esta traducción Bello demuestra que, pese a la admiración que sentía por Byron, pudo siempre mantenerse objetivo en su juicio. Cuando Villemain escribe: "Nada prueba en su vida que su corazón fuese corrompido", acota Bello: "Esta aserción nos parece demasiado indulgente después de los hechos que se han referido". A la afirmación de Villemain, "Esto hace que sus escritos no ofendan menos al gusto que a la moral, y que les falte el mayor atractivo y la verdadera riqueza del genio, la variedad: rasgo de semejanza que nos presenta con Alfieri, cuya severa regularidad ha imitado en su teatro", responde: "Otra aserción con que no podemos conformarnos. Todo lo contrario de una regularidad severa es lo que percibimos en los dramas de Byron: grandeza y desorden: profusión de pensamientos fuertes y originales que por su misma abundancia perjudican a los efectos del arte". Más adelante, cuando afirma Villemain que "Byron toca muchas veces esta tecla, elogiando exclusivamente el gusto clásico, tal a lo menos como lo concibe un inglés", acota Bello: "Pero entre el gusto clásico inglés y el de los franceses y Alfieri hay una diferencia inmensa". Por último, cuando Villemain compara a Byron con Lucano, anota Bello: "No comprendemos cómo pueda un escritor de esta especie parecerse a Lucano, en quien todo es fuerte, rígido, austero, enfático y declamatorio".

³⁵ *Obras completas*, Caracas, vol. I, págs. 577 y 614.

³⁶ La versión y arreglo de Bello se publicó en Santiago, 1846 (*Obras completas*, vol. IX, pág. 469). En la primera escena de *Teresa*, Amelia y Arturo hablan de Venecia, donde Arturo había estado a fines de 1829. Dice Arturo: "Es la única ciudad del mundo que pudo detener a Byron tres años". Y a la pregunta de Amelia: "¿Y conserva ella la memoria de Byron?", contesta: "Sí, algunos venecianos se acuerdan todavía de haber visto pasar por sus calles un extranjero altivo, pálido, que se llamaba Byron; y le recuerdan, no porque fue el autor del *Corsario* y de *Childe Harold*, no porque fue para ellos como para nosotros una especie de ángel rebelde, proscrito del cielo, sobre cuya frente el dedo de Dios había escrito: *Genio y Dolor*; sino porque montaba caballos, que en una ciudad, en que su raza es casi desconocida, le llevaban al galope sobre las losas húmedas de la plaza de San Marcos, donde apenas puede uno mantenerse en pie, y porque le veían en el Lido salvar con ellos las tumbas del cementerio judío, que ningún cristiano, sin ser forzado a hacerlo, se atreve a atravesar por la noche".

Andrés Bello intentó otras traducciones del inglés. Vertió al castellano la mayor parte de *Los rivales* de Richard Brinsley Sheridan³⁷, algunas líneas de Alexander Poper³⁸ y algunos párrafos de *The Cricket in the Hearth* de Charles Dickens³⁹, traducción esta última que muestra que seguía la producción literaria inglesa contemporánea muy de cerca.

Pese a que las traducciones literarias del inglés realizadas por Bello quedaron inconclusas, tienen interés para quien desea profundizar el conocimiento de la obra de este gran hombre de letras americano, pues confirman su vasta cultura, su eclecticismo y su postura literaria, y lo muestran una vez más con generosa y firme voluntad de enseñar y difundir la producción intelectual europea. Para quien se dedica a indagar en las relaciones literarias de los pueblos interesa no sólo saber que Bello se sumó al crecido número de admiradores americanos de Lord Byron, sino también conocer la selección de autores ingleses que comenzó a traducir, para un futuro rastreo de su difusión e influencia en América.

MARÍA CLOTILDE REZZANO DE MARTINI

³⁷ *Obras completas*, vol. IX, pág. 569. La traducción de Bello es incompleta, y no fue corregida por él. La Comisión Editora encargó a José Nucete Sardi que completara la versión siguiendo el plan de Bello; así se publica en *Obras completas*. Fue presentada en escena por el Teatro Universitario de Caracas en 1955. Entiende la Comisión que la traducción debe fecharse alrededor de 1840.

³⁸ *Obras completas*, vol. I, pág. 334. Según nos informa la Comisión Editora, Bello tradujo estos versos de Pope "con motivo del fallecimiento de su hija mayor, Ana, el 9 de mayo de 1851".

³⁹ *Obras completas*, vol. IX, págs. 693-696. De esta traducción tenemos un breve fragmento bajo el título de *El grillo del hogar*.

ALEXANDER VON HUMBOLDT Y SU LEGADO EN LA AMÉRICA DE ANDRÉS BELLO

En el año 1810 escribe Alexander von Humboldt a su eminente hermano Wilhelm, el insigne educador: “La vida del hombre debe guardar armonía”. Con esta máxima, fruto de su madurada experiencia, define Humboldt un prolongado camino donde la difícil unidad de vida y obra adquiere una certidumbre cada vez más evidente. En esa vida, que comenzó en Berlín en 1769 y se extiende durante noventa años, se expresa también lo mejor del siglo XVIII: la confianza en el entendimiento, en una razón saludable y vivificante, en una ciencia iluminadora del hombre y su contorno, en un conocimiento mejor de la naturaleza para fundamentar el progreso sin término de la condición humana. Y si evocamos en estas páginas su presencia, no lo hacemos sólo porque Humboldt atravesó con su saber gran parte de la América española a comienzos de una centuria en que se abría al conocimiento el joven venezolano Andrés Bello. Tampoco es nuestra intención principal señalar la deuda inextinguible que América ha contraído con el sabio alemán. Sus hallazgos científicos, su esfuerzo tenaz por develar enigmas y construir sobre juicios verdaderos, ocupan lugar de privilegio en el ámbito del saber más respetable. No se trata tampoco de hacer hincapié en lo que significaron para el redescubrimiento de América, como su amigo Simón Bolívar lo recalcará, las ricas conclusiones desprendidas de su viaje de cinco años y que volcó en su monumental *Voyage dans les Regions Equinoxiales du Nouveau Continent*, en dieciocho tomos, publicados en París bajo su dirección, desde 1805 hasta 1834. Lo que juzgamos digno de destacar es, sobre todo, el clima espiritual y los ideales que hacen posible tal obra. Hijos de la Ilustración, como son, alimentan por igual la creación, llevada ciertamente a otros terrenos, del polígrafo Andrés Bello, con quien coincidió alguna vez en el tiempo y el espacio.

Alexander von Humboldt nació dos años después de su hermano Wilhelm, en una Berlín prusiana y aun provincial, que el complicado Federico II, francófilo y patriota, había convertido en centro cultural por gravitación de triunfos militares y por la influencia del pensamiento y arte de una Francia versallesca, enciclopedista y rococó. Justamente, en los años de su nacimiento como hijo de un funcionario prusiano ennoblecido no hacía mucho y de una madre

de ascendencia hugonote, la Ilustración alcanzaba en Europa su punto culminante. En su *Système de la Nature* el barón de Holbach exaltaba a la naturaleza como soberana de todos los seres, y a la razón como guía para el logro de la felicidad terrena. Las ciencias exactas habían desarrollado numerosos instrumentos de medición en su búsqueda de las leyes de la naturaleza que gobernaban los fenómenos del universo, y la época de la investigación experimental había irrumpido. En las ciencias descriptivas de la naturaleza surge un primer ordenamiento sistemático debido a Linneo, y de la observación de las rocas, del estudio de sus estratos y de su material fósil, nace la geología. Una nueva época de descubrimientos se anunciaba simultáneamente. En aquel año de 1769 James Cook iniciaba el primero de sus tres viajes a Oceanía, el arqueólogo Carsten Niebuhr había regresado de su largo viaje por el Oriente, y el escocés James Bruce se hallaba en Etiopía buscando las fuentes del Nilo.

También en el campo de la sociedad humana y de la vida económica se tendía al establecimiento de un nuevo orden sobre la base de su sujeción a las leyes de la naturaleza. En sustitución de las concepciones mercantilistas del período de la monarquía absoluta, a cuya zaga hasta muy pequeños soberanos europeos habían conseguido posesiones coloniales en la zona de los trópicos, aparecieron los defensores del derecho natural y los fisiócratas. El fundador de esta escuela, François Quesnay, médico de Mme. Pompadour, creía poder establecer en su obra básica *Tableau Economique*, aparecida en 1758, la armonía económica en íntima dependencia con la riqueza natural de los distintos Estados. No obstante, en las relaciones del hombre con la naturaleza se iba insinuando una perspectiva diferente, orientada más por el sentimiento que por la razón. El romanticismo despuntaba. La inclinación estética hacia una naturaleza inviolada —en contraposición con el ideal del paisaje y el jardín barrocos—, la suposición de J. J. Rousseau acerca de la bondad del hombre en estado natural, al que podía hallarse en los lugares más apartados de la civilización, había estimulado la imaginación por los viajes hacia las islas más remotas. Así, George Forster, acompañante del capitán Cook en una de sus expediciones, se convirtió en el fundador de un esteticismo paisajístico con su descripción de las islas de los mares del Sur, y su influencia sobre el joven Humboldt, con quien efectuó un viaje por el Rhin, Holanda e Inglaterra, fue profunda.

En este lapso, en el umbral que comunica el siglo XVIII con el romanticismo, creció el dúctil Alexander. Por los dones de su idiosincracia estaba abierto a todo lo nuevo, bueno y hermoso, y en la afamada universidad de Gotinga adquirió, tras sólidos estudios previos con preceptores particulares, lo que denominó “las partes más nobles” de su cultura. En oposición a su hermano, atraído hacia el cultivo de las ciencias del espíritu desde la adolescencia, los conocimientos científicos de Alexander se orientaron hacia la

matemática superior, la física, la química, y, sobre todo, según sus propias palabras, la "tecnología". Asimismo, la influencia de la situación histórica y los encuentros con los espíritus más brillantes juegan un papel considerable en el curso de su existencia. No es extraño entonces que a lo largo de su excepcional longevidad, la vida de Humboldt se convirtiera en un reflejo fiel de las condiciones sociales, políticas y culturales del más alto nivel europeo.

Ya en sus años mozos se había fecundado su inteligencia a través de su capacidad de observación, de su placer por la medición experimental y de su aptitud para vincular ideológicamente las manifestaciones múltiples de los fenómenos naturales. Antes de cumplir los treinta años se había hecho conocer en muchas ciudades de Europa y en los círculos de sus eruditos. Estaba ya en condiciones ideales —rico, soltero y liberado ahora de todo cargo oficial— para emprender su largamente proyectado viaje por las regiones del trópico, que lo venía atrayendo de un modo irresistible y con que sustituyó un plan anterior de una expedición a Egipto, el que en virtud de la expedición napoleónica había debido anular. Convencido de la necesidad de extender el ámbito de sus ya considerables conocimientos en el campo de las ciencias de la naturaleza, escribía a su amigo, el botánico Willdenow: "Mi viaje es inconmoviblemente seguro. Me preparo todavía durante algunos años y colecciono instrumentos [...], para dirigirme luego con algún navío inglés hacia las Indias occidentales." Una vez obtenido el permiso de su rey, cosa no muy fácil en aquella época, en pocos meses puso en ejecución su plan. Cruzó España con un botánico algo más joven, que fue su huésped y compañero de viaje, y con él se embarcó en La Coruña el 5 de junio de 1799 rumbo a Tenerife. Este compañero era nada menos que Aimé Bonpland, muerto miserablemente muchos años más tarde en el Paraguay del dictador Francia. En una carta de ese año a uno de sus muchos amigos del mundo de las ciencias, David Friedländer, expone sus propósitos: "Voy a coleccionar plantas y animales, investigaré y analizaré el calor, la electricidad, el contenido magnético y eléctrico de la atmósfera, determinaré paralelos y meridianos geográficos y mediré montañas, pero todo esto no es el objetivo de mi viaje. Mi propósito verdadero es la investigación del entrelazamiento conjunto y recíproco de todas las fuerzas de la naturaleza." Esto también lo define. Humboldt, que previó y fundó tantas ramas del saber en el estudio de los fenómenos y hechos de la naturaleza, nunca perdió de vista el concepto de totalidad que fue, en verdad, el fin último de sus esfuerzos. Como todo sabio de excepción, como toda personalidad integrada y superior, como el mismo Bello, era analítico y sintético a la par.

A mediados de julio del mismo año tocaba la costa americana, el 26 de marzo de 1800 estaba en Caracas, y tras remontar el Orinoco, en medio de toda suerte de dificultades, desembarcó en Cuba. Volvió a tierra firme, surcó el Magdalena, y el 1º de junio de 1802,

después de abandonar Bogotá, lo recibía la ciudad de Quito. El 23 de junio asciende a la montaña más alta conocida hasta entonces, el Chimborazo, cuyo pico no alcanzó por pocos metros. Se detiene en Lima, en Guayaquil, y el 23 de marzo de 1803 desembarca en Acapulco. México lo retiene hasta mediados del año siguiente. Retorna a Cuba, continúa hasta Filadelfia, es huésped de Jefferson en su residencia virginiana, y luego de cinco años preñados de ciencia y experiencia, Humboldt abandona el continente el 9 de julio de 1804. Una mes más tarde ponía pie en tierra europea.

Si bien tales son los hitos principales de su periplo americano, ellos abarcan mediciones del cielo y observaciones de las rocas y de una fauna y una flora decididamente exóticas, como también la exploración de montes y volcanes. También incluye su itinerario las penalidades de la selva, la fiebre que tumbó al abnegado Bonpland, el rugido nocturno del jaguar, el vértigo de abismos y cataratas, los naufragios inminentes, las fieras y los indios. Pero la hazaña se había cumplido, y gracias a su firme voluntad, el nuevo continente, científicamente desmenuzado, ingresaba en la historia viva de la cultura. Pero la visión de Humboldt iba más allá de la sistemática exposición de la ciencia geográfica, porque ese habitat, con su contenido multiforme, casi inconmensurable, sólo tenía sentido a través del hombre y para el hombre. La vida humana como coronamiento de una ciencia puesta a su servicio debía ser la meta del investigador, no otra. De tal manera, luego de su viaje americano pudo decir con la coherencia de designio y acto que distingue su obra: "Al dorso de los altos Andes reconocí, como animado por un hálito superior, que de polo a polo existí sólo una vida vertida en piedras, plantas, animales, y en el pecho levantado del hombre". La experiencia americana le dio la certeza de que esa *physique du monde*, como la denominaba, constituía la unidad orgánica que sus intuiciones y observaciones le habían hecho presentir, y que se anuda, mediante la exploración metódica, a la interpretación de la naturaleza anticipada, filosófica y estéticamente, con ciertas diferencias de detalle, por Herder y Goethe.

Sin embargo, junto a su trascendental construcción científica, debemos destacar, en forma especialísima, el pensamiento político y social de Humboldt, porque por medio de él se entronca con la tradición americana más expectable producida por el siglo pasado. Es que sus contactos con los más brillantes cerebros de la ciencia que le era contemporánea, con Laplace, Cuvier, Arago, Gay-Lussac, sus éxitos de diplomático, gran señor y *causeur* ingenioso en los más encumbrados salones de París y Berlín, ciudad la primera donde residió cerca de cuarenta años y compuso sus obras fundamentales, no debilitaron su fe en los ideales humanitarios y liberales que había abrazado desde su juventud y que son el fruto más perdurable, quizás, de la ilustración alemana. En sus años de estudiante Humboldt había sido testigo de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos y del estallido de la Revolución Francesa.

Las ideas de la nueva época que se anunciaba lo atrajeron para siempre y lo convirtieron en un ciudadano del mundo y un defensor de la libertad del ser humano. Y aunque la ciencia se convirtió en el campo más propicio a su vocación y aptitudes, y las violencias revolucionarias le repugnaban, aprovechó todas las ocasiones a su alcance para afirmar su ideario político-social.

Ya en sus años juveniles de funcionario, como administrador de las minas de Franconia, había contribuido a mejorar con eficaces reformas sociales la suerte de los trabajadores. Es que la injusticia en el tratamiento del hombre lo sublevaba. El problema de la liberación de los esclavos le preocupó así intensamente desde su primer contacto con la realidad de Cuba. Se explica entonces su vehemente reacción de protesta cuando la traducción inglesa de su *Essai Politique sur l'Île de Cuba*, publicado en los Estados Unidos, ante la comprobación de que se había escamoteado de la obra el capítulo acerca del problema de la esclavitud. Para Humboldt se trataba, en el fondo, de una afrenta a la conciencia moral de la humanidad.

Al regresar a París de su expedición al Nuevo Mundo, prestigiado y famoso, Humboldt se encontró con Bolívar. Alentó sus inquietudes revolucionarias y su repulsa por el colonialismo que la patria del americano padecía. El Libertador halló en Humboldt no sólo a un amigo sincero, sino también a un consejero calificado en cuanto a las posibilidades de desarrollo de su país. Es que la realidad americana, su rico pasado y su futuro promisorio, fascinaban a Humboldt. A sus estudios meteorológicos, geológicos, zoológicos, fitogeográficos, de vulcanismo, agregó la flamante ciencia de la geografía humana, que trató de desarrollar desde una perspectiva americana, desinteresadamente. La pirámide de Cholula le reveló la existencia de una cultura impresionante, y en su viaje por el Perú las construcciones monumentales de los incas, como por ejemplo el palacio real de Cajamarca, lo incitaron a la erección de una etnología comparada.

De su obra americana es notable, en tal sentido, su metódico y compacto *Essai Politique sur le Royaume de la Nouvelle-Espagne*. Sirvió para algo más que para cimentar su fama de estudioso en México; en sus páginas, ilustradas con minuciosos dibujos —por que Humboldt llamó a colaborar en sus vastas obras a naturalistas y artistas— desplegó la riqueza de su saber universal como investigador de la naturaleza, la historia y la economía en el marco de una geografía política, de la que asimismo se convirtió en uno de sus iniciadores. En tanto que vinculaba el suelo y el clima con el desenvolvimiento de las fuerzas humanas actuantes, la obra se convirtió en guía indispensable para la geografía política posterior. También comparó Humboldt la situación de México con la de Estados Unidos, y agregó un fundamental estudio económico acerca de los ingresos estatales y la masa de minerales preciosos introducidos en Europa desde la Nueva España. Con vigorosa

insistencia supo describir la composición de la población mejicana, acerca de cuyo tratamiento correcto expresaba al final de su trabajo: "Es de desear que aquellos destinados a velar por el bienestar del país, se compenentren sobre todo de la importante verdad de que la felicidad de los blancos está íntimamente vinculada a la de los aborígenes. Ojalá tomen en consideración que en ambas Américas no puede haber ninguna felicidad duradera hasta que la raza sometida pueda abandonar su condición inferior para participar de los progresos de la civilización y del ordenamiento social." Estas palabras, profesión de fe y visión al mismo tiempo, fueron escritas a mediados del siglo pasado. Pero Humboldt hizo mucho más. Estimuló y protegió en toda forma a jóvenes científicos, franceses, alemanes, de cualquier nacionalidad, realizó un viaje por Rusia hasta la frontera china, insistió en el establecimiento de observatorios astronómicos y de estaciones meteorológicas por toda Europa, y consagró sus energías a la redacción de otro monumento sistemático, el *Kosmos*, el más grandioso compendio del saber de su época. En su sabiduría, sin embargo, tuvo cuidado de fijar los límites del conocimiento humano, privilegio éste de los verdaderos sabios.

Humboldt se convirtió en el portador del saber más completo acerca de los objetos de la naturaleza y de su evolución histórica. Pero los investigó en estrecha conexión con el hombre. Utilizó para ello el experimento, la observación exacta, trabajó con peso y medida y fundó con esa finalidad la estadística científica. Pero su concepción del mundo no separó al observador de la cosa observada. No buscó, como la moderna ciencia de la naturaleza, que es matemática, una "fórmula universal", sino que se contentó con una "imagen" del mundo y una aspiración hacia una explicación del universo mediante la búsqueda de leyes causales.

Sea como fuere, su esfuerzo por aprehender las manifestaciones de todos los fenómenos de la naturaleza en una vinculación universal, hombre incluido, como un todo movido y animado por fuerzas interiores, fue un éxito y una incitación para el pensamiento posterior. Y si su obra se halla tan hermanada al espíritu que anima a nuestra América, ello no se debe sólo a su insustituible labor científica de la que somos beneficiarios permanentes. En Alexander von Humboldt se encarna cumplidamente el mismo ideal dieciochesco que Bello, su contemporáneo más joven, había también abrazado, y alrededor del cual América se constituyó como tierra de una libertad prometida y posible: el ideal de humanidad. En Humboldt, como en Bello, se dio como íntima verdad ese afán de "suprimir las fronteras que los prejuicios y puntos de vista unilaterales de toda clase han levantado hostilmente entre los hombres, a fin de considerar a la humanidad toda, como una sola gran familia, íntimamente emparentada, sin tener en cuenta su religión, su nacionalidad ni su color, para la consecución de un fin, el libre desenvolvimiento de las fuerzas internas de una totalidad perdu-

nable''. Estas palabras memorables pertenecen a Wilhelm von Humboldt. Alexander, su hermano, el hombre de ciencia, las hizo suyas. Su ciencia se convirtió entonces en ciencia humana, de humanista. De ese mismo clima espiritual se nutre la obra del humanista Andrés Bello, hombre americano y hombre universal.

RODOLFO E. MODERN

ANDRÉS BELLO Y LA GEOGRAFÍA

Andrés Bello manifestó una gran inquietud por los problemas concernientes al vasto arsenal de la Geografía. Sin duda ha de constituir una revelación este nuevo resquicio, culturalmente dinámico, de su talento vasto y polifacético.

Existen determinados valores; que se respetan y hasta se aman, normativamente. No es menester indagar profundamente en ellos, porque perduran por sí mismos. Tienen la grandeza, la quietud y la permanencia de las montañas. La figura de Bello excede el marco histórico para adscribirse al paisaje. Libró una batalla de más de medio siglo en el ámbito sin estridencias que tanto amaba.

Los tiempos actuales nos convidan a no distraer la marcha presurosa y excitante que admitimos como presupuesto y finalidad del hombre del presente, y no es extraño por lo tanto que experimentemos cierto azoramiento, cierta inquietante perplejidad ante ese cúmulo de conocimientos diversos y dispares, y acaso, ¿también estériles? Sí, en efecto: Bello no es acuciante, no formula juicios de valor, no plantea problemas sociales, no desata agrias y constantes polémicas, no tiene aspiraciones políticas. Carece de aristas agresivas, y su pensamiento y su conducta están suavizadas desde el comienzo por la profunda comprensión y la estabilidad emocional, a la que pocos estamos dispuestos a adscribirnos, comprender y admirar.

Pero también sus tiempos, los tiempos de Bello —ya sean los de Caracas, los de Londres, o de Santiago de Chile— fueron igualmente duros. Irreductibles en sus contrastes, las nuevas patrias sin fronteras, poco podían hallar de estimulante en la clarividencia sobria y objetiva de un erudito.

Avido de fuentes, la naturaleza de su patria y de América, le brindaba generosamente un tesoro escondido, que había que descubrir. Pionero sedentario y paciente, fue a su manera un explorador. Donde no podía hurgar a fondo, echaba mano con naturalidad y devoción a trabajos ajenos. Y aquí reside precisamente su amplio espíritu universal, su vocación de educador, al transferir los conocimientos. Conoce a Alejandro de Humboldt como los dedos de su mano, y sabía ciertamente cuán lejos estaba de poder ser exhaustivo.

De este proceder sin pretensiones, pero también riguroso y severo, está forjada la fortaleza de su sabiduría inmensa.

Esta aptitud le hizo vislumbrar la importancia formativa de la geografía. Si dijéramos que sólo buscó en Humboldt los elementos básicos de sus escritos geográficos, limitaríamos la concepción de su pensamiento. Se dio cuenta de que la geografía se hallaba íntimamente asociada al sabio investigador, naturalista y viajero; pero se hallaba asimismo más allá de él, se integraba con elementos de otras procedencias, y se ilustraba con una compleja experiencia de factores móviles y correlacionados.

No podemos asignar ciertamente a Bello una comprensión cabal de los factores de integración de los espacios geográficos, y mucho menos desde nuestra época. Pero había algo que Bello no ignoraba, y lo supo desde temprana edad: que el hombre es el gran realizador, y que el hombre instruido realiza mejor que el ignorante. Su enciclopedismo no fue casual, ni fortuito; respondía a una indispensable necesidad de crear, de construir, en informe desierto, anhelante de rumbos.

Su gran curiosidad por la naturaleza respondía a una inquietud pragmática y transformadora. Su escasa originalidad debe buscarse, precisamente, en ese desesperado afán de trasladar a los demás el instrumental con que enriquecía su propio saber. Y este saber de fuentes es original y genuino, por la pureza que fluía de una constante y generosa finalidad didáctica.

El hecho de que Bello haya captado rápidamente, contemporáneamente, la trascendencia científica de los trabajos de Humboldt, trabajos en que Humboldt sintetiza una vigorosa capacidad de observación, descripción e interpretación de la naturaleza y del hombre, y una gran energía vital para afrontar los riesgos, las sorpresas, la revelación y el agotamiento, que resultan de desplazarse en un paisaje cambiante y desconocido muestra claramente hasta qué punto aquel hombre joven tenía la intención y el claro entendimiento de hallarse frente a una eclosión, de hallarse frente a una perspectiva, vacilante y sin dimensiones todavía, pero cierta. Y también en qué medida el dominio racional y sosegado de la naturaleza proveería las nuevas fuerzas impulsoras.

Bello, al leer el precioso material aportado por Humboldt, advertía cuánta tarea civilizadora quedaba por realizar. La naturaleza había sido apenas hollada y la incipiente cultura aborígen de América se ajustaba a un riguroso determinismo.

Con huertas en canoas colgantes, para salvar las siembras de la depredación de las hormigas; o con el testimonio de misioneros heroicos, de piernas de piel atigrada por haber pasado "veinte años de mosquitos en los bosques de Casiquiare", no se construirá por cierto el porvenir. Pero también sabía Bello que el futuro no se escoge arbitrariamente sino que deviene proyectado y se asienta sobre elementos reales. Y esta misma realidad, cuyos misterios

descubría a través de Humboldt, es la que trataba de incorporar a su sueño de civilizador.¹

Bello no se equivocaba al adscribirse entusiastamente al discernimiento geográfico del gran orientador alemán, que suscita, aún hoy, una elocuente afirmación de respeto²:

Sus investigaciones geográficas hundieron sus inquisiciones en múltiples aspectos del complejo terreno de las ciencias naturales y de la historia. Fue explorador esforzado, ascendió a las altas montañas, descendió por ríos erizados de rápidos peligrosos, alternó en el seno de las selvas vírgenes con las fieras y las alimañas. Su contacto con los paisajes desconocidos no fue superficial, como el de los antiguos viajeros, sino profundo. No se limitó, en consecuencia, a describir los objetos o fenómenos observados en la superficie terrestre, sino que procuró explicarlos, desentrañar el complejo mecanismo de sus causas y extenderse hasta sus consecuencias. Estudió pues fenómenos y procesos relacionados con los objetos geográficos observados. La descripción de la totalidad del espacio terrestre en lo posible explicada, cobró en la pluma bien dotada de Humboldt una luminosidad deslumbrante. Remotándose a los orígenes y descendiendo a las consecuencias, infundió a sus escritos una vitalidad hasta entonces desconocida en la descripción de la Tierra, en la cual el creador de una nueva geografía introdujo razonamiento, problematización y juicio.

Mientras el naturalista experimentaba la revelación de un mundo nuevo, Bello adquiría conciencia respecto a la vastedad del paisaje americano. No debe olvidarse que esta preocupación por los problemas que provoca el conocimiento geográfico del Nuevo Mundo se manifiesta principalmente durante su larga residencia londinense. Ni el ámbito social de su actuación, ni las múltiples actividades que allí cumplió, ni el absorbente recinto del Museo Británico, ni las amistades que el privilegio de su cultura ponía a su disposición, ni el cielo gris y opaco de Londres, pusieron valla a sus meditaciones del solar ausente y del paisaje distante.

Treinta años tenía Humboldt, y los veinte no habían llegado para Bello, cuando ambos se encontraron en Caracas. El Barón prusiano, acompañado por A. Bonpland, había llegado a la ciudad a fines de 1799, autorizado por la Corte de España para llevar a cabo una exploración científica en los dominios de América. Fue un estímulo juvenil sin precedentes, que recuerda con gran emoción, particularmente por el fallido intento de acompañar a los dos viajeros cuando ascendieron, en la tarde del 2 de enero de 1800, a la Silla del Ávila.

Mariano Picón Salas asigna al encuentro de Humboldt y Bello singular importancia:

¹ *Obras completas*, vol. XIX, *Temas de historia y geografía*. Prólogo de Mariano Picón Salas, 1957, y vol. XX, *Cosmografía y otros estudios de divulgación científica*. Prólogo de F. J. Duarte, 1957.

Se ha consultado también el vol. XIV de la edición chilena de *Obras completas: Opúsculos científicos*. Introducción de Miguel Luis Amunátegui Reyes, 1892.

² DAUS, FEDERICO: *Qué es la geografía*. Buenos Aires, Editorial Colymba, 1961.

Y diríase que Humboldt, segundo Cristóbal Colón del Nuevo Mundo, rapsoda y analista de las selvas, los ríos y los volcanes, maestro no sólo de Geografía Física sino de una Geografía Humana que parecía nacer con él, suscitó en Bello aquella afección geográfica de que darán después testimonio muchas notas de su obra de polígrafo.

En 1804, en un modesto poema dedicado *A la vacuna, en acción de gracias al Rey de las Españas*, Bello escribía con entusiasmo: “Muchas regiones, bajo los auspicios / españoles produce el hondo seno / del mar; y en breve tiempo, las adornan / leyes, industrias, población, comercio. / El piloto que un tiempo las hercúleas / columnas vio con religioso miedo, / aprende nuevas rutas, y las artes / del antiguo traslada al mundo nuevo.”

Sin llegar a participar totalmente de la apreciación de Picón Salas, de que esta oda encaja en la corriente y el ideal hispanoamericano de un preanuncio entusiasta sobre países “en pleno desarrollo que tienen ya la certeza, y esperanza de sus recursos”, es lícito reconocer que “una doble fe en la naturaleza como suma y sabia maestra a la que se ha interrogado poco, y en el hombre que por medio de su razón puede vencer las contingencias y acercarse a un mundo cada vez más perfectible”, prevalece en el pensamiento del poeta.

De este modo no puede extrañarnos que en el *Resumen de la Historia de Venezuela*, publicado por Bello en 1808, se sitúan las bases geográficas —observaciones sobre los productos, comercio y naturaleza venezolana— como fundamento del conocimiento histórico.

Después del desengaño que produjo la aventura de los conquistadores en pos de inexistentes tesoros aborígenes, los españoles debieron dirigirse —según comenta Picón Salas siguiendo a Bello— “a ocupaciones más sólidas, más útiles y más benéficas, y la agricultura fue lo más obvio que encontraron en un país donde la naturaleza ostentaba todo el aparato de la vegetación”.

El año 1808 visitó Caracas el Teniente Coronel Robertson, Secretario del Gobernador de Curazao, ocupada en esos momentos por los ingleses, para regularizar el comercio con la Capitanía de Venezuela. Recordamos sintéticamente este episodio, porque la participación de Bello en el mismo revela la sólida formación administrativa que éste poseía y la claridad de sus ideas en el nivel de la política económica. Son los días en que Napoleón ha lanzado contra Inglaterra el bloqueo continental, y muchos de los productos coloniales no podían llegar con seguridad a Europa. Venezuela requiere la mercancía que almacenan los mercaderes antillanos, más barata que la española, como la isla de Curazao no puede vivir sin los productos agrícolas que recibe de aquel país. La nota que, por mano de Bello, escribe el Capitán General a la Corte de Madrid, constituye un alegato por la mayor libertad de comercio y por la rebaja de derechos arancelarios entre ambas zonas. Y es tan apremiante dicha necesidad, que el Capitán General informa al Rey que, aun a título

provisional y mereciendo las protestas de la Intendencia de la Real Hacienda, se hace indispensable reducir las tarifas aduaneras. Hay ya como un orbe económico venezolano, de inmediata irradiación al próximo archipiélago de las Antillas, que no puede desenvolverse dentro de las trabas y recelosas previsiones de la política española. Entre los argumentos que Bello señala en la nota a favor del más libre comercio con las islas del Caribe, se cita la importancia que tendrá en Venezuela, como natural resultado, la próspera creación de una marina mercante. Se destacan ya en esos escritos algunas "constantes" de la economía venezolana, que parecen actuales.

En una notable síntesis, Picón Salas expresa la devoción que le produce el reencuentro sentimental del maestro Bello y de la patria:

La fe en la tierra venezolana y la transformación que pueden operar en ella el trabajo, las "artes útiles" y el intercambio con el mundo civilizado resalta, también en el *Resumen* de Bello. Todo el pasado colonial que narra, no es sino el prelude sumamente prometedor del futuro. Desde fines del siglo XVIII, desde el comienzo de "nuestra regeneración civil" (como él dice) no han hecho sino multiplicarse los recursos y población del país. Después del cacao de los valles calientes y de la caña de azúcar se sembró añil, y por último el café de las sierras altas. Se fundaron poblaciones y ricos hatos de ganado en las inmensas llanuras. El hombre criollo fue cada día dilatando la órbita de su trabajo, y continua y emprendedora fundación. Bello presencia el instante en que nuestra vida colonial llegó al ápice de abundancia y refinamiento. Pocas tierras más prósperas y hermosas, abrigadas de grandes árboles y hospitalarios casales blanco, plantó la mano del hombre en toda América como aquellos valles de Aragua que encantaron a Humboldt. Bello se exalta ante aquel paisaje agrario, tan revelador de la riqueza venezolana de entonces y de la laboriosidad y diligencia de los hombres.

Un ingenuo determinismo brotaba lozano de su pluma maestra; advertía cómo el prístino paisaje placentero se colmaba de humanidad. Bello pudo escribir en su *Resumen*: "A impulsos de tan favorables circunstancias se vieron salir de la nada todas las poblaciones que adornan hoy esta privilegiada mansión de la agricultura de Venezuela". Seguro que habría de brindarle la historia, y no la geografía, como disciplina, como tributo cultural y como esencia, mayores posibilidades de elaboración personal. Y sin duda a este respecto su pensamiento vuela a gran altura. De esas dos formas de realizarse el hombre sobre la superficie terrestre, la geografía constituye para él una empresa nueva: una circunstancial y reiterada manera de aprehender la realidad, con finalidad trascendente.

Esta finalidad debe imputarse a la inteligencia global de Bello. Y sus resúmenes, traducciones y comentarios de temas geográficos, incluso los que incorpora a sus estudios históricos, constituyen un llamado al quehacer cotidiano, una proposición de trabajo. Nada mejor, pues, que presentar el cuadro de una incitante naturaleza, escenario de los procesos del tiempo, para que el hombre forje en ella su destino, la descubra y la posea.

La historia lo favorecía con la posibilidad de un mayor ahondamiento erudito; ese retroceder hacia el pasado no fue un reencuentro

con la muerte sino una imagen de la vida, de la vida plena y eterna que se prolonga en el hombre y en la superficie de la tierra. El sesgo de sus acontecimientos y vicisitudes se realizaban sobre un espacio real y tangible, cuya comprensión había que transferir al hombre operante, artífice y modelador de su morada. Así fue, creadora y optimista, la sustentación geográfica de Bello.

En sus traducciones de temas geográficos, provenientes de distintos autores modernos, introduce acotaciones aclaratorias, breves y conceptuales, que hilvanan distintos párrafos de la descripción original.

En el comentario de la edición francesa del *Viaje a las regiones equinocciales...*, publicado en *El Repertorio Americano* en 1826, expresa Bello:

Esta nueva parte de la relación histórica del viaje de Humboldt y Bonpland contiene mucho de nuevo sobre la geografía y estadística de América, interpolado de interesantísimas observaciones físicas y meteorológicas, que el autor hace sobremanera instructivas, comparando, según su costumbre, los aspectos y fenómenos de diferentes climas y localidades.

La inseguridad que experimenta Bello con respecto a la clasificación de los hechos geográficos, como se aprecia en la segmentación temática enumerada, es perfectamente comprensible. Pero veía también la importancia de la comparación, esa maravillosa Cenciencia de los congresos y reuniones de ejecutivos y realizadores.

Esta pauta comparativa requiere no sólo la instrumentación de un material descriptivo contemporáneo, sino una gran perspectiva histórica, una toma de conciencia universal del fenómeno humano, en relación no sólo con los recursos y su aprovechamiento sino también con la introducción de técnicas cambiantes y su variada localización y cronología.

Bello vivió consustanciado con la realidad de su tiempo: la pugna por la supremacía política, el inquietante desborde de las ambiciones nacionales, la consolidación económica y la naturaleza expansiva de los Estados, lo nuevo y lo viejo, el hombre y la técnica. El hombre —animal de rapiña en la conciencia de Spengler—, progresión y regresión en la constante universal de Bruhes, constituye fenómenos cuyo análisis no puede estereotiparse, ni resolverse en función del credo o el dogma. Y Bello lo enfrentaba y resolvía, armado sobre todo de fe y pasión civilizadora, que unidas a su invulnerable coraza de sabiduría múltiple, constituyen para su tiempo el más alto exponente americano de comprensión y meditada aquiescencia científica.

Bello no se conforma con destacar a Venezuela entre los temas geográficos de sus periódicos de Londres. Se exponen también, con evidente propósito de esclarecimiento y divulgación, noticias sobre las condiciones de poblamiento, producciones y posibilidades para su futuro desarrollo, de otros países americanos. El ámbito de su preocupación es evidentemente América. Los tres nombres

que utiliza para sus publicaciones en Inglaterra contienen la palabra América. El continente americano aparece en él como conciencia y realidad, como ámbito territorial que sustenta sobre bases políticas inseguras el potencial de sus grandes reservas y la categórica determinación de incorporarse al proceso universal.

Para Bello esta inquietud fue constante y no cedía en ella, a pesar de la frialdad europea, a pesar de que la propia América—suprimida en el caos político y la anarquía de sus luchas internas— conspiraba contra sus desvelos por la organización nacional, por la estabilidad política e institucional del Nuevo Mundo.

Debe advertirse que Bello no nos informó desprovisto de toda finalidad, como mero traductor. Analiza e interpreta los temas, y sólo cuando los canaliza en función trascendente, ordena el material para su publicación.

Los asuntos que trata están lejos de componer una miscelánea meramente descriptiva, y cuando ésta cae inevitablemente en una tediosa nomenclatura, además de recomendar el uso del atlas, conviene en que “una nomenclatura seca de cadenas, ramas y nudos de montes, con la desnuda indicación de sus rumbos y alturas, no es a propósito para ocupar agradablemente la imaginación”.

Creo que no conoció a Carlos Ritter, pero afirmó —acaso sin proponérselo— en los comentarios que formula la vigencia de una teoría geográfica que se nutre de la comparación y la explicación.

¿No es sorprendente que haya recorrido, al menos en parte los treinta y seis volúmenes del *Nouveau Dictionnaire d'Histoire Naturelle, appliquée aux Arts, à l'Agriculture et à l'Economie Rurale et Domestique, par une Société de Naturalistes et d'Agriculteurs*, para ofrecer, ya en la apertura de *La Biblioteca Americana*, un esbozo claro y emocionante de las “Consideraciones sobre la Naturaleza”, escritas por Virey?

Lamentablemente no podemos apreciar con seguridad cuál fue el aporte específico de Bello en este artículo. Pero al menos, sí sabemos que se hallaba profundamente estimulado por su lectura, y que no encontró en una de ellas una fuente de inspiración, porque su estro poético ya se había iluminado con las famosas “Silvas”, calificadas como poema de América por Marcelino Menéndez Pelayo, y en las cuales la naturaleza opera como fecunda madre universal.

Es que Bello no tenía la presuntuosa suficiencia de la originalidad. Por eso se atreve a recomendar en su *Informe presentado a la Facultad de Humanidades por la Comisión que ella nombró para examinar el “Compendio de Geografía Antigua” escrito por don Guillermo Antonio Moreno*, de 1852, con desconcertante acritud que

El señor Moreno pudiera servirse de la *Geografía* de Letronne, que le dejaría muy poco que desear. Si con ella a la vista quisiera refundir su compendio nos haría un servicio sumamente apreciable, pero en caso de aceptar esta indicación, le advertimos que la traducción castellana de ese excelente tratado es plagada de gravísimas faltas, particularmente en las formas de los nombres propios castellanizados.

Igual, y poco común, dureza utilizaría en su polémica con Chacón sobre el modo de escribir la historia. Hombre de vastos recursos eruditos, provisto de una auténtica cultura clásica, era enemigo de las generalizaciones científicas. Altamente capacitado para formular juicios sobre la filosofía de la historia, prefiere retrotraer el pasado a análisis concretos:

Abranse las obras célebres dictadas por la filosofía de la historia. ¿Nos dan ellas la filosofía de la historia de la humanidad? La nación chilena no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo ciertas formas especiales; tan especiales como los montes, valles y ríos de Chile; como sus plantas y animales; como las razas de sus habitantes; como las circunstancias morales y políticas en que nuestra sociedad ha nacido y se desarrolla.

El determinismo es un tanto excesivo, y el inventario de factores no es de ningún modo completo. Pero esta objeción es real en la medida que computamos a nuestro favor una valoración actual de los mismos; valoración, por otra parte, que ha determinado la más densa bibliografía contemporánea.

El conocimiento y la valoración científica se orientaba, para Bello, de acuerdo con las exigencias de su tiempo, hacia la consideración sistemática de los diversos temas con que equipaba el saber geográfico.

En este orden de cosas su vocación por las ciencias naturales es incuestionable. También es cierto que en esos momentos las ciencias naturales prodigaban simultáneamente el extraordinario aporte de los viajeros altamente capacitados, y el ponderable trabajo de los investigadores más notables.

No sólo en algunos de los trabajos citados anteriormente se pone de manifiesto esta preferencia, sino también en la *Descripción de la cochinilla mixteca y de su cría y beneficio*, de 1827. Y cuánta sería nuestra sorpresa, en esta revelación del naturalista, el ver reproducido los dibujos de numerosas aves americanas que realizó por sus propias manos, dieciséis dibujos que permanecían inéditos entre sus papeles, hasta ser publicados por la Comisión Editora de Caracas (tomo XX).

Ello no significa que desechara otras noticias que aportasen conocimientos acerca de los países americanos. En realidad, la base de su dispositivo cultural en ese ámbito se orientaba hacia una síntesis temática, en la que todo un sector de humanidad, involucrado espiritualmente por una tradición común y una finalidad igualmente afín, se integraba al mismo tiempo por una base física, cuyo conocimiento, comprensión y aprovechamiento determinarían una solidaridad coherente y mutua.

Su coherencia y sentido realista no fue una mera impresión intuitiva. Había nacido de la constante meditación y de la frecuentación de las más variadas fuentes de libros y de experiencia. No estaba alineado en el grupo de los impacientes, ni de los soñadores de la unión de vastos espacios geográficos. Buscaba la síntesis y la

unidad, en la cultura, la organización y el desarrollo nacional. Esquema simple, que imponía a cada uno de los países su propia responsabilidad.

Un detalle que debe anotarse es que las obras consultadas por Bello constituyen a veces densos volúmenes. No escogía los asuntos al azar; elegía aquellos que le proporcionaban valioso material enunciativo.

Las referencias sobre *Costumbres de los gauchos*, de 1827 extractadas de la publicación del viaje del Capitán Head por la llanura bonaerense y la cordillera de Chile, constituye un magnífico aporte al conocimiento del gaucho. Versión sencilla, somera y cordial. En términos de geografía humana describe su alimentación y su vivienda. Hay fuerza descriptiva en el capítulo, comprensión y armonía.

Ninguno de los elementos de esa forma de vida pasaron desapercibidos para Bello, y seguramente hubiera rubricado con su afecto los términos de la evocación. Pensamos que Bello, al transcribir la descripción de Head sobre la mina de San Pedro Nolasco en Chile, habrá experimentado una íntima sensación de dolor, la misma que hoy nos llega a nosotros. Su lectura trasunta la hostilidad de ese medio, que el hombre padece con una resistencia física y una resignación espiritual incomprensible para nuestro tiempo. La explotación minera se realizaba con medios rudimentarios y técnicas primitivas de beneficio. No se imaginaba el recopilador cuánto debería realizarse todavía en el país para superar las limitaciones en que lo encerraba una educación técnica apenas incipiente, una conciencia social de tratamiento humano, cuya solución no se había previsto aún, y que él mismo al promover, con su gran pasión educativa el destierro de la ignorancia, el ascenso gradual y universal de la cultura, se constituiría en auténtico forjador de la misma.

Por otra parte es evidente que se proponía ilustrar, frente a las voces airadas de recelo y censura, la capacidad de ese hombre anónimo, ignorante y creador, que prolongaba en su vida la imagen de la naturaleza, como integrante del paisaje. Gaucho o minero, sustancia viva de un pedazo de suelo, bajo un cielo inmenso, inerme al dolor y al cansancio, ese hombre construyó pacientemente la urdimbre de nuestro crecimiento. Head y Bello así lo reconocieron, y le rindieron su tributo.

Las numerosas citas con que Bello aclara sus traducciones y comentarios, nos muestran a un hombre que sentía plenamente la fuerza vital de la indagación. Si en verdad Humboldt y Bonpland informan el eje de la misma, muchos contribuyeron a estructurar el armazón científico que evidenció poseer.

Sus noticias sobre *Palmas americanas*, de 1823, y sobre una *Nueva especie de papa en Colombia*, del mismo año, nos enfrentan a un Bello incursionando en el *Nuevo Diccionario de Historia Natural*, publicado en París entre los años 1816 y 1819.

De Candolle, Cuvier, Azara, Hammer, Buffon y otros autores,

citados de primera mano, y sin retacear el juicio crítico, revelan hasta dónde había penetrado su increíble erudición.

Traslada a las páginas de *El Repertorio Americano*, en 1827, una información sobre las producciones de la provincia de Cochabamba, extractada de la introducción a la *Historia Natural* del gran viajero y naturalista checoslovaco Tadeo Haenke, publicada en 1799. Si bien no se advierte una elaboración personal de Bello en este trabajo, se aprecia, no obstante, que su propósito va dirigido a ofrecer, para conocimiento del lector europeo, la riqueza y variedad de la producción en esa provincia del Nuevo Mundo. No se limita a un enunciado de las mismas, sino que agrega una interesante explicación, en la que se conjugan el origen, localización, uso riqueza y aplicación posibles de dichos recursos. Porque una tecnología incipiente daba a Bello oportunidad para dialogar con la esperanza:

La industria del hombre ha llegado a pasos lentos a abrirse camino en regiones que a primera vista parecen impenetrables, aprovechándose de ella para ensanchar su dominio.

Notables son sus reflexiones sobre el *Clima de la América del Sur*, cuya síntesis traslada a páginas de *El Araucano* en 1832, resumidas de la *Enciclopedia Británica*:

El espectáculo variado que ofrece la naturaleza en esta parte del Nuevo Mundo, no ha cesado, por el espacio de dos siglos de llamar la atención de los naturalistas, que, siguiendo cada uno caminos diversos, han llegado a dar conocimiento brillantes de la historia natural de este país. Mas el contraste que existe entre la vegetación grandiosa y vivaz que se desenvuelve bajo mil formas en ciertas partes de este continente, y la aridez extrema que reina en una gran parte de sus cantones, aunque ha asombrado a los más de los viajeros, sólo ha sido ligeramente indicada, sin que nadie haya tratado de explicar esta anomalía. Sea que la investigación de las causas que puedan ocasionar esta diferencia, exigiere una larga serie de observaciones, sea que la solución de semejante problema no hubiese sido el objeto de los trabajos de los sabios, la solución no ha sido tentada aún. Los redactores de la *Enciclopedia Británica* han intentado, en uno de sus tratados, llenar esta laguna en lo que concierne a las causas atmosféricas.

Pero donde afirma su natural propensión a la indagación científica, que se vislumbra en el pragmatismo de los conceptos anteriores, es en la narración, de 1846, acerca de la expedición exploradora comandada por el Capitán Carlos Wilkes, de la marina de los Estados Unidos durante los años 1838 hasta 1842, que consta nada menos que de cinco volúmenes y un atlas:

Esta espléndida obra, de la que el gobierno de los Estados Unidos ha presentado recientemente un magnífico ejemplar al gobierno de Chile, contiene la historia de una exploración marítima, en grande escala, conducida por el capitán Wilkes, de la marina de aquellos Estados y dirigida principalmente al océano Austral y al Pacífico, para reconocer en cuanto fuese posible la verdadera situación del gran continente antártico, que se suponía vagamente al sur de la Australia y resolver varias cuestiones importantes a la navegación de los mares de Polinesia. La escua-

dra, a las órdenes del capitán Wilkes, tardó en cumplir esta misión cerca de cuatro años; pasó tres de ellos en los mares desconocidos y peligrosos que separan el sur del Asia de la América occidental, y completó la vuelta del globo ante de su retorno a los Estados Unidos.

No consiste el mérito de esta obra en lo que la mayor parte de los lectores buscan principalmente en las relaciones de viajes marítimos: descripciones pintorescas de las escenas que ofrece la naturaleza; exposición de lo que en las costumbres e instituciones de las razas nativas presenta un contraste más fuerte con la forma y las leyes de la civilización europea, animado con incidentes dramáticos que lo pongan a la vista y lo caractericen. Este mérito, de que han dado bellas muestras otros viajeros norte-americanos en la narrativa de sus excursiones terrestres, no debe buscarse en la obra del capitán Wilkes, que se ocupa casi enteramente en la parte científica y técnica de los objetos, y sólo da bosquejos ligeros de la costumbres y usanzas de los pueblos que visita, en un estilo destituido de toda pretensión, de todo ornato. El que apetezca instrucción geográfica y náutica, leerá con interés su narrativa; el que busque entretenimiento, lo encontrará pocas veces.

Chile es uno de los países visitados por el capitán Wilkes; y esta parte de la obra es la que suponemos llamará desde luego la curiosidad de los lectores chilenos, que gustarán sin duda de ver en ella la impresión que han hecho la naturaleza material y el estado social de Chile en un extranjero instruido, en un hijo de la nación poderosa que se cuenta ya entre las primeras del mundo, y que es llamada a ejercer un influjo cada día mayor sobre el continente americano.

Bello retornó a Humboldt frecuentemente. Este retorno constituyó un bálsamo que calmaba el dolor de su gran obsecación americana. Y el sabio venezolano comprendió, como pocos, el camino más seguro para iluminar la sangrante búsqueda del equilibrio que anhelaban sus pueblos. Por ello busca en las páginas del ilustrado viajero los elementos para fortalecer una geografía de su tiempo, una geografía nueva.

Es su incensante asomarse a las creaciones del espíritu y de la cultura, el factor que lo encamina al encuentro de la naturaleza americana, a la que un hombre extraordinario había captado con trazo magistral.

En su comentario a la *Descripción de las cordillera de la América Meridional*, aparecido en 1827, formula una serie de consideraciones encaminadas a determinar la importancia de su conocimiento, que no se basa por cierto en la simple nomenclatura:

¿Qué es sin los contornos de la cordillera la descripción de la tierra?

La temperatura, las producciones de cada suelo, las comunicaciones entre los diferentes pueblos, dependen de la distribución de los montes; y sin un mediano conocimiento de ellas, no es más fácil formar idea del sistema físico, industrial y político de un continente, que comprender el mecanismo del cuerpo humano, sin examinar el esqueleto.

Y agrega en otro párrafo:

Al economista que desea conocer las ventajas o desventajas de un país, los recursos que ya posee o los que le es dado adquirir, el plan trazado por la naturaleza para sus comunicaciones internas y externas, y los me-

dios de enmendarle o perfeccionarle; al jefe que dicta medidas de seguridad; al ministro que organiza el sistema de rentas; al legislador llamado a regular los intereses de una gran familia derramada sobre un extenso y variado espacio; su suma, a cuantos puedan influir sobre la dirección de los negocios públicos, que en un gobierno popular son todos los ciudadanos, es más o menos necesario tener conocimientos geográficos exactos. Pero la base de éstos no puede ser otra que la orografía, el conocimiento de las formas del suelo y de la distribución de las aguas; y de estas dos partes de la descripción del globo terráqueo, la segunda depende inmediatamente de la primera.

He aquí un objetivo, y también un plan. Conceptos como los de causalidad, interdependencia y comparación, están modestamente implícitos en esas apreciaciones. Y al esbozar la finalidad utilitaria de su conocimiento, ¿no promueve interrogantes actuales de geografía aplicada?

Esta exigencia científica prevalece en toda la producción de Bello, y cuando publica, en 1831, el extracto del viaje de Everest a Noruega, Suecia y Laponia, donde lo colorido y la vivacidad de la descripción soslayan aquel requerimiento, Bello se siente atraído por la novedad del descubrimiento, por la pintura de un cuadro distante, desconocido, en el que no sólo los países se prodigan en prístina y azarosa belleza sino también en el que los hombres —aquí también hombre y medio están íntimamente asociados— conservan todavía el notable dominio del ingenio humano.

¿Y acaso todo nuestro comportamiento humano no está regido por ese vendedor de ilusiones que se esconde, misterioso y eterno, en nuestro cuerpo?

JUAN A. SIDOTI

UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidente

DR. ROBERTO CIAFARDO

Vicepresidente

ING. CONRADO ERNESTO BAUER

Secretario General

DR. OSVALDO BALBÍN

Guardasellos

DR. HERBERTO PRIETO DÍAZ

CONSEJO SUPERIOR

Decanos: Ing. Conrado Bauer, Cont. Pedro Delfino, Dr. Héctor L. Fassano, Dr. Bartolomé Fiorini, Prof. Joaquín Pérez, Dr. Guillermo G. Gallo, Dr. Simón Gershanik, Arq. Jorge S. Chute, Dr. Luis E. Pianzola, Ing. Agr. Héctor C. Santa María, Dr. Mario E. Teruggi.

Delegados de los profesores: Dr. Gregorio A. Caro, Dr. Manuel G. Escalante, Dr. Alejo M. Fournier, Dr. Jorge Lascano, Ing. Agr. Alfredo Leguizamón, Prof. Ricardo Nassif, Dr. Ricardo R. Rodríguez, Dr. Enrique M. Sívori, Ing. Enrique P. Villarreal, Cont. Natalio V. Vittone.

Delegados de los graduados: Dr. Cecilio Alberdi, Ing. Agr. Alfredo N. Bettendorff, Ing. Raúl R. De Luca, Dr. Néstor O. Dron, Arq. Enrique Fernández, Cont. Miguel Ángel García Lombardi, Lic. Ricardo Pedro Ochoa, Geól. Jorge Rafael, Dr. Leopoldo J. Russo, Prof. Lázaro Seigelschifer.

Delegados de los estudiantes: Reynaldo Arrarás, José María Barrena, Oscar Colombo, Uriel Jáuregui, Alejandro C. Jmelnitzky, Carlos Llerena, Leonardo Malacalza, Víctor Andrés Nethol, Saúl Jorge Nusblat, Aldo Hugo Rossi.

FACULTAD DE HUMANIDADES Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Decano

PROF. JOAQUÍN PÉREZ

• Vicedecano

PROF. DAVID OTEIZA

Secretario

Prof. MACARIO U. GARCÍA

CONSEJO ACADÉMICO

Consejeros de los profesores: Dr. Enrique M. Barba, Prof. Angélica N. de Guillouais, Prof. Zulema Quiroga, Prof. Alejandro J. Amavet, Prof. Erwin F. Rubens, Prof. David Oteiza.

Consejeros de los graduados: Prof. Rafael Carasatorre, Psicóloga Beatriz Scáziga.

Consejeros de los estudiantes: Luis Venzano, Maritza Marino, Lidia Papaleo, Ricardo Soler.

DEPARTAMENTOS E INSTITUTOS DE LA FACULTAD DE HUMANIDADES
Y CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

DEPARTAMENTO DE LETRAS

Jefe: Dr. Raúl H. Castagnino

Secretaria Técnica: Prof. Delia A. M. de Zaccardi

Instituto de Literatura Argentina e Iberoamericana: Director: Prof. Juan Carlos Ghiano.

Instituto de Literaturas Extranjeras: Directora: Dra. Ilse M. de Brugger.

Instituto de Literatura Alemana: Directora ad-honorem: Dra. Ilse M. de Brugger.

DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA

Jefe: Prof. Demetrio Gazdaru

Instituto de Filología: Director: Prof. Demetrio Gazdaru.

Instituto de Lenguas Clásicas: Director: Prof. Carmen Verde Castro.

Instituto de Lenguas Modernas: Director: Prof. Elsa T. de Pucciarelli.

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

Jefe: Prof. Rodolfo Mario Agolia

Secretario Técnico: Prof. Armando Delucchi

Instituto de Filosofía: Director: Prof. Emilio A. Estiú

Instituto de Estudios Sociales y del Pensamiento Argentino: Director: Prof. Norberto Rodríguez Bustamante.

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS DE LA EDUCACIÓN

Jefe: Prof. Ricardo Nassif

Secretaria Técnica: Prof. Martha Algañaraz

Instituto de Pedagogía: Director: Prof. Ricardo Nassif

Instituto de Educación Física: Prof. Alejandro J. Amavet

DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Jefe: Prof. Carlos Heras

Instituto de Historia Americana: Director: Dr. Enrique M. Barba.

Instituto de Historia Argentina: Prof. Carlos Heras.

Instituto de Historia Antigua (Clásica y Oriental): Director:

Instituto de Geografía: Director: Prof. Juan Sidoti.

Instituto de Historia Económica y Social Argentina y Americana: Director, ad-honorem:
Enrique M. Barba.

DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

Jefe: Dr. Juan Carlos Pizarro

Instituto de Psicología: Director: Prof. Mauricio Knobel.

PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE LETRAS

Boletín de Investigaciones Literarias (Nos. 1 a 7).

Boletín Informativo "Departamento de Letras" (Nos. 1 a 3)

Muestra de autores y libros platenses

SERIE "MONOGRAFÍAS Y TESIS"

Tomo I: Alma N. Marani: *La poesía de Giovanni Pascoli*

Tomo II: Lidia N. G. de Amarilla: *El ensayo literario contemporáneo*

Tomo III: Julio Caillet-Bois: *La novela rural de Benito Lynch*

Tomo IV: Ángel H. Azeves: *La elaboración literaria de Martín Fierro*

Tomo V: Alma N. Marani: *Jacopone Da Todi.*

Tomo VI: Raúl H. Castagnino: *El teatro de Roberto Arlt.*

Tomo VII: Emilio Carilla: *Lengua y estilo en Sarmiento.*

Tomo VIII: María Esther Mangariello: *Tradición y expresión poética en los "Romances de Río Seco", de Leopoldo Lugones.*

SERIE "TRABAJOS, COMUNICACIONES Y CONFERENCIAS"

Tomo I: *Algunos aspectos de la cultura literaria de Mayo.*

Tomo II: *Friedrich Hebbel.*

Tomo III: *Universidad "nueva" y ámbitos culturales platenses.*

Tomo IV: *Lope de Vega.*

Tomo V: *Fray Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro.*

Tomo VI: *Shakespeare en la Argentina.*

Tomo VII: *Dante Alighieri.*

Tomo VIII: *Andrés Bello.*

SERIE "TEXTOS BILINGÜES"

Tomo I: Franz Grillparzer: *Medea* (versión española, prólogo y nota de Ilse T. M. de Brugger).

SERIE "TRABAJOS DE ALUMNOS"

Tomo I: *Estudios literarios.*

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL DÍA 30 DE SETIEMBRE
DEL AÑO MIL NOVECIE-
TOS SESENTA Y SEIS EN LA
IMPRESA LÓPEZ,
PERÚ 666, BUENOS AIRES,
REPÚBLICA ARGENTINA.

